

EDICIÓN A CARGO DE MIGUEL ÁNGEL OESTE
PRÓLOGO DE JORDI COSTA

CUADERNO

CANIBAL

PICAR ADÓN
ÁNGEL CASTRO
ESTHER GARCÍA
LOVET
JOSE ANTONIO
GARRIGA VELA
INÉS MARTÍN
RODRIGO
LUISSÉ MARTÍN
SARA MESA
MARTA SANZ

EL
CUADERNO
CANÍBAL

Edición a cargo de
Miguel Ángel Oeste



Editorial Pálido Fuego

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Los respectivos copyright de los relatos incluidos en la presente edición son propiedad de los siguientes autores:

- © 2017, JORDI COSTA, por el prólogo, *El arte de desdoblar(se)*
- © 2017, PILAR ADÓN, *Virtus*
- © 2017, ÁNGEL CASTRO MAESTRO, *El bolchevique piadoso*
- © 2017, ESTHER GARCÍA LLOVET, *Barakoniana*
- © 2017, JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA, *El doble de Cravan*
- © 2017, INÉS MARTÍN RODRIGO, *Naufragio*
- © 2017, LUISGÉ MARTÍN, *Es el amor*
- © 2017, SARA MESA VILLALBA, *La importancia de no entenderlo todo*
- © 2017, MARTA SANZ, *El doble cuerpo de Stephanie Arden*

La edición de este libro ha sido subvencionada por la Consejería de Cultura y Festejos de la Ciudad Autónoma de Melilla.

Título original: *El cuaderno caníbal*

Editor: Miguel Ángel Oeste

Imagen de cubierta: composición a partir de los carteles de las películas
El cuaderno de barro y Caníbal.

Fondo: obra de Miquel Barceló.

Diseño, maquetación y cubierta: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

www.palidofuego.com

Primera edición: mayo de 2017

Printed in Spain – Impreso en Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-946131-4-2

Depósito legal: MA 373-2017

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN	9
PILAR ADÓN	
<i>Virtus</i>	21
ÁNGEL CASTRO MAESTRO	
<i>El bolchevique piadoso</i>	45
ESTHER GARCÍA LLOVET	
<i>Barakoniana</i>	69
JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA	
<i>El doble de Cravan</i>	83
INÉS MARTÍN RODRIGO	
<i>Naufragio</i>	93
LUISGÉ MARTÍN	
<i>Es el amor</i>	125
SARA MESA	
<i>La importancia de no entenderlo todo</i>	143
MARTA SANZ	
<i>El doble cuerpo de Stephanie Arden</i>	159
BREVE BIOGRAFÍA DE LOS AUTORES	183
AGRADECIMIENTOS	189

EL ARTE DE DESDOBLAR(SE)

En 1964, Koumiko Murooka, una joven japonesa, responde al cuestionario que le propone un enigmático viajero armado con una cámara en plena celebración de las Olimpiadas de Tokio. Cuarenta y dos años más tarde, otra joven japonesa, Makiko Matsumura, responde al mismo cuestionario, a sugerencia de otro cazador de imágenes armado con otra cámara. Una pregunta atraviesa cuatro décadas: ¿qué piensa Koumiko/Makiko de los hombres? Luchando con una lengua que no es la suya, Makiko llega al fondo, a lo esencial: «Normalmente, los hombres no dicen nada (...) Tenemos que hablar más, pero si aumentan las palabras, también aumentan las palabras falsas. Por eso a veces no sé cuál palabra puedo creer. Pocas palabras tienen verdad».

La reflexión de Makiko podría trasladarse a otro terreno: si aumentan las imágenes, también aumentan las imágenes falsas. O se incrementa nuestra sospecha sobre las imágenes. Y se impone la necesidad de interrogarlas, de preguntarse qué se esconde detrás de ellas. Qué ocultan. Y qué revelan con ese juego de ocultaciones. Para empezar: quizá Koumiko Murooka no era Koumiko Murooka. O, por lo menos, no era un rostro entre la multitud encontrado al azar, sino una representación. Una puesta en escena. Del mismo

modo que quien estaba sometiéndola a ese interrogatorio no era quien decía ser: el cineasta Chris Marker.

Si uno se viese en el brete de tener que explicarle a un lego de qué hablan los teóricos del cine cuando hablan del cine de la modernidad quizá podría decirle que ese concepto tan difuso tiene que ver con el momento en que empezamos a desconfiar de las imágenes. La pérdida de la inocencia. La súbita asunción de que una imagen nunca mantiene una relación franca y directa con una realidad fija y objetiva. Toda imagen es una construcción: estética e ideológica. Toda imagen es, por tanto, una ficción. Toda imagen oculta algo. Toda imagen revela. Toda imagen (se) delata. La crisis de la modernidad equivale a algo parecido a ese momento en que uno descubre la verdadera identidad de, pongamos por caso, los Reyes Magos. La historia del cine es un territorio obsesivamente cartografiado, pero en él no figura como un punto estable esa frontera de ingreso en la modernidad que podría localizarse en muchas coordenadas: en el rostro de Ingrid Bergman tras su noche oscura del alma en la falda del volcán Stromboli, o en el rostro desdoblado de una Kim Novak escindida entre el ideal y su degradación en *Vértigo* (1958), o en el rostro de David Hemmings escrutando la ampliación de las imágenes capturadas por su cámara en *Blow-Up (deseo de una mañana de verano)* (1966)... O quizá la historia del cine ha sido, desde su origen, la historia de la modernidad: es decir, la historia de la sospecha. A fin de cuentas,

también podríamos hablar del rostro de Nyla, la falsa esposa de *Nanuk, el esquimal* (1922). Y, por supuesto, Chris Markwer podría ser otro punto de partida: tan arbitrario y tan revelador como cualquier otro.

Afirman las enciclopedias, levantadas sobre el autoengaño de la objetividad y sobre el gesto utópico de confiar en la existencia de una única verdad que puede ser fijada, que Chris Marker nació bajo el nombre de Christian Hippolyte François Georges Bouche-Villeneuve en la localidad francesa de Neuilly-sur-Seine el 29 de julio de 1921. Pero cuando alguien nace con la vocación de ser otro, la objetividad de las enciclopedias es, inevitablemente, una diana susceptible de ser atacada por los dardos de la incertidumbre. Marker nunca dejó de diseminar pistas falsas sobre sí mismo: al parecer ni fue alumno de Jean-Paul Sartre, ni fue piloto de avión, ni paracaidista, ni nació en Ulán Bator (Mongolia), ni, probablemente, tampoco en el barrio parisino de Belleville. O sí. En la cuarta edición de *The New Biographical Dictionary of Film*, la obra de referencia de David Thomson, se daba por bueno el dato de Ulán Bator, aunque el crítico añadía un paréntesis en el que se leía: «La edición previa (de este libro) y otras obras de referencia dan Belleville, Francia, como su lugar de nacimiento —pero Marker me indicó personalmente que Mongolia es el dato correcto». En la siguiente edición del libro, el crítico añadía: «Marker me indicó personalmente que Mongolia es el dato correcto. Desde entonces he llegado a la conclusión de

que Belleville es el dato correcto —pero eso no estropea la verdad espiritual de Ulán Bator».

Lo que sí es irrefutable es que Marker, insular identidad surgida en las afueras de la Nouvelle Vague, se convirtió en una de las figuras clave de la película ensayo: sus mejores trabajos fueron obras fronterizas entre el documental y la ficción en las que se mostraba, casi, el pensamiento en directo de una inteligencia poética en perpetuo estado de alerta, trabajos en los que imágenes recogidas en las más dispares zonas del globo se unían en rimas insólitas para espolear revelaciones, proponer paradojas, demostrar que nada puede ser fijado, pero todo puede ser leído, interpretado... Cuando uno ve una película de Chris Marker tiene la sensación de estar asistiendo a un pensamiento (privilegiado) desencadenándose y ese pensamiento no ha venido a simplificar ninguna lectura del mundo, sino a abrir la puerta a la complejidad, incluso a la contradicción. Al estimulante poder de las mentiras reveladoras. Si el cine es el arte de la imagen en movimiento, Marker logró llevarle la contraria a la naturaleza del medio firmando una película hermosísima que partía casi exclusivamente de imágenes estáticas: *La Jetée* (1962), una delicada e inagotable miniatura de ciencia-ficción cuya única imagen en movimiento —unos ojos femeninos abriéndose— alcanzaba la resonancia de la mismísima génesis del universo. De hecho, *La Jetée* podría haberse titulado como una película posterior del propio Marker, levantada también sobre una idea tan pa-

radójica como los viajes temporales que articulaban su influyente deriva fantástica: *Recuerdo del porvenir* (2001), co-dirigida junto a Yannick Bellon, donde el cineasta leía, directamente, el futuro en las fotografías de Denise Bellon, madre de su puntual compañera de viaje. *La Jetée* también era una película que citaba explícitamente a otra de esas obras germinales que bien podrían considerarse el kilómetro cero de la modernidad cinematográfica: *Vértigo* (1958) de Alfred Hitchcock, cuyos escenarios volvería a recorrer la cámara de Marker en *Sans Soleil* (1983), una de las piezas centrales de su filmografía, en una suerte de tour turístico a través de los circuitos de una memoria imposible. Chris Marker fue, en definitiva, el autor de *Le Mystère Koumiko* (1965), película en la que el cineasta escogía, supuestamente, a una chica anónima entre la multitud de las Olimpiadas de Tokio para someterla a un interrogatorio... sólo que Koumiko no era exactamente una chica anónima elegida al azar, sino una amiga de los ayudantes de producción de la película que, una vez atrapada por la cámara de Marker, se convirtió en híbrido de persona y personaje; es decir, en la suma enigmática de su identidad real y la identidad ficticia que le atribuyó el falso nativo de Ulán Bator.

La japonesa Makiko Matsumura, que un buen día llegó a España atraída por el misterio, el embrujo y el enigma de Camarón, vio *Le Mystère Koumiko* en el festival de cine de Las Palmas de Gran Canaria, donde Chris Marker era objeto de una retrospectiva. La

acompañaba el cineasta Isaki Lacuesta, que había acudido al certamen a presentar *La leyenda del tiempo* (2006), película en la que se cruzan los pasos de Makiko y los de un joven cantaor que podría haber sido heredero del duende de Camarón si la pubertad hubiese conspirado para cambiarle la voz. A la salida de la proyección, Lacuesta quiso someter a Makiko al mismo cuestionario al que Marker sometió a Koumiko: la conversación pasaría a formar parte de uno de los apartados de *Las Variaciones Marker* (2008), ensayo filmado que Lacuesta y Sergi Dies realizarían para la primera edición en nuestro país de la obra de Marker en formato doméstico. En *Las Variaciones Marker*, Lacuesta y Dies se entregan de lleno al juego markeriano de construir laberintos, entrelazar lo verdadero con lo falso y fabular con la convicción del estricto cronista para llegar a una interesante hipótesis: Marker podría no haber existido nunca o también podría ser muchos (y existir siempre), una identidad colectiva, un seudónimo por relevos o una secta secreta... porque Marker puede ser, simplemente, una manera de mirar al mundo. Así, *Las Variaciones Marker* detecta potenciales *markers*, algunos casuales, otros deliberados, otros imposibles, en imágenes de Agnès Varda, Alain Berliner, Johan van der Keuken, Alfred Hitchcock o Sofia Coppola... del mismo modo que la propia *Las Variaciones Marker* es un *marker* de Isaki Lacuesta y Sergi Dies.

Las imágenes que conforman *Las Variaciones Marker* provienen de la obra cinematográfica del legenda-

rio cineasta: son tomas de múltiples fuentes, reordenadas para dar forma a una nueva película que funciona, de hecho, como un libro de relatos. De excelentes relatos, por cierto: de esos que no consideran su línea final como una clausura, sino como un eco que se prolonga aportando nuevos sentidos mucho después de terminada la lectura. Lacuesta y Dies solicitaron a Chris Marker el permiso para jugar con las imágenes de su filmografía: el autor de *Sans Soleil* les concedió completa libertad, argumentando que él mismo había ejercido repetidas veces de corsario de imágenes ajenas. En este volumen que el lector tiene en sus manos, dos creadores fundamentales del cine español contemporáneo ceden a un grupo de ocho escritores su imaginario entero, con carta blanca para sumergirse en él, apropiárselo, manipularlo, traicionarlo, pervertirlo y reelaborarlo. Los directores son Manuel Martín Cuenca e Isaki Lacuesta —un director que, por cierto, se ha convertido en dos en su último trabajo, quizá porque siempre lo fue: *La próxima piel* (2016) es una película firmada por Isa Campo e Isaki Lacuesta, probable gesto de justicia poética (o de justicia a secas), porque Campo siempre fue la Isa de Isa-Ki, su prefijo; o su axioma—. Los escritores son Esther García Llovet, Pilar Adón, Marta Sanz, Sara Mesa, Inés Martín Rodrigo, Luisgé Martín, José Antonio Garriga Vela y Ángel Castro.

Podría resultar pertinente intentar resolver un primer misterio: ¿qué tienen en común Manuel Martín

Cuenca e (Isa)ki Lacuesta(Campo) como para que sus respectivos universos imaginarios tengan sentido en tanto que materia común para una misma antología de juegos literarios de base cinéfila? ¿Un sustrato Marker? En Lacuesta costaría poco sacarlo a la luz: *Las Variaciones Marker* es una evidencia inequívoca, pero hay otros rastros en *Cravan vs. Cravan* (2002) —a fin de cuentas, una película mutante sobre un señor que nació Fabian Avenarius Lloyd antes de ser Arthur Cravan, poeta y boxeador rumbo a una enigmática desaparición en el golfo de Tehuantepec—, *La leyenda del tiempo, Los condenados* (2009) —una exhumación del traidor y del héroe, que acaso fueran la misma persona, sobre el telón de fondo de un incisivo cuestionamiento de las viejas formas del cine político—, *La noche que no acaba* (2010) —un viaje temporal entre dos momentos de un mismo rostro: el de una Ava Gardner recién llegada y una Ava Gardner a punto de emprender la partida—, *Los pasos dobles* (2011) —otra mirada al desdoblamiento: el de François Augiéras/ Abdallah Chaamba— y *La próxima piel* —una obra tan militante en la ambigüedad que la dirigen dos cabezas y la cierran (o, en el fondo, la abren por el final) diversas posibilidades acaso irresolubles por naturaleza). Aunque a priori no lo parezca y, en el proceso, cueste mucho más desvelar la evidencia, Marker también está en el fondo de Martín Cuenca, por lo menos en ese *Caníbal* (2013) en cuyo interior late un reconocible sustrato *Vértigo*, una de las grandes obsesiones del

creador de *Sans Soleil*. Pero también hay algo marke-
riano en el extraño fenómeno de contemplar cómo
una película segrega un doble, como ocurrió con la
propia *Caníbal*, cuyo contracampo documental se
convirtió en *La Cara B* (2015), una película que sólo
pudo verse en espacios expositivos. Y, en cierto senti-
do, la tensión fundamental sintetizada en el título de
La mitad de Óscar (2010) podría entroncar con ese ár-
bol genealógico de sujetos escindidos en cuyas ramas
conviven Marker/Bouche-Villeneuve, Cravan/Lloyd,
Augiéras/Chaamba e incluso Lacuesta/Campo.

Tanto en Martín Cuenca como en Lacuesta hay
identidades autorales fluidas: ninguna de sus películas
es igual —ni siquiera semejante— a la anterior, ambos
han recorrido géneros diversos —entre el documento
y la fabulación, del melodrama al thriller, del ensayo a
la comedia— y en los dos senderos creativos hay mo-
vimientos que desafían los encasillamientos tradicio-
nales de lo que hasta hace unas décadas se consideraba
un cineasta; es decir, alguien nacido por y para el
cine, consagrado a la forja de ficciones para su proyec-
ción pública en una sala oscura. La debatida cuestión
de si el espacio museístico es hábitat idóneo para el
material cinematográfico encuentra diversos puntos
de cuestionamiento en las respectivas trayectorias de
Manuel Martín Cuenca e Isaki Lacuesta.

Los dos (o tres, porque Isa Campo siempre estuvo
allí) directores ceden su imaginario a ocho escritores
que entran en sus universos creativos como David

Hemmings entraba en su sala de revelado: algunos relatos indagan en el fuera de campo, otros abren notas al pie con capacidad de crecer como laberintos hacia abajo (hacia lo hondo), otros se apropian de la ficción ajena para mutarla en auto-ficción, cuando no dan voz (y monólogo interior) a quien en pantalla era una imagen inaccesible. Otras miradas se detienen en quien era un personaje secundario, pero podía contener una película entera (o varias) en su interior. También hay espacio para el remake abstracto. Y para la operación transgénica. Incluso, en ocasiones, cuando la ficción cinematográfica partió de un referente literario concreto —sea Lorenzo Silva, sea Humberto Arenal—, el nuevo trasvase del lenguaje visual al literario no cristaliza en ninguna suerte de restitución a la forma original: el impulso imparable de la mutación sigue ahí, en un singular redoble posmoderno. Lo que está claro es que los ocho autores convocados han entendido a la perfección la lógica sugerida por los trabajos de Manuel Martín Cuenca, Isaki Lacuesta e Isa Campo. Una lógica que acaso derive de la manera en que Chris Marker enseñó a mirar el mundo, esa estrategia que llevó a Alain Resnais a considerarle el primer hombre del siglo XXI: Marker sugirió mirar el mundo no con la intención de reducirlo, de someterlo a un sentido, sino con el empeño utópico de expandirlo, de abrirlo a la complejidad, demostrando que lo único es, tan sólo, lo que todavía no ha sido desdoblado. Lo que sigue podría verse como un patio

de juegos, en el que un grupo de escritores juega con un grupo de cineastas, alterando con total libertad las piezas de mecano de sus respectivos universos imaginarios. Si algo queda tras esta estimulante hora del recreo adquirirá la forma provisional de un surtido de dobles, o de plagios, o de imágenes tan falsas como las palabras falsas que Makiko detectaba en las palabras de los hombres. Pero, en una paradoja que gustaría a Marker, estos falsos *martincuencas* y estos falsos *lacuestas* quizá encierren verdades y matices que los originales habían mantenido celosamente en secreto.

Jordi Costa

EL
CUADERNO
CANÍBAL

VIRTUS

Pilar Adón

Óscar pensaba que cada obra del hombre sobre la tierra era fruto de la diligencia. Cada trono y cada tumba. Cada torre y cada muro. Cada hilo tendido bajo el cielo, bajo la emisión natural de la luz, y que de poste a poste, sumado al hilo siguiente, configuraba el plano de un itinerario que no tenía fin. En dibujos de líneas que guiaban los caminos y que marcaban un trayecto que siempre superaba el trayecto de quien los observaba. Cada espejo. Cada edificio. Todo consecuencia de la diligencia humana. Esa virtud que oponía el esmero y la dedicación a la pereza. A la desidia. Desde las catedrales a los rectos surcos de los huertos. Desde los artificios cósmicos a los hoyos excavados en el suelo para extraer un agua atrapada entre dos capas a tanta presión que, al quedar liberada, salía a la superficie superando los bordes del propio pozo y formando manantiales. La diligencia en el proceder individual. En la prontitud al cumplir la tarea asignada. Cualquier tarea asignada. Y la delicadeza con que se había de actuar. Haciendo bien lo que se tenía que hacer bien. Sin confusión ni vacilación ni queja ni abandono ante la aparición de las seductoras voces de ruptura que pudieran sugerir que no era misión del hombre la realización diaria de un trabajo cautivo ni

la reposición de cada piedra derribada ni la reparación de cada mancha, cada fisura.

La diligencia. El don que hacía que un individuo se levantase por la mañana recordando cuáles eran sus deberes y poniendo en marcha las acciones necesarias para cumplirlos con prontitud, según lo esperado y en el momento esperado. Sin demoras. Sin excusas ni evasivas. A pesar de la agitación interior y a pesar de la inquietud. Ésas eran las ideas de Óscar.

Y así se levantaba María. Al amanecer. Sin aplazar lo que debía suceder. Apartando las sábanas, apartando las mantas y dirigiéndose a la ventana, consciente de que debía abrir los ojos cada vez. Debía elevar la cabeza, mirar a los lados. Erguirse de inmediato. Sin dar pábulo a los pensamientos que hablaban del hielo del exterior, del frío, del pavimento de mineral duro que le dañaría los pies. Sin atender a los pitidos de los oídos que se le repartían por el interior de la cabeza y que le nublaban la razón. Ir hacia la ventana y abrirla percibiendo el aire glacial que se le pegaría a la cara, aún dormida, y que la cubriría del volátil rocío de hielo y vaho que ella inspiraría. Expiraría. Y volvería a inspirar. Cerrando los ojos para recibir en la piel un frescor mucho más eficaz que el de la limpieza con jabón en el lavabo y una energía mucho más duradera que la de un desayuno de tostadas y miel.

María estiraba el cuerpo todo lo posible hacia el exterior, hacia la irradiación azul de la nieve, hacia lo peligroso y lo cegador de la estación de invierno, y se

dejaba invadir por los distintos estados del agua que se transformaba en torno a ella. Lo líquido y lo sólido. El vapor de su respiración. Luego, tras cerrar la ventana, se dirigía a la única silla que había en su dormitorio y se ponía la ropa del día anterior sin haberse quitado el jersey y el pantalón con que dormía. Un vestido de tela de saco, unas botas impermeables, un chaquetón con capucha que mostraba una insignia británica en la parte superior de cada manga y un gorro de lana bajo el que se recogía el pelo sin peinar, en pequeños bucles que se hacía con los dedos para poder domarlo y amontonarlo con mayor comodidad.

Una vez en el pasillo, tarareaba el nombre de su hermano. «Óscar. Óscar. ¿Tampoco vas a salir hoy, Óscar?» Y lo recorría a zancadas, repitiendo el mismo nombre («Óscar, Óscar»), por un corredor que tenía el suelo alfombrado y las paredes cubiertas de obras de varios tamaños. Coros de ángeles. Acuarelas y miniaturas. Pinturas religiosas del siglo XVIII. Aquel espacio renovaba en ella cada mañana la fascinación de la primera vez, cuando lo cruzó de arriba abajo comprobando que llevaba hasta su cuarto después de haber atravesado una de las salas de recepción de invitados. Al caminar por ese pasillo al amanecer, al inicio de cada jornada, se adentraba en la realidad de la casa, en la gravedad de la casa, y recuperaba la noción de lo que significaba estar allí. Las columnas y las esculturas. Las vitrinas. Las colecciones de relojes que se acumulaban en el interior de las vitrinas. Los jarrones.

Los óleos y los bustos de corte clásico instalados en el ala de verano. Todo le recordaba lo que había heredado, lo que ahora quedaba bajo su responsabilidad y su cuidado. Y le recordaba que era cierto, que ahora vivía allí, y que debía llevar a cabo con la insistida diligencia familiar y un método eficaz la labor para la que se había instalado en ese lugar. Debía permanecer en aquella casa y recorrer sus cuartos, cada sala, cada rincón de cada sala. Hasta encontrar a Óscar.

2

Quería llevar una vida normal. Siempre había buscado una vida normal. Una vida centrada en la levedad de las cosas. Dejándose llevar por la ingravidez y por la suavidad de los haces de luz que se filtraban por las persianas de madera de su habitación, cuando vivía con sus padres. Hacia las alfombras deshilachadas. Sin agitaciones ni horarios. Dejándose llevar por los ritmos del hambre, la sed y el sueño. Después de todo ¿qué era una vida normal? Una vida inspirada en la rutina individual de cada uno. Una vida en la que se comiera cuando se debía comer, se bailara de vez en cuando, se descansara por las noches y se lidiara con las penas habituales. Año tras año. Sin excesos. Sin viajar a la playa y que la playa estuviese invadida por las medusas. Sin un hogar repleto de ceniceros. Sin quedarse en un barrio en el que las matanzas fuesen

una actividad cotidiana y sin abrirse las muñecas en la bañera cada vez que se produjera un inconveniente. Algo no previsto. En la vida normal surgían inconvenientes y sucesos no previstos. Pero ¿era necesario que aparecieran con tanta frecuencia? En la vida normal de sus padres no parecía haber sitio para tanto fingimiento y tanto disimulo y tanto vómito diario producido por los nervios y la angustia de saber que se estaba haciendo algo prohibido. ¿Era necesario vivir un día y otro día en un universo en el que todo lo que se pensaba y todo lo que se deseaba y, por fin, se llevaba a la práctica, estuviera prohibido? No era así en la vida normal de sus tíos. Ni en la de sus vecinos. Y por eso, porque quería una vida normal, María tuvo que separarse de su hermano. Y por eso, ahora, dos años después, cuando quería volver a intentar llevar una existencia aceptable y uniforme, corriente, debía encontrarle. Cogerle del brazo y dejar que él le preguntara al oído todo lo que deseara saber. Que dónde había estado a lo largo de esos dos años. Que qué había hecho. Y pasar a describírselo. Despacio.

Estaban en aquella casa, y estar allí era como recorrer el Nilo o vivir en Arabia. Sin espacio alrededor. Sin realidad ni ignorancia alrededor. Sólo fascinación. Y la sensación de amplitud. Disponían de todo el tiempo del que desearan disponer para contarse cómo lo habían probado en otros lugares, con otras personas, y cómo el fracaso había sido la única respuesta. Los dos estaban sanos. Los dos beberían vino y volve-

rían a hablar de su pasión por los ríos navegables. Por el Amazonas. Por el río Congo. De nuevo el Nilo, el río más largo de África. Ríos que cruzaban dos veces la línea del ecuador. Ríos que surcaban Rusia, Kazajistán, Mongolia y China. No había mejor conversación para retomar su antigua complicidad que la de la navegación estacional, la de los afluentes, la de las desembocaduras. Para retomar la necesidad mutua que se habían tenido tiempo atrás, cuando subían juntos al autobús y se sentían aristócratas, con sus pañuelos al cuello. De seda. De lino. De organza. Cuando leían a Wilde y consideraban que la campiña inglesa era su auténtico hogar. Ahora podían considerarse verdaderos aristócratas, aunque venidos a menos. Ahora podían empezar a reír sintiendo la luz en los ojos, y organizar sus días en períodos dedicados a los brindis, al manejo del sable, al buen uso de los sombreros y a la elección de asientos en primera clase con destino a Viena. Conseguir un cuerpo musculoso. Disfrutar el uno del otro.

No obstante, para que aquello sucediera, debía encontrarle. Y no parecía que Óscar tuviera ganas de dejarse encontrar. ¿Por qué no salía de su escondite? Ella era amable. Ella era paciente. Estaba dispuesta a seguir mostrándose obsequiosa y resignada entre las nubes de polvo que se levantaban cada vez que sacudía el almohadón de la silla en que hubiera decidido ir a sentarse. Sin amenazas ni prisas. Fuera viernes o fuera domingo. Pero debía recibir algo a cambio. Una señal,

un sonido. Una nota manuscrita dejada como al azar entre los brazos de la estatuilla de bronce que representaba a la Venus de Arlés, sobre una mesa de latón dorado. ¿Por qué no salía? ¿Por qué no bajaba a comer con ella? O a cenar. ¿Cuántos días más iba a permitir que siguiera sola, pronunciando palabras sueltas que podrían corresponder a una conversación tierna y cordial si él estuviera a su lado, mientras tomaban el té, dos veces al día? Era fácil conservar las hojas de té en sus latas sobre las estanterías. Y era fácil hervir agua. Sin embargo, no era tan fácil conseguir una Coca-Cola. Ni un neumático, si lo necesitara. Y aquellas certezas sobre lo imposible de acercarse a la civilización, sobre lo aislada que estaba, no le hacían llevaderos los días, que podían resultarle especialmente duros y agotadores. A veces agónicos.

3

Repartir su zumo de naranja en dos vasos. Tener varios perros y salir a caminar con ellos por el camino helado. Fingir una voz nasal si empezaban a hablarse en inglés, disfrazados al mediodía, antes de sentarse a comer y exclamar *Holy Molly!* O *Holy cow!* O incluso *Oh my!* Dejar sus servilletas a un lado en la mesa, cerca de sus platos, e inclinarse ella hacia él, mientras él se inclinaba hacia ella, experimentando la vertiginosa bajada de la sangre a la cabeza durante unos segundos,

antes de volver a incorporarse. La experiencia de estar juntos sería emocionante. De nuevo. Y para ello María abría puertas y ventanas. Hundía las manos en los colchones de las camas. Recorría con los ojos cada rincón de cada estancia en busca de una sombra, la forma asomada de un pie descalzo, el bajo de un pantalón, el gesto de una mano que hubiera empezado ya a saludar. Estiraba la cabeza. Decía «hola» con voz decidida. Abría la boca y dejaba que la temperatura de su interior escapara por ella y se disgregara en el gélido entorno, en el escarchado aire que lo absorbía todo, sin que el mínimo calor que ella pudiera producir fuera capaz de propagarse en absoluto.

Iba a encontrarle. Ya que había empezado, descubriría dónde se escondía. Ya que estaba allí, daría con él. Cierto que no sabía si él escuchaba o no lo que le decía, pero de lo que estaba segura era de que la estaba viendo. Con los párpados caídos. Sumidos en un arco invertido como el de una sonrisa invertida, contemplando cómo las grietas se prolongaban pared abajo, trazando cauces oscuros de piedra en cada sala. En la madera de las puertas gemelas de la capilla. O en las del salón de música. Aunque no deseara manifestarse ante ella, él la veía. Manteniendo un orden categórico en lo que le rodeaba. Quiriendo controlarlo todo porque eso era lo que hacía Óscar. Siempre había sido así. Siempre había intentado dominar lo que fuera que le rodeaba en todo momento. Prefería deshacerse de las cosas a soportar el desorden de las cosas, y si algo

desentonaba, si algo no encajaba, lo lanzaba a otro sitio, igual que si, horas más tarde, volvía a tropezar con el mismo objeto en otro lugar en el que, igualmente, podía desentonar y podía no encajar, volvía a arrojarlo a otro lado para no verlo. O directamente lo tiraba a la basura. O lo sacaba al exterior para dejarlo en el saliente de un árbol, en un banco. En un contenedor de papel. Esperando que otra persona se lo llevara a su casa e hiciera uso de lo que fuera que a él le molestaba. Un paraguas. Un libro. Una chaqueta.

Un par de zapatos. Una figura de porcelana. Un mantel.

Un cable. Una taza. Una cesta para la fruta.

Ella era la hermana menor y había procurado emularle, parecérsele. Pero para ella la rutina diaria consistía precisamente en no querer controlar nada. En no querer repasar el estado de nada ni revisar nada. De modo que habría podido quedarse sentada en cualquier silla ubicada en cualquiera de los recodos del ala de invierno o sobre alguna alfombra, con las piernas estiradas, entendiendo que si alguna vez había considerado la idea de ir a encerrarse en un convento, en realidad en lo que estaría pensando sería en un monasterio porque ella nunca habría querido ser monja sino monje. También podría haberse tumbado sin reparar en los desconchones del techo, con sus manchas verdosas, ni en los finos cursos que se generaban a partir del agua filtrada por entre las tejas para descender, en distintos módulos de destrozo, por los tabiques

entelados. No lavarse, no moverse, no levantarse, no comer. Como gustes, querida, como gustes.

Sin embargo, no cedió a las tentaciones de su propia naturaleza.

Tenía que encontrar a su hermano, y a ello se dedicó desde el primer momento.

4

Cuando supo que habían heredado la casa pensó que su futuro estaba solucionado. Aún no había reparado en las fisuras de los muros ni en el polvo de las telas ni en el perpetuo rumor de las cañerías que se descomponían a cada segundo con cada gota de agua que las recorría. Aún no se había detenido a pensar en la resistencia de un hielo que se asentaba en los senderos del exterior y de un hielo que se fijaba sobre la arenilla del suelo del jardín frontal y también el posterior. No había contemplado la idea de que la calefacción no fuera a funcionar ni el hecho de que no hubiera tiendas ni almacenes por los alrededores, de modo que le resultaría difícil abastecerse y encontrar alimentos frescos. Aún no había empezado a retirar cortinas, a mirar tras los espejos ni a examinar el cañón de cada chimenea. Sólo pensó en que por fin tendrían de un hogar que los ampararía. Un hogar en que encerrarse, al que no accedería nadie más y en cuyo seno no tendrían que dar explicaciones acerca de

lo que estaban haciendo y de lo que no estaban haciendo. Su manera de bajar las escaleras o correr por los pasillos como habían corrido cuando vivían con sus padres en una casa a la que no iba mucha gente y en cuyo interior pasaban meses entregados a la lectura, a la degustación de pequeños sándwiches de queso y a la práctica de un ejercicio físico ligero consistente en moverse de un lado a otro, una y otra vez, hasta completar el número de diez series, con un leve pero necesario descanso para recuperar el aliento.

Si trabajaban, trabajaban. Y si no lo hacían y en su lugar se dedicaban a observar las sombras móviles de las manchas de los cristales atravesadas por los rayos del sol en su movimiento idéntico día tras día, desplazándose por el suelo de madera, más deslucido, menos deslucido, su comportamiento igualmente sería admisible y su actitud les parecería a ambos perfectamente lógica.

5

Cuando le viera le diría «Hola» o «Qué hay». Eso era lo que tenía previsto. Eso haría. Y luego reconocería su error e intentaría dar paso a una conversación. Haciendo un esfuerzo por evitar los reproches y por no repetir quejas, acusaciones o consideraciones que, además de dañinas, serían estériles. Podrían hablar de los temporales de nieve. O de su imagen, de cómo habían cambiado. Quizá él tuviera el pelo más largo. O los

ojos más hundidos. La estructura de la piel más rugosa. El color más pálido. Como un pliego de papel. Y el cuerpo más cerrado, como si aún no hubiera amanecido. Podrían hablar de Hércules Poirot. De P. D. James. De su amor por las tramas y las conspiraciones policíacas. Y una vez superados los primeros instantes, las que serían las dificultades iniciales, dejando atrás el motivo que les había llevado a estar donde estaban, podrían empezar a hablar de cualquier tema. Dejar que pasara el tiempo. Lavarse los pies. Recorrerse el cuerpo con los ojos sabiendo que iban a quedarse así para toda la vida. Que no cambiarían. Que seguirían como estaban, cada uno en la memoria del otro, y que nada alteraría esa imagen. Ni el paso de los días ni los probables gritos ni la necesidad de defenderse y preservar su espacio propio. Nada haría que quisieran salir de allí y volver a separarse. Ni la llegada de las primeras dolencias ni los cambios de estación en los campos ni las extrañas variaciones en la percepción de los colores, los sonidos. El transcurso de las semanas y los meses. Se dedicarían a analizar la madera de las sillas y las mesas, coincidiendo en que era robusta y en que seguramente procedía de África. Con una afabilidad que ya no perderían. Conociéndose plenamente y, a la vez, dejando espacio para el hallazgo de un gesto nuevo, una nueva expresión. Una forma renovada de transmitirse el calor que necesitaban para existir.

—Oye, Óscar —murmuraba mientras echaba un vistazo al interior de los muebles que iba encontrando a su paso, con mirada implorante—. ¿De verdad vas a decirme que aún quedan sitios que he dejado sin registrar? ¿No será que te estás moviendo? ¿No estarás evitándome?

Podía oír entonces un portazo en la planta superior. O una sombra que se deslizaba a su espalda, sin hacerse evidente ni claramente real.

—¿No te estarás divirtiendo a mi costa?

Cuando lo que de verdad quería preguntarle era si no creía que el castigo había sido ya suficiente. Cuando lo que de verdad quería decirle era que, en su opinión, ya se le había exigido todo lo que se le podía exigir a una hermana que se había trasladado hasta allí para pedir perdón. ¿Es que reclamaba aún más venganza? ¿Deseaba una pena mayor? Ella tenía miedo a su reacción y a que pudiera optar por no volver a salir jamás, pero deseaba preguntarle si es que había decidido seguir mortificándola durante mucho más tiempo porque lo cierto era que empezaba a cansarse de los mismos procesos, el mismo frío, el mismo abandono y el mismo lenguaje solitario que a veces rozaba el ridículo.

—Óscar. Estoy aquí. No perdamos más tiempo.

Decía. Consciente de que cuando le encontrara dejaría de sentir tanta rabia por esa cabezonería suya y

empezaría a pensar en el bienestar de los dos. En los ratos de indolencia que tendrían por delante, cuando la despreocupación y la calma se propagaran y fueran una constante en su manera de ser. Escuchando coros de *La Traviata*. Fumando cigarrillos alemanes. Repitiendo con solemnidad que morir podría ser una gran aventura. Sin tener que besarse a escondidas ni atemorizarse ante lo que sentían.

7

Los arroyos se habían helado. Los charcos también. Y el agua estancada en las pilas de piedra en que bebían los animales que más tarde serían cazados. Conejos y liebres. Ciervos y jabalís. María había salido para estirar los brazos. Para ver los árboles del jardín delantero bajo la severidad y la crudeza de la luz invernal, y recibir el agua helada en los ojos y en los labios. Luego volvería a repasar el interior de los roperos y a comprobar qué había en cada cofre. A analizar los retratos de unos hombres vestidos de gala, instalados en distintas salas de esa misma casa. Volvería a mirar bajo el colchón de cada cama o entre los tapices de lana y seda que se repartían por las paredes. Pero hasta entonces aguantaría unos minutos más fuera. Frotándose las manos. Dando pequeños pasos de un lado a otro, cerca del umbral. Sin alejarse demasiado. En parte por el frío y en parte porque no quería ver el hoyo en el que

Óscar había metido el cuerpo de, al menos, un hombre. Ella conocía su carácter. Estaba al tanto de las consecuencias que podían tener sus momentos de ira. De modo que no se asombró en exceso cuando descubrió unos zapatos, el puño de una camisa. El remate de un cinturón de cuero sobre una superficie que no había quedado aplanada.

El más grave de sus despistes. La gran torpeza de Óscar, que siempre quería controlarlo todo. Debió de creer que las nevadas se encargarían de allanar el suelo. Suavizar cada zanja y cada hueco. Tal vez planeaba terminar el trabajo cuando el clima fuera más propicio, con la llegada de la primavera. O tal vez pensara que nadie se iba a pasear por su jardín. Él estaba en su ámbito y no iba a permitir que nadie se adentrara en él. No esperaba visitas.

María no quiso recordar el cuerpo del hombre. Era preferible no tropezar con nada. No averiguar nada. Durante los primeros días en la casa en completa soledad, empezó a darse cuenta de que todo le parecía extraño: que un fuego diese calor, que las cosas se movieran tras una simple aplicación de fuerza con un dedo, que el aire se pudiera respirar, que una rama flotara en el agua... Que su vida consistiera en abrir cajones de cómodas. Todo era extraño, pero tenía que encontrar una señal. Cualquier indicio que le demostrara que la presencia de su hermano en los espacios habitables de la casa era un hecho. Que no se lo había inventado. Que él estaba allí como huésped oculto.

En el hueco disimulado tras el falso fondo de un armario. Entre los montones de suciedad.

—¡Óscar! Sal. Soy yo. Tengo que hablar contigo.
¡Óscar!

Sin recibir respuesta.

—¡Óscar!

El hallazgo del cuerpo le pareció una posible señal. Pero quiso olvidarla. Murmurando cifras al azar. Cero seis. Cinco. Nueve ocho. Siete seis. Repitiéndolas en susurros para atenuar el nerviosismo. La impaciencia por no encontrarle. Por no saber siquiera si su hermano se dejaría encontrar. Y no fue hasta ese día, al entrar de nuevo, al regresar al interior deseando escapar del frío y del borrón negro que la tumba marcaba en la tierra, cuando supo que la búsqueda había terminado.

Le tenía ante ella. Sin moverse. Sin hablar.

No pareció alegrarse al verla.

—He salido un momento —dijo—. No he ido a ningún sitio.

Su hermano seguía inmóvil a los pies de la escalera central, con una mano apoyada en la barandilla de hierro. Y ella ahora no sabía qué hacer.

—Hola, Óscar.

Él estiró el cuello y avanzó unos pasos.

—Hola, María —comenzó.

Para volver a quedarse en silencio, intentando dominar la situación. Queriendo enfrentarse a su cometido con la mayor dignidad posible. En un empeño

por parecer fuerte, mientras ella reparaba en que, efectivamente, llevaba el pelo más largo, casi por los hombros. Y muy sucio. Tan sucio que parecía habersele pegado a la cabeza. Aunque quizá se le hubiera mojado. Quizá acabara de entrar en la casa también él después de haber estado cortando leña. Acarreando cubos de metal repletos de agua. Con el tesón del individuo que se encarga de hacer inventario de los bienes que se necesitan para subsistir en un hogar y que se encarga de suministrárselos a sus habitantes. Frutos, semillas, cereales y plantas. Hierbas y verduras.

Llevaba un jersey de lana de color marrón que le quedaba grande y unos pantalones de pana, también de color marrón, que le arrastraban por los talones, más allá de las zapatillas de deporte, con una textura como de manteca, perfectas para figurar en un cuadro o en una fotografía en blanco y negro. Estaban empapadas, igual que el pelo, y desbocadas, como si no se desatara los cordones y se las pusiera cada mañana y se las quitara cada noche tirando de ellas. Haciendo presión de un pie sobre otro.

Había adelgazado. Y parecía más joven, tal vez a causa de esa delgadez monacal que a ella le resultó tan atractiva. Estar ante su hermano era como estar ante un adolescente de mirada vacilante. Un muchacho incapaz de encontrar su asiento en un teatro. Entresuelo. Paraíso.

—He venido para estar contigo. Para que vivamos juntos.

Óscar se mantuvo igualmente callado. Quizá estuviera analizando también él su altura, el estado de su pelo, la delgadez de su cuerpo. Quizá estuviera considerando la posibilidad de no aprobarla y de darse la vuelta para regresar al polvo de su madriguera, entre sus sillas Luis XVI y sus lienzos de flores rojas.

—¿No quieres saber cómo estoy? ¿Qué he estado haciendo?

Tenía treinta años, pero su aspecto era el de un chico disfrazado de *cowboy*, con el ceño fruncido y las manos sobre las caderas, decidido a mantenerse perpetuamente en el estado de beligerancia en que se había instalado cuando ella le dijo que no podía seguir a su lado.

—En realidad no estás aquí.

—Claro que sí. Te lo aseguro.

Y habría querido decir más. Habría querido explicarle mucho más. Pero así era como se comportaba él, y no pudo evitar sonreír. ¿Iba a actuar como un inspector de policía? ¿Como un abogado? ¿Iba a representar el papel de detective, de investigador, como si formaran parte de una de sus novelas favoritas?

—¿No vas a acercarte un poco? —le preguntó.

Para contarle que llevaba semanas buscándole, esperándole. Dejando que los días transcurrieran de habitación vacía en habitación vacía. Comiendo galletas. Atún de lata. Queso. Melocotón en almíbar. Intentando hacer de la incertidumbre algo cotidiano, sin saber si él estaría allí o no. Si saldría o no saldría.

Para reprocharle que la hubiera dejado sola cuando estaban los dos en la misma casa. Hablarle de su impertinencia. Aunque ahora que había aparecido sólo pensara en el tema de los ríos navegables. En enumerarle lo que había hecho durante esos dos años y lo que quería que sucediera a partir de ese momento.

—¿Sabes que esto es nuestro? ¿Que podemos vivir aquí?

—Yo ya vivo aquí —dijo él acercándose.

El fino cénit de un árbol joven que se inclinaba y le daba un beso sobre el labio superior y luego otro, igualmente breve, bajo el labio inferior. Y otros dos, idénticos, a cada lado de las comisuras. Que a continuación se alejaba con la misma displicencia con que se había aproximado, y se dirigía a una de las mesas del recibidor, donde comenzaba a rebuscar entre los papeles que había desperdigados por el tablero.

—Hoy no nos han traído el correo —bromeó ella.

Y su hermano se alejó más, hacia las escaleras.

—Puedes quedarte si quieres —dijo—. La casa es muy grande.

—Claro que voy a quedarme.

—Yo estaré pendiente de lo que hagas.

—Óscar...

Empezó a subir los escalones con las manos en los bolsillos, sin esperar a que ella volviera a pronunciar su nombre o a que le contestara.

¿Es que iba a irse?

—Óscar.

¿No iba a escuchar lo que tenía que decirle? ¿Iba a esconderse en el pabellón acristalado que hacía las veces de invernadero, tras las repisas sobre las que se acumulaban las plantas exóticas y las plantas de interior, sorprendentemente verdes y sorprendentemente frondosas? ¿O tras los maceteros y las jardineras de ese mismo pabellón?

Siguió ascendiendo, sin volverse. Desapareciendo. Esta vez ante ella. Mostrando claramente su voluntad de seguir solo, sin echarla de menos. De dormitorio en dormitorio. De pasillo en pasillo. Atravesando los salones. Asomándose a las ventanas para contemplar el estado de los árboles del jardín. La impávida inmovilidad de los bustos que lo adornaban. El agujero en que había metido a un hombre que no tuvo otra cosa mejor que hacer que ir a molestarle con sus preguntas. Tal vez un vendedor. O un predicador obstinado. Presentándose de la manera más incorrecta en el momento menos apropiado. Ante él, que quería que le dejaran en paz.

Ahora era parte de la casa, y María se preguntó qué le sucedería a ella si se quedaba. ¿Se volvería como él? ¿Se convertiría en su hermano? ¿Dejaría que le creciera el pelo y que le arrastrara la ropa por el suelo de cada sala?

Se giró hacia la puerta y miró la madera oscura sin avanzar hacia ella. Tal vez lograra sentirse igualmente protegida allí dentro. En ese aislamiento buscado. Sin explicaciones que dar ni explicaciones que recibir. Sin

interrupciones. Sin renunciar a lo que era suyo, a los objetos que ahora eran suyos. Tal vez lo lograra. Encerrada con alguien que quería llevar una existencia segura y que no permitiría que volvieran a rozarle ni a abandonarle. Bajando la cabeza sin dar un solo paso en ninguna dirección.

EL BOLCHEVIQUE PIADOSO

Ángel Castro

La gente suele mentir porque a la gente le encanta ser quien no es. Interpretan un papel y casi nunca se muestran como son, sino como les gustaría ser o como no les dejan ser y llegan ellos mismos a hacer cosas que nunca pensaron hacer. ¡Uy! Creo que me estoy liando, pero yo sé lo que quiero decir. Quieren demostrar a sus compis, a sus amigos, vecinos, a sus parejas, hijos, padres, a los demás, que son como realmente no son. Que tienen gustos que en realidad no tienen. Que ocupan su tiempo, ese tiempo que en verdad no tienen, en cosas en las que nunca se han ocupado. En las conversaciones de la gente hay más mentiras y más falsedad que en la consulta de un cirujano estético o que en un concurso de magia. Se miente por interés, como mi hermana, por costumbre, como mis amigas. Se miente por no ser; por parecer; por si te crees que. Se miente por no vayas a pensar que; por ahora te vas a enterar; por quédate pasmado; por jódete; por tírate al río. Se miente por qué pena me das; por qué quieres que te diga; por qué hostia te daba; para que te enteres. Se miente por todo y en todo y a las pruebas me remito. Estoy rodeada de mentiras de mi hermana que ha hecho de ellas una religión; de mi padre, que miente porque nunca dice

lo que piensa. Por Orlinda, una criada cubana, que el día que diga una verdad se le cae una oreja y tiene las dos aún. Y ahora el bolchevique, que por mentir me dijo hasta tres nombres distintos y dos profesiones, quizá todo falso.

Yo no sé, la verdad, qué quería este Pablo, Jaime, Javier o como dios quiera que se llame. Policía estaba claro que no era. Yo creo que un policía si quiere son-sacar a una chica de dieciséis años, lo último que dice es que es policía y a mí me vino en plan de *oye, soy policía, ¿te puedo hacer una pregunta?* De policía nada y menos con una corbata tan bonita que llevaba, en plan rayas malvas y verdes, muy bonita, de seda. Una corbata que no podía ser la de un policía, por supuesto.

Y además, que la corbata fuera bonita resultó una casualidad porque otros días trajo distintas corbatas, al menos tres o cuatro y esas eran todas feísimas, pasadas de moda por anchas o por colores, creyendo que me iba a impresionar y es que los hombres son iguales, a todos hay que escogerles las corbatas porque no distinguen lo que va con una cosa o con otra y además se creen que llevando corbata ya van bien y es lo contrario. Además no se fijan... pues todas las corbatas que trajo eran una caca. Horteras, desentonadoras, horribles, en fin. Y es que yo entiendo de corbatas porque mi hermana Sonsoles tiene muy buen gusto y se las escoge a mi padre, que cada día, desde hace treinta y

cuatro años, va con una corbata distinta y aún no ha aprendido a escogerlas y combinarlas.

Pues yo no sé qué quería ese tío, qué pretendía, seguro que lo de todos, ¿Qué... que no? Lo de todos los que rondan los colegios de chicas en plan de fijarse si a alguna se le ve algo o quién sabe, si enseñarle algo a alguna despistada. Pero pasó que era un tío interesante y hablaba de una manera como si de verdad se creyera lo que decía pero a la vez le importara un huevo. Creo que no me explico, pero sé muy bien lo que digo. Era contradictorio, tenía un aspecto muy duro, pero sus ojos te suplicaban que lo escucharas y además no era aburrido el bolchevique.

Y es que tenía cosas que decir y además sabía cómo decirlas. Te miraba con esos ojos infantiles superabiertos y sabías que te estaba entendiendo. Empatía le llaman a eso, lo dijo sor Paula, la de Filosofía, empatía, ponerse dentro del otro, en la ropa del otro. Y además era interesante. Pero ¿qué querías, bolchevique? Nunca hubo respuesta.

A ver si me explico. No era un tío como para que se te fuera cayendo el culo por ahí por estar con él a su lado, no. Era mayor, algo tosco, no era elegante, aunque él creía que sí ¿Qué... que no? Todo el día en plan traje y corbata y mejor, ¿eh? Porque cuando venía con otra indumentaria se notaba mucho que no entendía eso de ir informal pero elegante, de ir deportivo pero bien y a la par discreto, como dice la estúpida de mi hermana Sonsoles.

La verdad sea dicha, a mí me divertía estar con él porque en sus ojos de niño se veía a la legua que era inofensivo, que se cortaba bastante, aunque no hay que fiarse, dicen las que todo lo saben. No era muy malhablado aunque soltaba tacos. Procuraba ser educado y sobre todo, me estoy repitiendo mucho, me escuchaba y eso es muy importante para mí. Pero ¿por qué me escuchabas, bolchevique? Nunca hubo respuesta.

Desde luego me hacía salir a la calle con la alegría de que quizá aprendería algo y la vida se pusiera de mi lado, que ya estaba bien de aburrirme en casa o patinando sola por las calles de alrededor o, como mucho, cruzando el Retiro a sabiendas de que en estos tiempos no es un lugar muy recomendable para una chica de mi edad... ¡joder con la edad! La edad de ser transparente para el noventa y nueve por ciento de la gente, excepto ese uno en el que sólo hay psicópatas, desviados, maniáticos o compañeros de tu misma edad, que son insoportables y lo único que quieren es emborracharte para quitarte la ropa dentro de un coche o en casa de cualquiera a quien se les hayan ido de viaje los padres. Así que si en ese escaso tanto por ciento, el bolchevique se fija en mí, pues ¡guay! ¿Qué... que no? Una vez comprobado que no es un violador ni un perturbado, pues guay. ¡Y las demás que miren! Y que chismorreen si quieren. Paso de «mis amigas», demasiado ocupadas en la ropa y en la depilación láser, que parece que les ataca directamente a las meninges y las deja enanas mentales —eso sí, sin pelos

por ninguna parte del cuerpo excepto en la cabeza, que está para ir haciendo ricos a los peluqueros—.

Además, sabía muchas cosas, el bolchevique, digo. No sé si llamarle Javier, Jaime o Pablo. Quizá incluso se llamara de otro modo, por eso le digo bolchevique. Él mismo lo dijo y yo no sabía qué narices era eso. No había oído nunca esa palabra, aunque luego me enteré por la enciclopedia Larousse de editorial Planeta a la que mi padre había destacado un privilegiado sitio en el despacho de casa, quince tomos forrados con fundas color verde o rosa desvaído, color pastel, como el de los trajes camiseros de las niñas bien, de las casas bien de esta ciudad.

Será porque yo crecí sin mi madre —murió en mi parto— y enseguida me liberé de la tiranía de mi hermana, dieciséis años mayor que yo, que pronto le gustó jugar a las muñecas conmigo, sobre todo para elegir la ropa que tenía que comprarme, las posturas con que debía sentarme o caminar e ir prohibiéndome, desde el coche, las calles por las que, bajo ningún concepto —le encanta esa expresión—, tenía que pasar jamás. Pero ella no tardó en descubrir que la oía como quien oye llover y que bastaba que me ordenara ponerme tal o cual vestidito, para que yo me cambiara, en casa de Manuela la mujer del conserje del edificio, poniéndome lo más viejo que tuviera. Creo que fui yo la que inventó y puso de moda el ir con vaqueros rotos, pero no sabía que esas cosas hay que patentarlas para sacar pasta.

Se lo dejé muy clarito: *Sonsoles, tú no eres mi madre. Tú sólo llegaste antes que yo y por cuestión de suerte. ¿Qué... que no? Eres la mayor, pero eso no te lo has ganado, te nombró el calendario y la suerte.* Y allá se fue muy digna y murmurando no sé qué cosas contra mí y antes de cerrar la puerta de mi cuarto le gritó a mi padre que yo era insoportable, que qué me había creído y que pasaba de mí.

Creo que me aturrullo, que paso de una cosa a otra, es un lío esto de escribir lo que a una le ocurre y me dan ganas de inventar, de entretenerme contando tro-las y pegotes, así que mejor será hacerle caso a sor Amalia, la de Lengua, y ordene las ideas, aunque la verdad es que no sé por qué, ya que lo que escribo en este cuaderno de pastas tan bonitas, regalo del bolchevique una tarde que quedamos en la Fnac, esto es sólo para mí y yo me entiendo de sobra. En mi casa no me curiosean mis cosas ni me registran, ya me gustaría a mí, significaría que mi vida les importa. Llegando a mi hora, pidiendo permiso con mentiras pequeñas para salir a mis horas, comiendo normal, nadie se ocupa de mí. Sonsoles porque bastante tiene con su neurosis y su trauma de que a pesar de la pasta que se gasta en ropa y belleza, que hasta se ha puesto dos tallas más de tetas, tiene ya treinta y seis años y no encuentra ningún tío que la soporte. Y mi padre... mi padre bastante tiene con su estudio, sus proyectos

y sus eternas llamadas telefónicas de horas enteras con clientes o con asesores. Es arquitecto y se diría que está volviendo a construir España entera. Sólo le alegran los proyectos que cobra, cuando le pagan, o los resultados del Madrid. Hoy se ha sacado billetes para la final de la Copa esa en Glasgow y, como estaba contento, me ha arrimado un billete de cincuenta euros que me va a venir chachi. ¿Qué... que no?

Pues eso, que me daba la gana escuchar al bolchevique, como me daba la gana de ponerlo en un aprieto si podía, de provocarlo de alguna manera, eso sí, sólo un poco, que yo tengo dieciséis años pero sé lo que me hago. ¡Ah! Y Bolchevique, leí en el Larousse que fue un grupo extremista del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, cuyo líder era Vladimir Illich Ulianov, conocido por Lenin... pues eso, él me dijo un día, pidiendo perdón con los ojos de niño, que no, que no era policía, que eso es lo primero que se le ocurrió, que él realmente lo que era es un bolchevique... Y al día siguiente, al sonreír porque yo había consultado el significado de esa palabra, me dijo en plan que, hace tiempo, le habría gustado estudiar Historia, pero su padre le obligó a estudiar ICADE, que yo sé dónde está, en Alberto Aguilera, pues que como le gusta la Historia, hizo una vez un trabajo sobre la Revolución rusa, los bolcheviques y todo eso y me fue contando la historia de cómo destronaron al Zar Nicolás II y lo encarcelaron junto con su familia y algunos más en sucesivos lugares hasta que los mata-

ron a todos. Lo comprobé todo en mis libros, con sor Ángela la de Historia y con mi padre, que sabe mucho de los rusos por un mi abuelo que murió allí, en la División Azul, luchando contra el comunismo, siempre lo dice, *¡comunistas sin dios!* Lo dice mucho cuando aparece alguno de ese partido en la tele. Porque los bolcheviques eran comunistas... aunque su partido no se llamara así.

Me gustaba mucho escuchar al bolchevique porque, explicando las historias, dejaba de ser vulgar y se ponía atractivo e interesante. *Ojalá hubiera tenido yo un profesor como tú, bolchevique*, le decía yo. *Me habrían echado pronto, porque tú te pareces a la hija mayor del último zar, a la Gran Duquesa Olga Romanova... y yo sólo habría explicado la Revolución, rusa, sin salir de ahí, así que me habrían echado pronto.* Y se reía el tío, en plan de si tú supieras la historia de esa Gran Duquesa... hasta que le entraba el corte, la timidez o yo qué sé cuando le miraba fijamente y entonces él la desviaba al cielo o al retrovisor del coche o al suelo del Retiro si estábamos sentados en el banco de siempre, uno que está entre dos acacias altísimas. Se cortaba, le venía la timidez y se le veía en los ojos de niño en plan de creo que te estoy dando la brasa e igual no te estás enterando de nada. Pero ¿por qué me mirabas, bolchevique? Seguía sin haber respuesta.

En uno de esos gestos, subiendo la mirada y la cabeza desde el suelo hasta mis ojos, fue cuando caí en la cuenta de que se parecía a Tales de Mileto. Bueno,

a la foto de una estatua de ese señor que venía en mi libro de filosofía... y se lo dije. *Te pareces a Tales de Mileto, el más sabio de los siete sabios de Grecia*, y se quedó pillado un momento hasta que se puso a descojonarse de risa y sin poder parar me dijo que qué sabía yo de los siete sabios y de Tales de Mileto. Sin parar de descojonarse. *Pues sé que eran filósofos griegos y me sé el nombre de los siete, ¿qué te crees? ¿Que el único que sabes cosas eres tú? Yo saco muy buenas notas, señor Tales.*

Y es verdad. Como me aburro mucho, voy siempre con un par de temas por delante al cole, te haces muy buena fama ya en el primer mes y ya te dejan tranquila y puedes dedicarte a tus asuntos. Lo que explican allí ya me lo sé y para un par de cosas interesantes que de vez en cuando ocurren, este sistema me va bien... y el bolchevique, el tío, en plan de que no se lo creía y me hizo recitarle los siete nombres de los sabios y por supuesto el lugar de donde eran y allí me dijo que, aun siendo cierto que Tales era el que más fama cogió por las ideas que tuvo, él prefería a Solón de Atenas, porque tenía una frase suya en su vida como muy fundamental: «La conciencia pura es la mejor ley». Le he dado algunas vueltas a la frase y no sé. No sé. *Si todos tuviéramos una conciencia parecida pues quizá*, le dije, *pero no es así*. Me respondió cosas que ya no recuerdo bien. Que no hay que confundirla con la ética ni con la moral, algo así, ni siquiera con la relación de derechos y deberes de la gente... no me acuerdo, pero creo que desde ese día me respetó intelec-

tualmente un poco más. Debió darse cuenta de que yo no era una ignorante, sólo era pequeña y aún no me había dado tiempo a aprender muchas cosas. Me preguntó si leía y yo, sin un segundo de tregua, le dije que seguramente más que él, que aparte de su afición a la historia no debía leer mucho más allá porque nunca llevaba libros y en sus papeles sólo se veían columnas de números.

¿Eres un ejecutivo?, le pregunté porque, un día que le seguí, gastándome treinta euros en un taxi para ver si le pillaba en otra mentira, entró en un edificio alto de la Castellana. *Trabajo en un banco*, dijo. Y rápidamente aclaró, *pero ni dando ni cogiendo billetes, yo me encargo de cosas un poco más complicadas. Ya, le corté, cosas que una chica de colegio no entiende. Eres un ejecutivo. Un puñetero ejecutivo de esos de traje oscuro y corbata, con maletines negros y teléfonos móviles, que pululan por las aceras, las cafeterías y los aeropuertos... ¿qué... que no?*

Y me contestó que sí, los ojos infantiles muy abiertos y muy fijos en los míos, de las pocas veces que me sostenía la mirada y yo seguí como si me hubieran dado carrete. *Pues entonces tú no lees mucho. Jamás he visto a uno de esos leyendo algo que no sea un periódico o unos folios con listas de números...* Y ahí comenzamos un tira y afloja, en plan qué lees tú, qué te gusta a ti, a ver, vamos... hasta que me ofendió al preguntarme si ya había leído mi primer libro sin fotos, la novela esa de Moccia, la de tres metros sobre el suelo que acababa de aparecer. Le dije ahí te quedas y me salí del Retiro.

No le cogí el teléfono en las diez siguientes llamadas. ¿Qué se cree este tío? Pero ¿qué te crees bolchevique? Nada. Sin respuesta.

Llévame a un sitio bonito, bolchevique. Ojos pensativos, se muerde el labio inferior y dice: *pues te voy a llevar a mi barrio, donde crecí, donde jugué yo de niño.* Mira qué guay, pensé, y entonces puso música, una de Extremoduro que yo me sabía, *Stand by.* Se sorprendió mucho que conociera ese grupo. *¿Qué te crees, tío? Lo raro es que a Extremoduro lo conozca un ejecutivo como tú. Yo he visto tres conciertos de ellos. Robe me chifla. Está loco.* Y condujo el coche hasta un barrio lejano, de casas bajitas, que parecía otro pueblo distinto, no Madrid, y como me vio la cara, enseguida dijo: *Mujer, no es tan feo.*

No, no, dije yo, si te acostumbras ya te parece mejor, de verdad, pero no me creyó y no paró el coche para pasar sino que me llevó a un descampado desde donde se veía, realmente, una buena vista de Madrid. *El eskailain,* dijo en plan qué bien pronuncio el inglés. Allí paró y se me quedó mirando muy fijo y con los ojos infantiles brillando más que ninguna tarde.

Ya está. Ahora va a intentar besarme. Ha llegado el momento. Ha tardado pero ya está aquí. Creí que nunca iba a intentarlo, pero qué previsible son los tíos. Un coche, una mirada fija y el beso o el intento de beso. Yo no tenía claro si le iba a dejar que se acercara, dependía de cómo fuera el intento, de lo que dijera, de

los movimientos, de la sensación que yo tuviera. Le miré lo más neutral que pude. Prometo que no tenía nada previsto. No quería que se asustara de mí ni que se arrimara por mí. No le rechazaba pero tampoco le animaba, eso sí, era él quien tenía hacer el trabajo, él tenía que dar el paso porque yo, por qué no decirlo, seguramente, si se desenvolvía como hasta entonces, le dejaría acercarse y dependiendo de todo eso y de cosas que una no piensa pero siente, le dejaría seguir o no.

Los que lo habían intentado al primer momento se habían llevado una cobra e incluso algún empujón y hasta la vista, quedándose más cortados que el café que se pide Sonsoles. No lo tenía nada claro pero sí echaba de menos ya que lo hubiera intentado. Es verdad que no habíamos estado solos solos casi nunca. En el coche sí, pero siempre en marcha. Sólo miraba con los ojos de niño muy abiertos y sonreía. Hablaba con mucho énfasis, miraba y sonreía. Sólo mirar. Ahora me río al acordarme de aquella vez que le acusé de ir a los colegios de chicas para verles las bragas y se ofendió mucho. Luego, al rato, cuando me levanté del banco y me iba, me volví de sopetón y le solté: *¡Me estás mirando el culo!* Se puso blanco como el papel y luego rojo como un tomate, pero al momento reaccionó y me dijo *¿tú qué crees?*

Pues eso, que eres de los que van a mirarles las bragas a las niñas, pero conmigo vas dado, porque no llevo... lo dije así, porque me salió así. Por supuesto a distancia, no fuera a darle un arranque de perturbado. *¡No jodas!*

dijo otra vez más blanco que antes. *Pues sí, listo, porque con estos vaqueros se me marcan todas.* Y los ojos de niño se abrieron aún más que su boca y me miraba esforzándose en no bajar la mirada sobre mi cuerpo y yo caminé de espaldas para que no pudiera fijarse. No debía saber que existen braguitas que no tienen costuras ni bordes. ¡Qué tío!

Creo que ya he escrito que cuando me contaba algo cambiaba. Se volvía interesante, magnético y tampoco es que hablara muy bien, pero se creía lo que decía y hacía que tú le creyeras también. ¿Qué... que no? ¿Por qué te gustaba contarme cosas? Igual, sin respuesta.

Me gustó mucho la historia que me contó y que él mismo tituló la historia del bolchevique piadoso. Ya he dicho que lo contaba todo de una manera que te enganchaba enseguida. Vivía sus historias. Una diría que había estado allí y había conocido a las personas de las que hablaba. ¡Qué tío el bolchevique! Verás, no el de la historia, el mío. ¡Uy, el mío! ¿Cómo se interpretaría esto si alguien lo leyera? Pues este, Javier, Jaime, Pablo o como se llame, me intrigó el porqué, con la de historias que debía saberse, me contó aquella. Y luego, tras dos semanas que estuvo sin llamarme, lo comprendí.

Voy a escribir aquí una frase que dice mucho mi hermana Sonsoles y que no me creí nunca, hasta ahora, pero que me hacía mucha gracia: «Qué simple es el pensamiento de los hombres». Pues sí, puedo comprobarlo ahora que pienso en toda la relación con mi bolchevique.

La historia me la contó en un bar de tortillas, cerca del Retiro, en una esquina de Menéndez Pelayo. Me cautivó durante más de dos horas en que apuré dos Coca Colas y él dos cervezas y una tortilla entera de patatas con chistorra que se comió él solito. Recuerdo que fueron dos horas porque le escuché embobada, en plan boca abierta, y comprobé con el reloj que había pasado tanto tiempo y luego tuve que correr mucho hasta casa, se me había hecho muy tarde y no quería escuchar la brasa de Sonsoles dándome lecciones sobre lo que tienen y no tienen que cuidar las chicas de mi edad. Además mi padre ya habría llegado y eso dificultaba las cosas porque no permitía que pasara de ella y le diera con la puerta de mi cuarto en las narices. Es así.

En resumen la historia era la de un ruso llamado Yuri Vaganov, obrero metalúrgico de Ekaterimburgo, en la región de los Urales —todo esto lo comprobé sobre todo con la Larousse, que está muy bien y un poco con sor Ángela, porque en mi libro de Historia sólo venían tonterías y fechas—. Creo que en los libros de texto nunca viene lo importante y lo entretenido y será seguro porque quienes los escriben hace mucho tiempo que dejaron de ser estudiantes y ya no recuerdan lo importante; tengo la sensación de que todo lo escriben con prisas en plan pongo aquí tres o cuatro chorradas, muchas fechas, unas cuantas fotos que nada dicen y que se jodan los que tengan que estudiar, que yo ya aprobé esto. Cobran el trabajo y santas pascuas.

Menos mal que una foto era de la familia real rusa, pero bueno, sigo, que me lío con cualquier cosa.

Pues este obrero ruso, Yuri, en la escuela de su pueblo había destacado mucho por buen estudiante, pero era pobre y había tenido que currar casi desde niño. Pronto se afilió al partido de Lenin, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, y enseguida optó por el grupo más activo y más radical, o sea, los llamados bolcheviques. No hay que olvidar que Yuri había sido un buen estudiante y había tenido oportunidad de leer a los poetas, a los escritores rusos. No era un analfabeto, como otros muchos, muchísimos bolcheviques, no era un salvaje, en eso insistió mucho mi bolchevique, en plan que lo repetía a cada poco. Tuve que decirle que era un pesado, que a la primera ya me había enterado. Pues bien, ocurrió que en la revolución de octubre del 17, los bolcheviques apresaron a toda la familia real rusa y los encarcelaron. Bueno, mejor: los tenían encerrados en casas, mansiones, edificios y no podían salir de donde los tenían; imagino que las cárceles serían un poco peor. Y cuando digo a la familia real quiero decir al Zar Nicolás II, a su esposa, a sus cinco hijos, cuatro niñas y el pequeño, el príncipe heredero, que tenía una enfermedad en la sangre porque sus abuelos, tíos y antecesores eran familia y eso se va transmitiendo. Además con ellos encerraron a algunas —pocas— personas más de su servicio o sus íntimos. Entre ellos una asistente, la señora Demidova, un médico, un mayordomo, un cocinero y algunos más.

Recuerdo una frase de mi bolchevique que me impresionó y me la sé entera: *Un rey preso, María y el zar era más que un rey, solo sirve para que sus seguidores del país o de fuera intenten liberarlo por la fuerza.* Por eso era urgente llevarse a la familia y allegados lejos de la capital, y en Rusia eso de la lejanía no es ningún problema. Allí todo está muy lejos. Así que los llevaron donde acaba Europa y comienza Asia, a los montes Urales, a una ciudad llamada Ekaterimburgo. Los alojaron en la mansión de un ingeniero de minas y militar llamado Ipátiev; es decir, echaron a éste y su familia de su propia casa y la usaron para encerrar a la familia Romanov. Y entonces me miró fijo, muy en su papel, poniéndose más guapo y me dijo: *Pero no estaban en una mazmorra, ¿eh? Estaban en una mansión. Muy vigilados, eso sí, y me imagino que muy fastidiados.* Desde luego no quiero imaginar los abusos y desprecios a que fueron sometidos. El control de la familia real le fue encargado al jefe del Soviet Regional de los Urales — esto es del Larousse— Yákov Yurovski y éste nombró a una serie de bolcheviques encargados de la custodia de los Romanov. Uno de estos era nuestro obrero metalúrgico que no pudo estudiar, nuestro amigo Yuri Vaganov. Esto lo repitió varias veces, hasta que un gesto mío le recordó que yo no era tonta y que ya recordaba que el obrero había leído mucho.

Pues de tanto vigilar y de tanto fijarse —la verdad es que eran preciosas las cuatro— a Yuri le gustó mucho la Gran Duquesa Olga, la hija mayor del zar Ni-

colás, Olishka la llamaban cariñosamente. Voy a poner aquí la foto de las cuatro hijas del zar porque son guapas, frescas, elegantes, distinguidas y, qué curioso, podrían ser cuatro chicas actuales, aunque ellas sabían muy bien —se les ve en la cara— el efecto que causaban en los demás, claro que no podían ni imaginarse el que podían causar en los bolcheviques. Nunca habían estado tan cerca de los campesinos, los obreros, nunca se habían rozado, ni de lejos, con el pueblo. En la foto están preciosas, creo que ya lo he dicho, tengo que corregir mucho esto, con sus collares de perlas y su gesto altivo, por encima de todos y de todas, aun así no quiero pensar lo que sufrirían. ¿Qué...que no?

Pues bien, como Yuri no era un ignorante y la Gran Duquesa Olga era una chica de veintidós años, culta y bien educada, pues hubo cierto *filin* entre ellos, creo que más por parte de él, pero seguro que Olga pensaba que al menos con este se podía hablar. Supongo que, pasado el primer impacto de ver venir hacia ella a un bolchevique salvaje, de aspecto terrible, sucio, descuidado, armado, feroz, vio que era educado y que además le preguntaba por un libro que tenía en las manos por esos días, uno de Kant, de su pensamiento, de su filosofía. Y a Yuri, que sabía que las obras de ese autor habían prohibido las iglesias, la católica y la de los rusos, le extrañó que alguien relacionado con la monarquía absoluta, dictadora e intransigente, leyera obras sobre la razón, prohibidas por los curas. Ahí empezó su relación. Un contacto mínimo, pero que hizo que

Yuri Vaganov mirase con otros ojos a Olga Romanova —así la llaman en los libros— y sobre todo que ésta le mirase a él como la persona que era y no como un salvaje que la custodiaba.

No debió dar tiempo a mucho, nadie puede saberlo, ni siquiera qué pensaba aquella cabeza, aristócrata y distante, de un campesino que parecía conocer algo de *La crítica de la razón pura*. Pero sí hubo cierta relación pues, cuando se podía, Olga correspondía de alguna manera a las deferencias de Yuri. No debió dar tiempo a mucho porque pronto llegó la orden del gobierno de la Rusia Soviética, es decir, de Kérenski, de que había que acabar con la amenaza de la familia real —¿amenaza?— y era necesario eliminar a todos para que nadie pudiera atribuirse jamás derechos sobre el trono ruso.

No quiero imaginarme a Yuri cuando supo que formaría parte del pelotón de ejecución que habría de dar muerte a la familia y allegados de aquella mujer joven, hermosa e inteligente que le había cautivado. La más hermosa y quizá la más altiva de las cuatro hijas del Zar de todas las Rusias Nicolás II, como le gustaba a éste llamarse —dato también copiado del Larousse—.

Así iba la historia. Yo la resumo, pero el bolchevique se sabía hasta los encajes de los vestidos y las medallas de los militares. Así iba cuando dijo que se tenía que marchar y me di cuenta de que yo también y es que se había extendido mucho en explicarme cosas de Rusia que ya no recuerdo, pero que eran preciosas. Las joyas de los zares, la vida de Lenin, que fue el que

ideó la revolución bolchevique, el afán de liberar a un pueblo que había sido esclavo de muy pocos y que estaba muy atrasado, la absoluta tranquilidad con que los que mandaban disponían de la vida y de la muerte de los campesinos y los trabajadores. Me habló de un tal Gorki y me recomendó un libro suyo que se titula *El domingo rojo* y de otros escritores que ya no recuerdo, me habló de los uniformes elegantes y de los bailes de San Petersburgo, del palacio de invierno y del palacio de Petrodvorésts, con docenas de fuentes y de jardines que ríete tú de los de aquí, de Sabatini o de los de Versalles. Él quería irse y yo no le dejaba marchar. Y me quedé sabiendo que luego tendría que correr. ¿Por qué querías irte sin terminar? Y nada. Sin respuesta.

¡Cuéntame cómo acaba esto, tío! No puedo irme sin saber. No la pudo salvar, ¿no? La historia dice que murieron todos... Y lo contó. El jefe Yurovski anunció al Zar que lo iban a ejecutar. Era el 18 de julio de 1918. Dicen que para los judíos el número dieciocho significa la vida; pues el 18 del 18, para la familia real rusa, significó vida, pero eterna.

Los bajaron al sótano de la mansión Ipátiev, donde estaban encerrados. A todos, trece o catorce personas, y allí los bolcheviques se dieron un festín de disparos y, no me gusta mucho pensarlo, de atrocidades. Acabaron disparando a quemarropa contra todos, cayeron unos encima de otros. Según parece Yuri no disparó y se cuidó de que Olga permaneciera protegida por

algo. Al poco vio cómo la señora Demidova la cubrió con su propio cuerpo de modo que ninguna bala alcanzó el cuerpo de Olishka, todavía, pero los camaradas de Yuri, ebrios de sangre y venganza iban rematando a los supervivientes a bayonetazos o con más tiros. La orden era sepultarlos en un lugar desconocido para que nadie pudiera jamás rendirles homenaje. *¿La salvó? ¡Dime que la salvó! Dijiste que Yuri era un bolchevique piadoso. Dime que Yuri la salvó.*

Pues no. La piedad del maldito bolchevique Yuri Vaganov consistió en dispararle a Olga un tiro cercano y mortal en la cabeza. Y nadie más supo de él. ¿Es eso piedad?

¿Y esta historia te parece bonita? Yo me enfadé y me marché corriendo y estuve llorando camino de mi casa, pero no respondiste tampoco a esa pregunta.

¿Qué querías de mí? ¿Soñar que sueñas conmigo? ¿Como en la canción de *Stand by*? ¿Y estar en espera, siempre en espera?

¿Y si en ese descampado al que me llevaste, seguramente para intentar besarme, en el momento preciso nos hubieran atracado unos chorizos? ¿Y si me hubieran sacado del coche en volandas?

¿Y si te hubieran cogido y robado todo lo que tenías? ¿Y si entonces me hubieran cogido a mí y hubieran empezado a toquetearme, a sobarme a intentar violarme? ¿Eh, bolchevique?

¿Te hubieras quedado cruzado de brazos? ¿Te hubieras hecho matar para que no me tocaran?

¿Y si yo me hubiera defendido y uno de ellos, cabreado, me hubiera dado un mal golpe? ¿Y si me hubiera muerto allí, en el descampado? ¿Tú, qué, bolchevique piadoso?

¿Hubieras salido corriendo asustado? ¿No habrías podido cogermé en brazos y llevarme a un hospital? ¿No hubieras perseguido a los cabrones que me habían hecho todo eso para que pagaran? ¿Eh, bolchevique? Como en esa novela de Lorenzo Silva, te marchaste dejándome allí.

¿Qué querías? ¿Tenerme en tu vida como una debilidad?

Sí. Estoy utilizando lo que me queda después de todo esto. Estoy utilizando una figura literaria que me enseñó el otro día sor Amalia, la interrogación retórica, y consiste en preguntar y preguntar y preguntar... Eso sí, bolchevique, sin esperar respuesta, porque tú nunca dabas respuestas. ¿Qué... que no?

Así que he sido tu flaqueza, una especie de lujo que te has permitido. ¿Eh, bolchevique?

BARAKONIANA

Esther García Llovet

Canta y se va.

La quinta noche se queda. La están esperando cuatro alrededor de una fogata donde se asa lentamente una iguana macho abierta en canal, boca arriba, los despojos colocados sobre una piedra plana. La Piera se lava las manos en el lodo del río y luego enciende un maduro para quitar el hambre, se lo pasa a un niño que aspira las ascuas, sabe a mierda, ella lo sabe. Después de fumar el niño agarra por un extremo el largo espinazo pelado de la iguana y lo arrastra hacia los mangles; las vértebras entrechocan y tabletean hasta que de golpe, en lo más oscuro, el ruido se detiene. La Piera sigue sentada junto a la ceiba, fumando. Lleva un casco militar y una gabardina y debajo nada. El primero la pone contra el tronco de un árbol. El tercero la agarra por el culo y le dice que no se maquille tanto. Pero no se maquilla nada, la Piera.

Pulpa y fibra. La selva se desangra.

El trayecto de Foz hasta las obras de la presa es largo, en pista de tierra roja cubierta de hojas podridas y maceradas por la humedad. Maceo conduce con cuidado para no atropellar los pecaríes que a veces cruzan la

pista en pánico por la tormenta que está por todas partes, por oriente, por la presa, hacia el sur, seca, sin lluvia. Por todas partes. Unos kilómetros más adelante la pista se adentra en un estrecho pasillo entre los árboles, una vegetación apretada que hace sudar al aire un olor espeso, cerrándose tras él con un disimulo de ladrón. Un camino de fango como una garganta profunda.

Cuando llega a las obras Maceo arrastra la motocicleta hasta los bloques de hormigón y las vigas de acero. Las grúas y las cementeras están aún paradas, es temprano, están paradas pero aún así hacen ruido o el hecho de estar ahí hace que el sonido de la selva cambie. Hay niños regando el suelo de polvo con mangueras verdes. Uno está subido a un coche negro como el charol. Otro se abanica con una hoja de palma más grande que él.

Maceo pasa el día con los capataces y con un ingeniero que sólo habla inglés y se aloja en Foz y lleva siempre unos auriculares para no oír el ruido de las grúas. A veces se llama Tyler y a veces se llama Brandt, quizás son personas diferentes, pero a Maceo le parecen la misma persona.

Tyler hace fotos de las obras.

Un niño arrastra una cabra negra por los cuernos.

Antes de marcharse, Maceo se asoma al pretil de la futura presa y mira las copas de los árboles, el balazo de las obras en el lomo de la selva, la cicatriz de ácido que se abre imparable. Mira los poblados que se arraciman al fondo, chamizos de hojalata bajo un cielo de óxido. Foz al sur, San Telmo más cerca, los techos pintados de

colores como un juego de naipes descartados con los que nadie jugará ya más.

Brandt le trae unos papeles para que firme las subcontratas. Firma.

Luego se marcha en la moto.

Después de follar, le dice a la chica que no se maquille tanto aunque sabe que ella no se maquilla nada.

El «Barako» se desliza sobre el agua de barro bajo las raíces aéreas y las ramas, abriéndose paso entre las sombras horadadas por los últimos rayos de sol. Aún puede verse sobre la superficie del agua el reflejo de los nervios de las hojas del mangle, las plumas de los flamencos en vuelo, el rojo de la rana de San Andrés. El reverso templado del universo trópico. Todo se refleja salvo el «Barako» y sus ocupantes, la Piera y el Guía, un muñón por oreja, que conduce el «Barako» hacia una columna de humo que se eleva por encima del manglar.

No se reflejan sus sombras sobre el agua como hacen, o no hacen, los fantasmas.

Ya es de noche.

La Piera mira en silencio el resplandor de la lámpara de aceite sobre la superficie del río hasta que se detienen en la orilla. Bajan. El Guía camina hablando por un walkie-talkie, rascándose despacio la entrepierna. Luego se sienta en el tronco de un árbol y hace una seña a la Piera: luego hablamos. La Piera sigue por un sendero entre los helechos que se abre a un claro circular como

despejado a machetazos, el cielo fosforescente arriba y, abajo, cuatro fogatas de bidón de gasolina ardiendo como cirios en una iglesia. Entre los bidones se cierra un corro estrecho de gente, compacto, las piernas y cabezas muy cerca, rodeando dos gallos de pelea. Maceo la ve desde el otro lado del círculo. Se acerca a ella y la saluda. Ella se queda mirando la pelea de gallos y luego la pelea de perros y luego a dos hombres que luchan con las manos atadas a la espalda, mordiéndose los cuellos y arrancándose mechones de pelo con los dientes. De las apuestas se encarga un mujer muy joven que se sube a las ramas del árbol más cercano para no perderse nada, saltando a tierra con las apuestas y subiendo luego con pies prensiles, ágil, y rápida.

Maceo mira a la Piera con pupilas verticales y las orejas tiesas.

Amanece. Un día muy borracho. La gente parece que tiene la piel de cal, los labios de tiza, unos duermen tirados en la misma hierba. El olor a gasolina de los bidones ha atraído a unos puercos que habría por ahí y ahora están armando mucho ruido pero nadie despierta salvo un hombre que llora frente a una estampa de santa Bárbara clavada al tronco de un árbol, iluminada con velas, agarrándose los hombros. A los pies del árbol hay una docena de cabezas de gallos y cientos de espolones clavados en la madera del tronco.

Maceo ha perdido cincuenta billetes. La Piera ha ganado el doble de esa cantidad. «Hoy no te cobro», le dice a Maceo. Se lo lleva al «Barako». Cuando acaban

la Piera se lava metiéndose entera en el agua. Su pelo flota sobre la superficie y Maceo lo toca y tira como si fuera un alga.

La cancha de pelota debió construirla algún vasco de esos que entró en la selva y ya no quiso salir nunca más. La cancha, a unos cien metros de la casa de la Piera, está rodeada por una alta pared de caña que la separa de la pista que lleva a Foz. La Piera y el Guía golpean la pelota corriendo arriba y abajo. Se han vendado las manos con tiras de cuero para golpear con fuerza y juegan descalzos sobre el suelo de tierra roja, gritando los tantos que la pared devuelve en un eco sordo. A los pies de un mangle hay una tortuga rajada de arriba a abajo. Dentro de la tortuga hay cuatro granadas de mano. Están oxidadas y deben tener treinta años pero funcionan igual. La muerte no se pasa de fecha.

El Guía la deja ganar.

Una Smith & Wesson, dos Berettas, una Uzi. Cuatro docenas de Quilmes y una sandía. En la radio: Sandro.

Esta noche se encuentran en el galpón donde se guardan las grúas, junto a la presa en construcción. Maceo dice que antes se afeita pero la Piera le dice que quiere cachaça, que se la traiga de Foz. Que se aburre. Como

hace mucho calor en el galpón lo hacen afuera, sobre un viejo refrigerador desvencijado y abierto en dos sobre la hierba, entre los restos de una fiesta infantil, banderas, confeti de plata, gaseosas. Los mira una niña en camisón, con un coatí entre los brazos, la cara apoyada en una mano. Después, mientras Maceo va a Foz a por cachaça, la Piera se pone su camiseta manchada de grasa de maquinaria pesada y enseña a la niña a ponerle un nombre al animal.

Maceo come puerco con las manos que saca a pedazos de un cucurucho de periódico. Se ha sentado en el pretil en construcción, con las piernas hacia afuera. Saca el mate y el bombillo y bebe un rato. Fuma. Eructa. Si se distrajera medio segundo caería en picado hacia el fondo de la selva aún sin tocar, ahí abajo. Foz, San Telmo, Lablanca y los poblados sin nombre que muy pronto quedarán sumergidos por la hemorragia imparable del agua y del progreso y del dinero que vendrá a raudales y se lo llevará todo por delante. La noche está muy negra. Así como está sentado se pone a mear, desde doscientos metros de altura. Luego se levanta y se va con el olor a aceite de máquina en la ropa y no se da cuenta de que huele mal.

La Piera duerme siempre con los zapatos puestos. Son zapatillas de correr, viejas, por si acaso llamaran a la

puerta aunque la gente que viene de madrugada no llama nunca a la puerta. En sus sueños también las lleva aunque no le hagan falta. Hoy sueña con una playa donde nunca ha estado, nunca ha estado en una playa. En realidad nunca ha ido más allá de Foz. La playa se llama Los Capuchos y llega desde el río, en el «Barako». Al echar pie a tierra llama a alguien a gritos pero no sabe a quién porque no sabe su nombre. Hay una luz como de linterna que viene de alguna parte y el mar está tan quieto que parece de gelatina. La playa se acaba en línea recta, de golpe, como si fuera una calle de un pueblo, y aquí al borde mismo sobre la arena hay un esqueleto de tiburón, sin el menor rastro de carne, los restos limpios y brillantes y ojivales como la arquitectura hilada de una catedral. Se mira los pies.

Lleva las zapatillas.

Se despierta.

El Guía se ha dormido en el asiento del camión. Tiene resaca y una baba blanca que le baja por el cuello. La Piera sube el volumen de la radio, de plástico, de mesa, que está metida en la guantera. A las ocho en punto de la mañana suena «Kamikaze» del Flaco Spinetta en la radio. Es la señal convenida. La Piera despierta al Guía, hablan un momento. Hoy es el día.

Busca a Maceo. Como sabe que será la última vez que se vean hacen otras cosas que no habían hecho antes y no harán después. Ella se da cuenta de que la sangre de él sabe mucho a hierro. Será porque es ingeniero, piensa. Follan. Seis horas sin parar, acaban hartos aunque no cansados, así que en algún momento se lían a puñetazos por una tontería y luego vuelven a empezar porque follar es la única forma verdaderamente realista de no estar en este mundo, o eso cree la Piera. En realidad, la Piera no cree en nada.

En el patio de su casa de madera, donde el huerto. Hay tormenta, otra vez, pero no hace ruido. A las cinco pasa a verla una mujer mayor, con el pelo blanco, los ojos muy separados, que lleva pantalones. Le dice a Piera que lo queme todo antes de irse. En el patio de su casa la Piera empieza al principio amontonando papeles y documentos pero luego, no sabe cómo, comienza a tirar cosas más personales, si es que hay diferencia. Fotos, ropa que siempre pareció usada aunque fuera nueva, una caja de música que toca una melodía que no sabe cuál es. El reloj. Lo rocía todo con gasolina y enciende una cerilla. El fuego es azul. El patio es muy pequeño y pronto estallan las ventanas y todos los cristales, incapaces de contener la eclosión de esta rosa ardiente y musculosa.

Dentro de la casa ya no quedaba nada.

Maceo está dormido. Maceo está borracho. En la hamaca. Debajo de la hamaca ha colocado el casco de la Piera boca arriba como si fuera un recipiente para recoger los restos de su sueño, esquirlas, plumas, tornillos. A ratos se despierta pero no se da cuenta y vuelve a dormirse varias veces hasta que a las seis y media le despierta de golpe un ruido muy fuerte. Un ruido que si la selva fuera de piedra haría que se tambaleara y derrumbara toda entera. Un ruido que vuelve sólido lo que no lo era. Maceo se sienta en la hamaca, está mareado, aquí ha pasado algo. Sale corriendo y no sabe por dónde mirar ni adónde ir. Afuera ya ha empezado a amanecer pero después de la explosión todo se ha quedado completamente en silencio como si no quedara nada ni nadie en ninguna parte. Por encima de los árboles comienza a levantarse una nube de humo, una masa gris y maciza, a Maceo le parece que a la altura de las obras de la presa. Se sube a la moto. Conduce deprisa aunque por momentos tiene la sensación de ir muy despacio, como marcha atrás, de no avanzar nada. A unos cien metros de las obras se ha acumulado tanto humo que tiene que dejar la moto junto a la carretera y avanzar a pie. No se ve apenas, entre el humo, que huele a metal y a azufre. Distingue el color amarillo de las grúas, tropieza con el coche de Brandt. Los árboles siguen ahí sin embargo, como si tal cosa. Continúa caminando un poco a tientas, no se está orientando bien, también pudiera ser que estu-

viere andando en círculos. Ahí están los galpones, sólo queda las vigas de los tejados y las jambas de las puertas que siguen extrañamente en pie. Las grúas están boca arriba, destripadas, cubiertas de ceniza como si llevaran años muertas. Tyler está sentado en el suelo de tierra, lleva una camisa, las gafas y nada más. Bueno, un bolígrafo en la mano. Cuando Maceo le pregunta qué ha pasado Tyler levanta la vista despacio del vacío al que estaba mirando y le contempla como si fuera el mayor de los comemierdas. El segundo capataz, que está saliendo del galpón, o de lo que queda del galpón, le dice a Maceo algo que éste no entiende muy bien. Maceo vuelve a preguntar y el otro le dice que han puesto una bomba. ¿Una bomba? Un atentado, eso es. De la estructura de la presa ya no queda nada, de las obras y la acometida de construcción tampoco, ya va a resultar impracticable levantar la presa. Le dice también que hay dos muertos: un ingeniero brasileño y la mujer que ha puesto la bomba. Que quedan restos por ahí. Y que regrese a su país, que aquí ya no tiene nada que hacer.

Pasan diez, cuarenta minutos, en el silencio cerrado de una capilla de palmas. Vuelven lentamente los ruidos de la selva, los sonidos carnívoros. El roce de las ramas de las araucarias. Le rodean la cabeza con una corona de espinas. Ve una zapatilla de deporte en un charco. Ve llamas rojas muy pequeñas que parecen salir de su propia mano cada vez que la mueve. Todo huele a pólvora.

Le parece que hay mucha distancia entre él y lo que le rodea, como si no estuviera ahí, pero el olor a pólvora le clava al suelo real.

De pronto se sorprende caminando por el sendero que baja al río. Sabe que está bajando al río porque es cuesta abajo, una pendiente muy pronunciada entre el túnel de helechos gigantes, ahora cubiertos de algo que parece talco y ceniza. El fango está blanco y a veces al pisarlo cruje como si fuera polvo de vidrio. Qué es eso que lleva en la mano. Lleva el casco de la Piera.

El río. Las lanchas de los capataces. El «Barako». Maceo se sube al «Barako», arranca el motor, descubre un perro amarillo tumbado de lado que no despierta con el ruido porque probablemente esté muerto. Maceo se aleja. A ratos se queda tumbado en el fondo de la lancha con los brazos en cruz sobre el pecho y a ratos se levanta y agita los brazos por encima de la cabeza y parece como si llevara una camisa de mangas interminables que hacen formas raras y se pierden arriba, en el humo y en la niebla.

Han recortado las hojas de las palmas como si fueran encajes de Holanda. Han colgado garras de gato y hojas de tabaco en todas las casas de Foz. Han colocado un doble rimero de velas y antorchas alrededor de la imagen de la nueva santa, una foto con su casco de guerra, rodeada de latas de refresco, relojes parados, orquídeas y lagartijas secas. Un carro de supermercado en medio

de la plaza. El nombre de la Piera lo repiten los vendedores de estampas, aparece en el fondo de las botellas de aguardiente, aparece detrás de las orejas de los niños como la moneda del truco, aparece escrito en las tapias, en los anillos de boda, es el nombre que le ponen a la primera cachorra que aprende a morder de la camada. A través de sus costillas se adivina un corazón de cuero.

EL DOBLE DE CRAVAN

José Antonio Garriga Vela

*Quien vive más de una vida debe morir
más de una muerte.*

Oscar Wilde

El año 2001 comencé una novela con la intención de contar experiencias personales sin desvelar en ningún momento la identidad del protagonista. El nombre permanecía oculto tras otro nombre. Mi vida privada la había mantenido siempre en absoluto silencio y por consiguiente nadie tenía pistas para sospechar que estaba contando la biografía de alguien que yo conocía en la más absoluta intimidad. Todo iba bien hasta que surgió algo inverosímil que me impidió continuar escribiendo la novela de mi vida. Un día del mes de octubre del año 2002 acudí al Festival de Cine de Sitges para ver la película de Isaki Lacuesta *Cravan vs Cravan*. Desde la primera escena tuve la sensación de que un fantasma había traspasado los límites de la realidad para colarse en mi cerebro y secuestrar al personaje que guardaba oculto en la memoria. Igual que si un espía hubiera descubierto errando por las calles al protagonista de la novela y desvelara al público sus hábitos más personales. A medida que avanzaba la película fue como si una *voz en off* leyera los pensamien-

tos que yo aún no había escrito. Sin embargo, lo más inquietante estaba por llegar. Hay quienes afirman que Arthur Cravan desapareció en el Golfo de México, el mismo lugar donde yo tenía previsto finalizar la novela. En ocasiones, el mundo se vuelve tan pequeño como la esfera terrestre que hago girar sobre su propio eje cuando estoy cansado de no viajar. Al acabar la proyección, me quedé quieto sentado en la butaca. Oí los aplausos y estuve a punto de ponerme en pie y agradecer la ovación del público, pero afortunadamente me contuve y permanecí inmóvil como una figura de cera. Cravan contra Garriga, pensé.

Leo la frase que escribió el supuesto familiar de Cravan y me pregunto cuántas vidas me quedan. Hasta la fecha he muerto una sola vez, al menos que yo sepa. Sucedió cuando perdí la conciencia y al recobrarla no recordaba nada. Mi cerebro era un papel en blanco, como si hubieran instalado la mente de un recién nacido en el cuerpo de un adulto. Quizá fue una resurrección, no lo sé. Hay ciertos fenómenos en los que no termino de creer, por ejemplo los milagros. Pero, de pronto, se producen delante de mis ojos e incluso los percibo en el organismo. Ignoro el tiempo que transcurrió entre ambos momentos cruciales que marcaron mi vida hasta entonces, me refiero a la muerte y posterior resurrección; tampoco lo pregunté a ninguno de los testigos. Cuando renaces todo lo demás pierde importancia. Si tuviera que definir el periodo intermedio que hubo entre ambas vidas, diría que morir

fue algo tan simple como apagar la luz y echarse a dormir. Sin sueños, sin pesadillas, sin nada de nada. No sentí dolor, ni lástima, ni siquiera un ápice de tristeza. Simplemente se fundieron los plomos que iluminan la vida cotidiana. La muerte solo causa desconuelo entre los vivos, los que no están ni se enteran y descansan en paz.

Antes dije que el mundo es pequeño y ahora voy a explicar el motivo de esta afirmación. Mi abuelo era fotógrafo profesional y conoció a Cravan el 23 de abril de 1916 en Barcelona, el día que Cravan peleó en la plaza de toros Monumental contra el campeón del mundo de los pesos pesados Jack Johnson. A partir de ese día, mi abuelo y él entablaron una de esas amistades pasajeras que habría de permanecer en el recuerdo de la familia. Medio siglo después, mi padre mostró las fotos del combate en la sobremesa y contó anécdotas del boxeador Cravan con tanta pasión que llegué a pensar que estaba hablando de sí mismo y utilizaba otro nombre para salvaguardar la intimidad. Después volvía a refugiarse en su verdadero nombre. Mi padre suplantó en las sobremesas a los diversos personajes que el amigo imaginario fue adoptando a lo largo de las sucesivas vidas hasta perderse en el infinito. Así fue como supe que mi padre se ganó la vida trabajando en los oficios más dispares, alguno al margen de la ley. Tan pronto estaba recolectando naranjas al sur de California como trabajando de fogueño en un trasatlántico. Fue marchante de arte y pintor, leñador en los

bosques de Australia y ladrón de joyas. Mientras contaba historias en las sobremesas iba rellenando la copa de coñac, daba un sorbo y continuaba hablando en primera persona. No cabía la menor duda de que mi padre eligió ocultarse tras el nombre de Arthur Cravan para satisfacer deseos y alcanzar ambiciones perdidas. Cuentan las malas lenguas que se dedicó a cuidar mulas que después utilizaba para cargar el botín de los robos. Quienes lo conocieron durante aquella época afirman que fue un encantador de serpientes, ignoro si hacían referencia a un hecho real o era una metáfora, si encantaba serpientes venenosas o lo hacía con todo bicho viviente que merodeaba a su alrededor. Yo tan pronto lo imaginaba robando un banco en cualquier poblado del lejano oeste como tocando la flauta delante de un cesto cargado de serpientes. Cravan significaba entonces para mí el sobrenombre del héroe. Un día lo busqué en el diccionario y leí que era un molusco bivalvo que se adhiere a la quilla de las embarcaciones. Cravan y mi padre, dos caras idénticas y a la vez complementarias e inseparables, navegando adheridos a una quilla construida con el material de los sueños y capaz de sostener el extraordinario peso de la imaginación.

Al cabo de los años conocí en Sitges al misterioso y auténtico Cravan, podéis llamarlo Fabian Avenarius Lloyd. Entonces supe que mi padre era efectivamente un aventurero que pasó la vida sin moverse de casa y quiso resarcirse del fracaso transmitiendo a su hijo los

sueños que no había conseguido alcanzar. Fue como si una voz sepultada bajo el agua me aconsejara vivir mil vidas y morir mil muertes. Para mi padre Cravan, la muerte no suponía una ruptura sino un tránsito. Su vida era un libro de cuentos cuyas páginas lo retrataban mejor que las fotos del abuelo. Retratos en los que aparecía conmigo en brazos bajo la esfera de un reloj parado, posando ante la cámara con guantes de boxeo y expresión risueña o abrazando a mi madre en una golondrina del puerto de Barcelona. Sus palabras y consejos me iluminaron el futuro. A partir de entonces, mi vida tomó otros derroteros. Me propuse entrar en acción. No pretendí en ningún momento identificarme con Cravan, tampoco él lo permitiría. Cómo iba a intentar jugarme la vida con un tipo de más dos metros de altura y ciento siete kilos de peso, que además dejó muy clara su postura a quienes pugnaban por hacerle sombra: «Que venga aquel que dice ser parecido a mí que le escupo en la jeta». Sin embargo, voy a confesar algo importante: yo también he pasado gran parte de la vida boxeando contra fantasmas. No hace falta cerrar los puños para golpear y protegerse de las sombras que nos acechan, simplemente hay que subir al cuadrilátero y enfrentarse a ellas. La vida atroz reducida a un cuadrilátero, así la concibió Cravan, así la concibió mi padre y así la concibo yo. Cuando abandoné la infancia, descubrí que Cravan era un secreto familiar. Un héroe al que suplantamos primero el padre y después el hijo. Un

hombre que se consideraba a sí mismo un cigarro y que se consumió demasiado pronto.

Tengo delante de mí varias de las fotos que hizo el abuelo el día del combate y que he heredado de mi padre. Me pongo en el lugar del fotógrafo. Pulso y disparo: ¡Clic! Detengo el instante, paro la vida y la convierto en una imagen eterna. Así conocí a Cravan, quieto y a la vez luchando, encajando golpes y aguantando el tipo, la cruda metáfora del cuadrilátero que tanto mencionaba mi padre. Miro al poeta con guantes de boxeo. El que escribía poemas para vivir y peleaba para ganarse la vida. «Para vivir y escribir hay que ser un caballo salvaje», dijo. Un hombre esbelto, bello, seductor, que corrió al galope hasta atravesar solo la meta. Me pregunto cuál era su meta y no hallo respuesta. No creo que tuviera ninguna. Quizá acabó celebrando el final de la carrera en una cantina de México, o sumergido en una parte de mar encerrada por cabos de tierra, o sepultado bajo la luna caritativa en el camposanto de los que no tienen nombre. Al observarlo ahora, compruebo que no ha menguado su estatura ni la fuerte complexión al cabo de los años. Cravan sigue siendo el hombre grande que conocí de niño, los héroes nunca desfallecen, no se derrumban aunque caigan a la lona.

Los consejos del padre al niño de seis años fueron decisivos. Yo entonces no podía imaginar que un sentimiento pudiera expresarse de una manera tan poderosa y convincente sin elevar la voz. La fuerza del de-

seo no necesita palabras. No fui boxeador porque tenía puños de mantequilla y el peso de una mosca incapaz de pegarse con nadie. Sin embargo, también yo he sido poeta, pintor y marchante de arte, actor, novelista, aventurero, ladrón de guante blanco, dandi, maniquí. Y aunque sólo haya muerto una vez, he vivido en tránsito constante. También suplanté a personajes famosos y dirigí una editorial que publicó cinco libros que me hicieron evocar las cinco revistas *Maintenant* que Cravan elaboraba y vendía por las calles y los cafés de París. Nadie sabe las aventuras que tuve que vivir hasta que llegó el día en el que acumulé el valor suficiente para suplantar al «pobre desquiciado, neurasténico, con aires de grandeza». Esto decía de su hijo la madre de Fabian Avenarius Lloyd, la madre de Cravan, la madre de tantos otros nombres. Yo tuve más suerte, mis padres me enseñaron a ser como Cravan. Y todo funcionó bien hasta que vi la película de mi vida en una sala de Sitges. El final estaba escrito bajo las aguas del Golfo de México. Desde entonces, me llamo por teléfono para saber dónde estoy pero nadie responde. Supongo que las llamadas me sorprenden en tierra de nadie, entre alguna de las mil vidas y las mil muertes.

NAUFRAGIO

Inés Martín Rodrigo

Conocí a Carlos una tarde lluviosa de abril, en el bar de Mateo. En Colonia todas las tardes de abril son lluviosas. Al empezar el mes, es como si una nube se posara sobre la frente del pueblo y fuera descargando, de forma cuidadosa y medida, las mismas gotas de agua cada día. Como el tic tac de un reloj: tic, tac, tic, tac, tic, tac... Lunes, martes, miércoles... Hasta hacer de la semana una inmensa riada de tonos grises y extraña humedad, que te cala los huesos como si fuera musgo salvaje. Aquel día, lluvioso, del mes de abril, en el bar de Mateo, era martes. Lo recuerdo porque la pandilla de mi padre, todos pescadores jubilados, y por tanto aún en activo, solían jugar al dominó en el bar de Mateo los martes. Todos los martes. Del mes de abril. Quedaban a las seis, cuando Agustín y Fidel ya se habían levantado de la siesta, y estaban hasta las ocho, aproximadamente. No más tarde, para poder llegar a tiempo a la pachanga que el equipo de fútbol de los chavales del pueblo jugaba cada martes. Todos los martes. Del mes de abril. A mi padre no le gustaba el fútbol, y empiezo a pensar que tampoco el ajedrez, pero desde que murió mi madre, hacía ya dos años, había entrado en una letanía de ociosidad y desvelo que le llevaba a hacer cosas extrañas, como relacionarse hasta

caer extenuado y muchas veces sumido en los vapores etílicos que adormecen el ánimo y el pensamiento.

Aquella tarde de martes, del mes de abril, fui a buscar a mi padre al bar de Mateo un poco antes de que dieran las ocho. Al regresar de la escuela, me había dado cuenta de que, no sé si fruto del despiste o la dejadez, había olvidado el paraguas en la entrada. No es que diluviara, y seguro que llevaba puesto el chubasquero, pero no me costaba nada acercarme y, de paso, le pediría a Mateo media docena de huevos para la cena.

Cuando salí a la calle, empezaba a llover con fuerza. No era la lluvia propia de abril. Era como si el calendario se hubiera dado la vuelta y hubiéramos regresado a febrero. Hay días de febrero en los que arrecia tanto la lluvia que es imposible salir a faenar. El mar, bravío, se traga todo cuanto se le acerca en febrero. Pero no en abril. Y, sin embargo, llovía como si fuera febrero. Entré de nuevo en casa, me calcé las katiuskas y volví a salir, con dos paraguas. A veces me pregunto cómo es posible que recuerde, con exactitud milimetrada, lo que sucedió tal o cual día. Soy capaz de enumerar, casi hora por hora, lo que pasó entonces y, sin embargo, hay veces que, al despertar, no sé ni lo que hice ayer... Pero sí aquel día, martes, lluvioso, del mes de abril, en el bar de Mateo, cuando conocí a Carlos, al ir a buscar a mi padre.

Caminé por las cuatro calles que separan nuestra casa del bar de Mateo. La lluvia, ya racheada por culpa

de un viento que amenazaba con llevarse las ramas del único árbol de la plaza del ayuntamiento, me empapó la cara y llegué al bar como si viniera de un velatorio, con los ojos acuosos y enrojecidos.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó mi padre al verme, sobresaltado.

—Nada. Te has olvidado el paraguas en casa y con la que está cayendo no quería que acabaras como una sopa.

—Ah, tranquila, muchacha. Los chicos de Alfredo no juegan hoy. Con este calabobos, el campo de fútbol es un barrizal. Ha venido a avisarnos el hijo de Hortensia.

Me hizo gracia que Fidel llamara calabobos a aquella lluvia intensa. Llevaba faenando en el mar desde los ocho años y le gustaba tanto el agua que, a punto de cumplir 70, la pandilla le tomaba el pelo diciéndole que, en lugar de piel, tenía escamas. Me gustaba esa complicidad a la que habían llegado entre ellos. Era su particular refugio frente al paso del tiempo, de las desgracias y el abandono. Y, sin embargo, no dejaba de sentir que mi padre se había situado al margen. Les acompañaba, pero no formaba parte de aquello. Su complicidad era fingida, como su afición por el dominó o por el fútbol. Pero era la única forma que tenía de seguir respirando ante la ausencia.

—Bueno, os dejo que terminéis. Sólo he venido a eso y, de paso, a pedirle media docena de huevos a Mateo, que tenemos la nevera en las últimas.

Mi padre me miró, con la inocencia, también fingida, del padre al que le gustaría volver a ser un niño, y de nuevo posó la mirada sobre las fichas del dominó. Blancas y negras, como todo en aquel pueblo: blanco y negro. Lo que más echaba en falta era la escala de grises de la capital. Los matices de ser alguien a medio camino entre el todo y la nada. Alguien capaz de no ser definido, más que por sus propias contradicciones. Pero de todo aquello hacía mucho. Tanto como dos años, y a mí me parecían un millón. Los que habían pasado desde que ella murió. No podía decir su nombre. Ni mirar su rostro. Mi padre había hecho desaparecer todo su rastro de casa. «Si los ojos no ven, el corazón no siente», me dijo, como única explicación, al día siguiente del funeral. Supe, por su severa expresión, la misma que ponía cuando, siendo niña, me resistía a irme a la cama, que no había alternativa. Así sería, hasta que también él muriera, y entonces yo tendría que resucitarles a ambos, recuperar su recuerdo. Pero entonces, quizás, ya sería demasiado tarde...

—No puedo darte una docena, Ángela. A mediodía tuve el comedor lleno y sólo me quedan un par. ¿Te viene bien?

Mateo era de mi generación. Treinta años cumpliríamos este año. Él en mayo y yo en septiembre. Cuando le miraba, en ocasiones veía en él algún rezagado atisbo de deseo. No fui su primer amor. Él tampoco el mío. Pero la nostalgia del querer, de sentirse

querido, hace que confundamos los sentimientos. Y en los dos últimos años, desde que yo había regresado, nos habíamos confundido, al menos, diez veces. La última, la noche anterior. Cuando me marché a estudiar Magisterio, él decidió quedarse con el bar de su padre y, de paso, casarse con Maribel, también de nuestra generación. Nunca tuve nada en común con ella. Tampoco con Mateo. Pero fui a su boda, brindé por su felicidad y esquivé el ramo de novia. Nunca se me dieron bien las plantas, ni los niños. Ellos, en cambio, ya tenían dos. No hay que ser muy ducha con los números para hacer cuentas...

—Sí, me vale, no te preocupes. Tengo algún tomate y con eso me apaño —le dije, a lo que mi padre respondió con un ligero movimiento de cabeza, sin levantar la vista de las fichas del dominó. No le gustaba «lo verde».

—Voy a la despensa a buscarlo. ¿Quieres una caña mientras?

—Vale, ponme una —contesté, y mi padre volvió a mover la cabeza. Al parecer, el único que podía refugiarse en los vapores etílicos que adormecen el ánimo y el pensamiento era él.

Me senté en la barra y eché un vistazo a los parroquianos. El mismo escenario de cada día, con los mismos protagonistas, a la misma hora... Salvo un chico joven, acodado en el extremo, junto a la máquina tragaperras, que llevaba sin funcionar desde el día que Florencio, el de la ferretería, se llevó el premio gordo,

las tres peritas, hacía ya lo menos cinco años. «¿Por qué no la arreglas?», le preguntaban al padre de Mateo. «Porque si lo hago dejaréis de venir para ver si funciona», respondía él. Y se quedaba tan pancho, provocando más risas que ira. No le faltaba razón: muchos seguían yendo, día tras día, y se acercaban a la máquina, con la esperanza de que se encendiera y les sacara de pobres, o del aburrimiento en el que vivían instalados. Colonia era así, un continuo esperar nada, sin desesperanza.

Me fijé en Carlos, aquella tarde, de martes, lluviosa, del mes de abril, en el bar de Mateo, porque era el único «forastero» y porque llevaba una boina calada hasta las cejas. Le cubría la mitad del rostro y, sin embargo, sus ojos azules escapaban de la sombra, buscando refugio al otro lado del ventanal. Me acerqué a él, casi sin darme cuenta, de forma instintiva, y empecé a hablarle, como quien inicia una conversación en el desayuno, al poco de despertar, con el recuerdo del placer compartido. Él disfrazó su timidez con un mohín de disgusto, pero al poco se le pasó y estuvimos charlando, al menos, una hora. De esto, de lo otro, de lo que pasaba aquí y allá. Todo meras pinceladas en las superficies de vidas ajenas que empezaban a ser propias.

Mi padre y la pandilla terminaron la partida de dominó y apuraron hasta las nueve, con alguna copita (de más) de Anís del Mono. «Éste algún día capaz es de servirnos el Lirios ese que usa para limpiar la barra

cuando cree que no le vemos», solía bromear Agustín a última hora, cuando el primer trago era ya sólo un recuerdo. Fuera seguía arreciando la lluvia, propia del mes de febrero, aunque era una tarde, ya noche, del mes de abril.

—¿No tienes casa a la que marcharte? —me preguntó Mateo, en un momento en el que Carlos se había levantado para ir al baño.

Yo le miré, con esa sonrisa picarona que algunos confunden, aún hoy, con desdén, y le pedí otra caña, que él me sirvió sin rechistar. Carlos regresó, con la boina ya en la mano, y volvimos a recuperar la charla. Su frente, pronunciada, se perdía en un cabello frondoso, de intenso color negro. Los rizos, alborotados, suavizaban su expresión, siempre distante. Con el tiempo comprendí que aquel era el rostro, congelado, del niño que nunca pudo llegar a ser. O quizás siempre lo fue, y la máscara era, en realidad, la vida que se empeñó en construir para los otros. Para nosotros.

La tarde lluviosa, del mes de abril, en el bar de Mateo, terminó en noche, cerrada y de ventisca, en mi habitación. Mi padre debía haber llegado bastante antes que nosotros, porque al atravesar el pasillo que ordenaba los cuartos de la casa sus ronquidos hicieron que se nos escapara la risa, que pudimos contener hasta que cruzamos la puerta y caímos, ebrios de placer, en la cama.

Al día siguiente le siguieron muchos más, siempre con Carlos; en el desayuno, en la comida y en la cena.

Mi padre se acostumbró a su presencia. No hizo preguntas, quizás porque sabía que ni siquiera yo tenía respuestas. Sólo me sentía ligera, como si me hubiera liberado del peso de la ausencia. La culpa no se iba, pero se mantenía agazapada, acorralada por el deseo, que se manifestaba en cualquier momento y lugar, como si fuéramos dos chiquillos en pleno ataque hormonal. Yo le conté, a grandes rasgos, mi vida en los últimos años, pasando de puntillas por la muerte de mi madre y la extraña reacción de mi padre; y él correspondió con el silencio de quien no busca ocultarse, sino simplemente no recordar. Jamás hablaba de su pasado. Como únicas pertenencias, cuando se instaló en casa, al cabo de un mes de ir y venir desde la Posada del Manco, trajo una mochila y su boina, siempre calada hasta las cejas. ¿Le quería? Sin darme cuenta, terminé haciéndolo con toda mi alma.

—Hay que buscarle un trabajo a este muchacho, no puede pasarse el resto de su vida, y de la tuya, ayudando a faenar a Fidel. Sobre todo porque el día menos pensado ese viejo no podrá ni levantarse de la cama, y mucho menos echarse al mar.

La pensión de mi padre y mi sueldo de maestra en la escuela daban para ir tirando los dos. Pero la llegada de Carlos descabaloó las cuentas. Los dos primeros meses aguantamos a duras penas, pero la cosa se iba poniendo fea, aunque odiara darle la razón a mi padre.

—Si te molestamos lo dices y nos vamos —le dije, con un tono que sólo utilizaba cuando quería herirle.

Sabía que no pretendía eso, pero por alguna extraña razón me sentía furiosa con él. Y poco tardaría en averiguar por qué.

—No te pongas brava, que sabes que no voy por ahí. Higinio, el farero, se acaba de jubilar, y el otro día me preguntó en el bar de Mateo si conocía a alguien que quisiera pasarse su vida mirando al mar, pero sin pisarlo. Pensé en el muchacho. Eso es todo.

Era cierto: Carlos miraba siempre al mar, pero pocas veces se atrevía a bañarse. Si yo me empeñaba en que paseáramos por la orilla, él jamás se descalzaba, y cuando llegó el verano inventaba excusas para obviar el calor. Por un momento le imaginé en el faro, con su boina, calada hasta las cejas, y sonreí.

—¿Pero ese oficio no es cosa del siglo pasado? —pregunté, ya con ánimo conciliador.

—Hay oficios que no son cosa del tiempo, sino del ánimo —me dijo mi padre, y se dio la vuelta.

—Pero, ¿dónde vas? —odiaba cuando me dejaba con la palabra en la boca. A mi madre solía hacérselo cada vez que discutían. Pero aquello no era una discusión.

—¿Pues dónde voy a ir? A hablar con Higinio, antes de que cuelgue la convocatoria en el ayuntamiento o, peor aún, en el bar de Mateo.

Le miré con dulzura, como pocas veces lo hacía, y antes de que se escapara le robé un beso. Era el primero en tanto tiempo que se ruborizó.

—Venga, anda, luego os cuento en la cena.

La cosa quedó arreglada sin que trascendiera a los cauces oficiales. A Carlos no le pareció mal, ni bien. «¿Es un trabajo de por vida?», se limitó a preguntar. «Pues, a ver, mientras nadie en el pueblo se oponga será de por vida, o por el tiempo que tú quieras», le contesté. Hasta ese momento, yo no me había planteado en qué consistía lo nuestro, qué definición debíamos darle, si es que había que llamar de algún modo a aquella larga conversación que empezamos una tarde, lluviosa, del mes de abril, en el bar de Mateo. Pero ahora debía planteármelo.

—Estoy embarazada, Carlos —le espeté, sin rodeos.

Su rostro, siempre contraído, distante, se descongeló. Nunca le había visto sonreír de aquel modo. Ni siquiera cuando, en la cama, le atacaba con cosquillas y terminaba llorando de risa. Se quitó la boina y me abrazó. Olía a mar, aunque jamás se había metido en las aguas que bañaban Colonia.

—¿Y cuándo nos mudamos? —me preguntó, en un susurro.

Nuestro primer verano en el faro resultó menos idílico de lo que ambos esperábamos. Nos instalamos en una pequeña casita, adyacente, con tres habitaciones, una cocina y un baño, al que yo no dejaba de acudir. En mitad de la noche, de mañana, a mediodía, por la tarde... Mi padre me recordó, en una de sus visitas diarias, a eso de las seis (la perspectiva de convertirse en abuelo hizo desaparecer su afición por el dominó), que mi madre tuvo un embarazo «espanto-

so». Era la primera vez que pronunciaba su nombre en más de dos años, y llegué a pensar que estaba curado; pero la pena, como el desamor, no se cura ni se pasa, sólo se alivia.

Pasado el verano, y las vacaciones escolares, tuve que cogerme la baja. «Embarazo de riesgo», así lo definió el médico al que acudimos en la capital. Carlos me miró con inquietud y el rostro se le volvió a contraer.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó, angustiado. Nunca le había visto así. Se mostraba vulnerable, por primera vez, desde que empezamos a hablar, aquella tarde, lluviosa, del mes de abril, en el bar de Mateo.

—Eso quiere decir que su mujer debe guardar reposo y cuidarse, ella y su pequeño.

Fue así como nos enteramos de que esperábamos un varón.

—No es mi mujer —respondió Carlos, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Ya sabían el sexo? —nos preguntó, extrañado.

—No, no, para nada, nos acaba de dar una sorpresa —dije yo, tratando que Carlos reaccionara.

Salimos del médico y nos dirigimos a la parada del autobús, que pasaba cada hora, en ruta hacia Colonia.

—¿No te ha hecho ilusión?

—Sí, sí, claro. Sólo es que estoy asustado. No quiero que os pase nada.

Era el primer atisbo del terror que le provocaba hablar del futuro, mirando al pasado. No es que temiera comprometerse, o empezar una familia conmi-

go. Es que no sabía cómo hacerlo, porque nunca la había tenido.

Miguel nació el 9 de febrero. Fue un parto fácil... para lo que había sido el embarazo. No es que no me enterara, pero acostumbrada al calvario de los meses anteriores, aquello me pareció hasta corto. A mi padre se le caía la baba, y Carlos sonreía de vez en cuando. La noche que pasamos en el hospital de la capital, quiso quedarse conmigo, aunque las enfermeras insistieron en que no era necesario.

—Pero, hombre, ¿dónde vas a dormir? —le preguntó mi padre, antes de marchar, a última hora de la tarde, hacia la parada del autobús que debía llevarle hasta Colonia.

—No necesito dormir. Estoy acostumbrado —contestó.

Era cierto. Parecía una lechuza, con aquellos grandes ojos azules. Nunca entendí cómo era capaz de mantenerse despierto en las largas noches que le tocaba hacer guardia en el faro, por si llegaba alguna pequeña embarcación, huyendo de la monstruosidad del puerto de la capital.

Mi padre se marchó y Carlos se acomodó en el sofá que había junto a mi cama, pegada a la pequeña cuna en la que Miguel dormía a pierna suelta.

—¿No quieres poner la tele? —le pregunté, un poco incómoda ante el silencio que empezaba a inundar la habitación.

—No, hay algo que necesito contarte.

Fue una tarde, soleada, de finales del mes de junio. Al empezar a hablar, Carlos remarcó lo de «soleada». No era habitual que amaneciera despejado, en junio, en Soto, y mucho menos que no hubiera ni rastro de nubes hasta el anochecer, como ocurrió aquel día, soleado, de finales del mes de junio. Cuando escuché «Soto» me sobresalté. Era un pueblo que apenas distaba treinta kilómetros de Colonia. Más que pueblo era una pedanía. Recuerdo que, de niña, algún día paramos allí de vuelta de la capital, para que mi madre comprara coquinas; había un pescador, «El Coquineero», le llamaban, que las pescaba como quien enhebra una aguja. No serían más de veinte o treinta casas, arremolinadas alrededor de una plaza de adoquines, que desembocaba en una pequeña playita, donde las barcas ocupaban el espacio de los bañistas. Tan lejos, y tan cerca, pensé... Carlos había estado, todo ese tiempo, a treinta kilómetros de mí, los últimos treinta años.

Aquella tarde, soleada, de finales del mes de junio, Carlos y su hermano gemelo, Marcos, bajaron a la pequeña playa de Soto. Su padre había muerto, siendo ellos unos recién nacidos, en el naufragio del *Bienaventurado*, el famoso pesquero que se hundió frente a la costa de Villar, el puerto más importante del litoral. Su madre, Eugenia, sacó adelante a los niños con ayuda de los vecinos del pueblo. Había llegado a Soto junto con Eduardo, su marido, recién casados, huyendo de sólo ellos sabían qué, y no tenían más familia que la que fueron construyendo a su alrededor. Así

que, a la muerte de Eduardo, Eugenia se quedó viuda, sola y con dos niños tan pequeños que les costaba trabajar respirar por sí mismos. Pero, como otras muchas veces en su vida, se arremangó y empezó a trabajar, de sol a sol, en la pescadería del «bueno de Antón». Incluso había días que le acompañaba a faenar. La mujer de Antón estaba en una residencia de la capital, «impedida», como él siempre remarcaba cuando alguien le preguntaba. «Pero no de la cabeza, la cabeza la tiene perfecta», añadía, y seguía despiezando la merluza. «Nunca hubo nada entre ellos», matizó Carlos. «Mi madre y Antón fueron siempre buenos amigos... Fueron y lo son, espero...» Aquella apreciación hizo que dejara de escucharle, por unos segundos. «Lo son...» Entonces, ¿la familia de Carlos estaba viva?

El día anterior, 20 de junio, los hermanos habían cumplido nueve años. Su madre y Antón les habían regalado una pequeña barca.

—¿Una para los dos? —preguntó Marcos.

—O la usáis juntos o la compartís, vosotros veréis, pero la cosa no da para más —respondió Eugenia, provocando la sonrisa de Antón, que ya había encargado otra igual a Tomás, el carpintero de Soto.

Carlos y Marcos tuvieron que esperar a estrenarla hasta el día siguiente, hasta aquella tarde, soleada, del 21 de junio, en la playa de Soto. Su madre se había quedado dormida viendo la televisión, después de fregar los cacharros. Hacía un calor extraño y pegajoso y Eugenia había bajado las persianas verdes que rodea-

ban la casa. Los hermanos aprovecharon la tranquilidad reinante para sacar la barca del almacén de Antón y trasladarla hasta la playa, donde algún turista, despiestado, dormía sin reparar en el sol, ni en las quemaduras que tendría al día siguiente.

—¿Dónde vais, muchachos? —les preguntó Tomás, que iba ya hacia el taller.

—Vamos a estrenar esta preciosidad que has hecho —contestó Marcos, entusiasmado.

Carlos no dijo nada. Se limitó a asentir a lo que había dicho su hermano, como siempre, y le siguió apresurado en su caminar, como siempre. Marcos había nacido sólo unos segundos antes que él y, desde el principio, se convirtió en «el hermano mayor». Carlos lo idolatraba.

Llegaron al borde de la de la playa, metieron la embarcación en el mar, y saltaron dentro de ella. En el despiste fruto de la ansiedad por estrenarla, los dos hermanos olvidaron los remos en el almacén de Antón. Carlos se percató, y quiso echar el pie a tierra y volver a por ellos.

—¡Anda, cobarde! —le dijo Marcos—. ¿Es que no sabes nadar o qué?

No sólo sabía nadar, sino que lo hacía bastante mejor que él, pero se calló, como hacía siempre, y siguió a su hermano, como hacía siempre.

Se adentraron, usando los brazos como remos y aprovechando la calma de un mar que nunca estaba así. Cuando quisieron darse cuenta, habían perdido de vis-

ta la plaza adoquinada de Soto, las casas arremolinadas y la pequeña playa, donde el turista distraído ya había despertado, con una resaca que le estallaba la cabeza y las incipientes ampollas que empezaban a hacer acto de presencia en su espalda, roja como un cangrejo.

—Nos hemos alejado demasiado —dijo Carlos.

Su hermano llevaba consigo una mochila. Una mochila igual a la que Carlos traía, como única pertenencia, cuando llegó a Colonia, cuando se trasladó a mi casa y cuando nos mudamos al faro. Con una sonrisa de oreja a oreja, sacó de ella una pequeña caña de pescar.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Carlos, extrañado. La economía familiar no daba ni para sedales, como para hacerse con una caña...

—Eso a ti no te tiene que importar, ni preocupar —le dijo, guiñándole el ojo. Aunque más temeroso siempre, a Carlos le encantaba que su hermano le hiciera cómplice de sus trastadas. Asintió, como siempre hacía, y le dejó hacer, una vez más.

Estuvieron pescando, mar adentro, lo menos tres horas, hasta que el sol empezó a ponerse, en aquella tarde soleada, de finales del mes de junio, en Soto. De repente, Carlos vio que el cielo empezaba a oscurecerse y se dio cuenta de que no era sólo el anochecer.

—Viene una tormenta —le dijo a Marcos, en tono preocupado.

—Bah, no te preocupes, tenemos tiempo de sobra para recoger.

Carlos no estaba tan asegurado. Había aprendido, de escuchar en la pescadería a los hombres de Soto, mientras observaba cómo Antón limpiaba la pesca del día, que las tormentas tardan unos instantes en llegar, pero pueden pasarse días enteros descargando. Y eso fue lo que pasó aquella tarde, de finales del mes de junio, que empezó soleada, en la playa de Soto.

A partir de ahí los recuerdos se vuelven difusos. Comenzó a diluviar y los hermanos empezaron a batir los brazos como si les fuera la vida en ello. Porque les iba. Un rayo que cayó cerca de la embarcación les desestabilizó y volcaron. Pese a la burla de Marcos, Carlos era mejor nadador que él. Los dos lo sabían, y el «hermano pequeño» agarró con todas sus fuerzas al «hermano mayor», hasta que no pudo más.

—¡No muevas los brazos, aguanta sin hundirte! —le gritó Carlos. Pero Marcos, aterrado, batía las manos como si fuera un perrillo y empezó a desfallecer.

Unos segundos después, el mar se lo había tragado. Carlos intentó bucear, entre la lluvia y los truenos, para sacarlo a la superficie, pero Marcos había perdido el conocimiento y su cuerpo pesaba tanto como si ya estuviera muerto. Entonces, el «hermano pequeño» tuvo que decidir: o nadaba él o morirían los dos. Fueron instantes en los que pensó en su madre, en «el bueno de Antón» e, incluso, en su padre, al que sólo conocía por fotos y cuyo rostro había deformado, de tanto imaginarlo. Soltó la losa, que sin embargo le acompañaría el resto de su vida, sacó la cabeza del

agua, como pudo, y vio unas maderas de la barca, que el último rayo había partido en dos. Se aferró a ellas con fuerza y aguantó, aguantó...

Lo siguiente que recuerda es que apareció, varias horas después, en la playa de Soto. Todo el pueblo, y sus alrededores, se habían movilizado buscando a los dos hermanos. Pero sólo apareció uno. Y no porque lo encontraran. Simplemente el mar no se lo quiso tragar. Lo devolvió a aquella playa, en la que una tarde soleada, de finales del mes de junio, los hijos de Eugenia estrenaron la barca que su madre y Antón les habían regalado por su noveno cumpleaños.

Su madre se volvió loca, literalmente. Al ver a Carlos, ni siquiera lo abrazó. Se limitó a mirar al horizonte, buscando en aquellas aguas malditas al segundo pedazo de su corazón que el mar le arrebatara.

Pasaron los días y Eugenia no salía de la cama. Antón y Carlos la cuidaban como si hubiera enfermado de un mal incurable. E incurable era: quizás uno no muera de amor, pero sí al perder a un hijo.

A Carlos le atenazaba la culpa.

—No sabes cuántas veces deseé haber muerto yo...
—dijo, antes de finalizar su relato.

Hasta que una mañana, soleada, del mes de julio, al poco de amanecer en Soto, Carlos llenó la mochila, aquella igual a la que su hermano llevaba el día de la tormenta, la misma que traía cuando le conocí en Colonia, en el bar de Mateo, y salió de su casa, sin hacer ruido. No quiso ni pasar por la habitación de su madre.

Sabía que si lo veía, en los segundos que el juicio, nublado por los sedantes, la dejara despertar, no se opondría a su marcha. Y Carlos no lo podría resistir. Eso no.

Fue caminando hasta el pueblo más cercano y allí esperó, paciente, a que pasara el autobús. No sabía dónde quería dirigirse. Sólo sentía que debía marcharse, dejar que la vida, arrebatada, siguiera su curso en Soto sin él presente.

Desde entonces, habían pasado veinte años. Carlos se instaló en Canelo, una ciudad portuaria, cercana a la capital, a más de setenta kilómetros de Soto y a mitad de camino de Colonia. Allí sobrevivió como pudo, en la barriada del puerto, haciendo trabajos de marinero y faenando, de vez en cuando, en algún pesquero. No volvió nunca a ver a su madre. Ni al «bueno de Antón».

—Y esa es mi historia —me dijo—. Ahora que la conoces, no me pidas que te vuelva a hablar de ella.

Se lo prometí. Pero al poco tiempo de regresar a casa, con nuestro hijo, y de que Carlos volviera a hacer guardias, noche sí y noche también, en el faro, refugiado del dolor que se le había hecho presente a través del pasado, rompí mi promesa.

Yo no tenía carnet de conducir. Nunca me gustaron los coches y, cuando marché a estudiar a la capital, casi se convirtió en la excusa perfecta para no tener que ir, todos los fines de semana, a Colonia. Una vez de regreso al pueblo, la escuela estaba a sólo unas calles de casa, así que iba y venía andando al trabajo... y a

todos partes. Si necesitábamos algo, sobre todo tras la muerte de mi madre, se lo encargábamos a Mateo o, si no tenía que venir muy cargada, cogía el autobús los sábados por la mañana y me acercaba yo a hacer algo de compra. Pero para poder ir a Soto con Miguel, que tenía dos meses recién cumplidos, necesitaba un coche, de esos que nunca me gustaron, y alguien que me acercara, para que Carlos no se enterase. Lo planeé todo: hablé con mi padre, que convenció a Carlos para que salieran a pescar, la mañana del día acordado.

—¡Qué pesado se ha puesto tu padre con lo de ir a pescar! Sabes de sobra que no me gusta nada. Vaya perra ha cogido el hombre...

—Le hace ilusión, y ahora que empieza a recobrarla, gracias a Miguel, no quiero que le demos ese disgusto. No te cuesta nada... Cuando volváis, prometo compensarte.

Carlos me miró, con esa mirada que estaba aprendiendo a dulcificar, y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, amor.

Eché un vistazo a la cuna y apagó la luz.

Cuando desperté, a la mañana siguiente, mi padre y Carlos ya no estaban. No serían más de las ocho, y Miguel seguía durmiendo. Ni un chis en toda la noche, y así siempre, sin excepción. Era un bendito.

Había quedado con Mateo, a las nueve, en la puerta de casa. «Disculpa que te lo pida a ti, pero no hay nadie más a quien pueda recurrir», le dije cuando me acerqué al bar el día anterior, intentando justificar lo

que sabía que no tenía justificación. Tras escuchar la historia, que le conté sin más detalles que los estrictamente necesarios, el brillo que su mirada desprendía al mirarme desapareció. «No te preocupes, le digo a Maribel que se apañe ella sola unas horas con la faena y punto», me contestó. Jamás le pregunté si Maribel sabía lo nuestro, aquellas diez veces que, por lo menos, nos habíamos confundido, en los últimos años.

Llegamos a Soto pasadas las diez de la mañana. Miguel había abierto los ojos al entrar en el Opel Astra de Mateo y no los cerró en todo el camino. La luz que se colaba por los cristales se reflejaba en su rostro y le deslumbraba, pero ni lloró ni se quejó lo más mínimo. Al contrario: de vez en cuando sonreía, mientras Mateo y yo improvisábamos conversaciones circunstanciales.

—¿Y cómo vas a saber dónde vive la señora esa?
—me preguntó Mateo, al aparcar en la plaza adoquinada de Soto.

—Hay cuatro casas, tampoco creo que sea tan complicado.

—Ya, Ángela, pero han pasado veinte años. A saber, siquiera, si sigue viva la mujer...

Yo sabía que sí. Tenía que seguir viva. Mi plan no podía fallar. No en eso.

—Quédate si quieres aquí, que ya me las apaño yo
—le dije, mientras él se encendía un cigarro.

Bajó la mirada, cogió la cazadora del coche y echó a caminar, hacia la playa. Yo coloqué a Miguel en el

carrito y nos dirigimos a la tienda de ultramarinos, la única del pueblo. Al entrar, percibí un olor especial. El mismo que desprendía el cuerpo de Carlos la primera vez que me acosté con él.

—Hola, buenos días.

Las dos señoras que esperaban a ser atendidas me miraron con cara de asombro. No era muy habitual que una muchacha de mi edad, forastera, apareciera en Soto la mañana de un martes, y mucho menos con un bebé en un carrito.

—Buenos días —me respondió el tendero, un señor envejecido y adusto, que debía rondar los setenta años.

—Quería saber si conocen a una mujer que se llama Eugenia. Su marido murió, hace lo menos treinta años, en un naufragio. Tenía dos hijos...

—¡Eugenia! ¡Claro, mujer! —me dijo una de las señoras que me había escrutado al entrar, zarandeándome—. Vive aquí al lado. La pobre... Perdió a un hijo en la mar y el otro se la desapareció. Menos mal que tiene al «bueno de Antón», que la cuida. Se volvió como una niña chica, ¿no sabe usted? No rige, no rige...

Al menos estaba viva, pensé.

Doña Clara, que así se llamaba la señora que al principio me había escrutado y al final zarandeado, me indicó cómo llegar hasta la casa de Eugenia y el «bueno de Antón». «Es aquí al lado», me dijo, al salir de la tienda de ultramarinos. «Sólo tiene que subir esa

cuesta y la última casa, justo antes de girar la esquina. Llame y le abrirá él. Siempre está, nunca la deja sola.»

Le di las gracias a doña Clara que, antes de despedirnos, me contó que, en sus «años mozos», había sido maestra de escuela en la capital, pero al morir su madre había tenido que regresar a Soto a cuidar de su padre, y ahí se había quedado. Por un momento pensé que me estaba gastando una broma. Que sabía quién era yo y qué había venido a hacer. Pero era imposible. Simplemente, la historia es tan sencilla que, a veces, muchas, la mayoría, se repite.

Subí la pequeña cuesta, como doña Clara me había indicado, y llegué hasta la última casa de la calle, justo antes de doblar la esquina. Llamé. Pasaron unos segundos y un señor, alto y espigado, cariacontecido, abrió la puerta.

—Buenos días —le dije.

El «bueno de Antón» no dijo nada. Me miró un instante y, enseguida, bajó la vista y se detuvo en el carrito, donde Miguel le miraba, sonriente. Y, entonces, comprendió.

—¿Dónde está Carlos? —me preguntó, de sopetón.

Antes de que pudiera decirle nada, explicarle quién era yo y qué hacía allí, salió al umbral y cerró la puerta a sus espaldas.

—Ella no recuerda nada. Sólo llora, mucho, por las noches. Dice su nombre, al principio susurrando, y al final se ahoga en un grito desesperado. Así todos los días, noche tras noche.

—¿Llama a Carlos?

—No, hija mía, a Marcos. Carlos desapareció de su vida, y de su recuerdo, el día que se marchó. Este es su nieto, ¿verdad?

—Sí, se llama Miguel. Tiene dos meses. Carlos me lo contó todo el día que nació y pensé que, quizás...

—Pensaste que el pasado se puede recomponer.

—Eso es.

—Pues a veces es mejor no pensar.

Un silencio penetrante se instaló entre los dos. Parecía que jamás terminaría, hasta que Miguel dio un respingo en el carrito, reclamando atención, y su toma de mediodía.

—¿Podemos pasar, al menos? Tengo que darle de comer, porque es un tragón y si no se va a poner a llorar en cualquier momento. Luego no hay quien le calme...

—Está bien, vamos a hacer una cosa. Voy a entrar yo primero y le diré a Eugenia que eres mi sobrina, la hija de mi hermano, el que vive en Canelo, que estabas cerca del pueblo y te has pasado para que conozca al niño. Después pasarás tú.

Hicimos lo que el «bueno de Antón» dijo. Eugenia estaba en el patio interior de la casa, sentada en una mecedora que, de vez en cuando, movía impulsándose con los brazos. Me miró y no dijo nada. Saqué a Miguel del carrito y se lo puse en las rodillas. Le acarició la mejilla, pero a los pocos segundos se incomodó y quiso quitárselo de encima.

—Es mi sobrina, Uge —le dijo Antón.

Ella asintió, se levantó de la mecedora y se dirigió a la que, supuse, era su habitación.

—Te dije que no había forma, muchacha. Está tan encerrada en sí misma que a veces pienso que vivo solo.

—Aún así, me gustaría convencer a Carlos para que viniera, aunque fuera solo una vez.

—Haz lo que quieras. Yo hace muchos años que di por perdida esta familia, de la que en realidad nunca he formado parte. Bien se encargaron ellos de hacerme sentir así...

Me despedí del «bueno de Antón» y fui a buscar a Mateo, que esperaba, paciente, apoyado en el capó del coche.

—¿Y bien?

No le dije nada. Me metí en el Opel Astra, con Miguel, me puse el cinturón y esperé a que entrara. Él metió el carrito en el maletero, se sentó, arrancó y emprendimos el camino de vuelta a Colonia.

Cuando llegué a casa, Carlos y mi padre ya habían vuelto de su jornada de pesca.

—¿Dónde andabas? —me preguntó Carlos.

—Hacía tan bueno que me fui a dar un paseo con Miguel y se me fue el santo al cielo —le dije, improvisando. No se me daba bien improvisar, y menos aún mentir. Desde luego, no a él.

Aquella explicación no le bastó a Carlos y por la noche, cuando mi padre ya se había marchado y habíamos acostado a Miguel, me preguntó dónde había

estado realmente aquella mañana. Se lo conté, todo, lo poco o mucho que había pasado.

—Me lo prometiste, Ángela.

Fue todo cuanto dijo, y se subió al faro, a simular una guardia que no le tocaba hasta la semana siguiente.

No pegué ojo en toda la noche. Serían las seis de la mañana cuando, por fin, logré quedarme dormida pero, al poco, un beso en la mejilla me despertó.

—Iremos a ver a mi madre.

Le miré, le abracé, se metió en la cama y, a los pocos minutos, los dos nos quedamos dormidos. Aquel fue un sueño dulce y reparador. Tanto que, a eso de las diez, nos despertó Miguel, llorando de hambre.

Carlos sí tenía carnet, pero no coche, así que tuvimos que pedirselo a Mateo. Se llevaban bien, pese a todo. Salimos hacia Soto entrada la tarde, con idea de regresar a última hora. Ninguno dijo nada en todo el camino.

Aparcamos ante de la casa de Eugenia y el «bueno de Antón». La casa que un día fue de Carlos. La casa familiar de la que salió, una mañana temprano, de hacía veinte años, y a la que ahora regresaba, con su familia.

El «bueno de Antón» había escuchado el motor del Opel Astra y salió a buscarnos. Al ver a Carlos, con su boina calada hasta las cejas, con aquel pelo oscuro y encrespado, le abrazó tan fuerte que, por un momento, pensé que los dos se quedarían sin respiración.

—Muchacho, muchacho... mi muchacho —le dijo, rompiendo en un llanto quedo y liberador.

Carlos no dijo nada. Entramos los tres, él empujando el carrito de Miguel, y fuimos directos a la cocina.

—Uge está acostada. Hoy no se encontraba muy bien y ni he logrado que se levantara para comer algo. Ellos se pueden instalar en tu habitación y tú duermes en el sofá. Voy a partir algo de queso y jamón, y con eso y unas tortillas cenamos.

—En mi cama no cabemos los dos —me dijo Carlos, adivinando mi pensamiento—. Además, no tenemos cuna para Miguel, así que tendrás que dormir con él. Yo me apaño bien. No es la primera noche que duermo en ese sofá...

Yo asentí, sin más. El «bueno de Antón» me indicó dónde estaba la habitación de Carlos, al final del pasillo, justo antes de salir al patio interior, y me acomodé allí con Miguel. Les dejé a los dos en la cocina y, al cabo del rato, regresé, una vez que logré que Miguel se durmiera. Habían preparado un picoteo bien aparente, cosa sorprendente en Carlos, al que en la vida había visto freír un huevo.

—Esto sí que es una sorpresa —dije, y los tres nos echamos a reír, sin mucho aspaviento, temerosos de despertar a Eugenia.

A eso de las doce, me caía de sueño. También el «bueno de Antón». Carlos, en cambio, tenía los ojos más abiertos que nunca. Había vuelto a casa y no quería cerrarlos, por si todo aquello no era más que un sueño. Recogimos y él se tumbó en el sofá.

—Vas a pasar frío, hombre. Te traigo una manta.

—No, no, no te preocupes. No quiero que despiertes a mi madre. Además, en esta casa nunca ha hecho frío y si me destemplo ya me echo encima el abrigo de Ángela, que es tan friolera que se ha traído el que se pone en pleno invierno, aunque estemos en abril.

Le miré, le sonreí y el «bueno de Antón» apagó la luz del comedor.

—Buenas noches, amor —me dijo, y me dio un beso en la mejilla.

El disparo resonó en todo Soto. No serían más de las tres de la mañana. Eugenia se despertó, con la boca seca, los labios apelmazados por culpa de los sedantes del día anterior, y se levantó para ir a buscar un vaso de agua a la cocina. Atravesó, sigilosa como nunca, el pasillo y, antes de llegar al comedor, oyó un ruido que la sobresaltó. Sin encender la luz, acertó a ver una sombra en el sofá. Se acercó un poco más y le vio la cara. Sin que él se inmutara, se dio la vuelta y corrió de nuevo a su cuarto. Abrió el tercer cajón de la cómoda, donde guardaba la ropa interior, y sacó una pistola. La guardaba desde que su marido murió. Volvió a recorrer el pasillo, a oscuras, y antes de entrar en el comedor, encendió la luz. Carlos apenas tuvo unos segundos para ver a su madre. Ella lo miró, fuera de sí, y empezó a gritar.

—¡Impostor! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Mi hijo está muerto! ¡Marcos está muerto!

Y apretó el gatillo.

La primera vez que Miguel me preguntó por su padre, le dije que había muerto en un naufragio, en la costa de Soto, una tarde lluviosa, del mes de abril.

ES EL AMOR

Luisgé Martín

La primera vez fue sólo curiosidad. Una broma de taberna que me hizo El Araña: «Tú que comes tantas pollas, ¿no tienes ganas de comerte de verdad una?». Me dio un poco de asco, pero era un asco raro, refinado, excitante. Me imaginé a mí mismo cerrando los dientes con fuerza después de una felación y arrancando la verga desde su raíz para empezar a masticarla como si fuera carne tierna, un tartar sin aderezo.

La broma se convirtió en un enredo obsesivo: cada vez que un cliente me pedía que le comiera la polla, me la metía en la boca y empezaba a pensar. Cuando se corría, yo seguía apretando los labios a su alrededor mientras los vasos venosos se iban contrayendo y la tajada se empequeñecía, reblandecida y fofa. Entonces apretaba un poco la mandíbula, tentado, pero los clientes me apartaban de golpe con un grito y se vestían corriendo.

En una ocasión la dentellada fue más fuerte y rompí la piel en el principio del pubis de un caballero. Tres días después abrí una herida en la carne del glande de otro. Y poco a poco comencé a tener tantos accidentes impulsivos que los clientes dejaron de venir a verme. Mi fama se deterioró: antes acudían a mí porque sabían que era capaz de proporcionarles el pla-

cer más exquisito, que manejaba la boca con una pericia muscular casi artística, pero ahora, después de todos los incidentes que estaba provocando, tenían miedo de quedar lisiados.

La pérdida de ingresos económicos me inquietaba mucho, pero lo que más me preocupaba era mi salud psíquica, ese instinto caníbal que me había crecido por culpa de El Araña. «Ahora no pienso nada más que en comerme de verdad una polla», le confesé. «Me la imagino en un plato, sin guarnición, suave, pequeña, pasada quizá por la sartén vuelta y vuelta, doradita.» El Araña me miró con indiferencia, como si le estuviera hablando de una receta gastronómica peruana. «Qué guarro eres, Centella», dijo.

Mi vida sexual se transformó radicalmente. Ya sólo ofrecía servicios anales. Cuando algún cliente manifestaba su deseo de hacerme una felación, le decía que no, pues las fantasías terribles que me venían a la cabeza impedían que la polla tomara consistencia y me dejaban en evidencia profesional.

El asunto fue tan grave que empecé a pensar, por primera vez en mi vida, en cambiar de oficio y de compañías. A lo mejor podía echarme una novia decente y casarme con ella, tener un hijo (o una hija, si fuera posible) y llevar una vida normal. Llegué a preparar algunos currículos exponiendo mis cualidades como auxiliar administrativo, como reponedor de supermercados y como transportista, pero no tuve ningún éxito. Los ahorros se me fueron agotando (en rea-

lidad llevaba un tren de vida excesivo) y me vi en la obligación de inventar nuevos caminos para conseguir clientes. Puse anuncios en revistas pornográficas digitales y entré en foros sexuales en busca de contactos.

Fue en uno de esos foros donde conocí a Ricardo, un hombre de treinta años que quería ser emasculado. «Deseo ser castrado», decía el título de su post, y a continuación explicaba, con detalle, conmovedoramente, que su sueño era que alguien le arrancara los órganos genitales y le convirtiera así en un ser dócil y disciplinado, sin afanes sexuales, sin instintos. Un eunuco.

Al leer el mensaje sentí una excitación fría. Nunca en mi vida había oído hablar de algo semejante, y pensé que quizás era una broma. Busqué en Internet comentarios sobre el asunto y encontré varias cavilaciones sobre el psicoanálisis lacaniano y sobre el escritor alemán Daniel Paul Schreber, con cuyas memorias había elaborado Freud una serie de teorías al parecer extravagantes. No entendí nada, pero me quedó claro que ese deseo de perder los testículos (y por demás la polla) estaba científicamente documentado. El alma humana, bien mirado, tiene aspecto de establo.

Los siguientes días los pasé masturbándome con fantasías repugnantes. Cuando me llamaba algún cliente, lo atendía con descuido, pensando en mordiscos de vampiro. Le conté todo a El Araña, pero no quiso creerme. «Estás guasón, brother», me dijo.

Escribí a Ricardo al cabo de dos semanas: «Querido amigo, me interesaría hablar contigo. No puedo

decirte más, pero tus deseos coinciden con los míos. Quizás a estas alturas hayas podido ya cumplir tu propósito, pero si no es así, llámame, por favor». Me telefoneó esa misma noche.

—Soy Ricardo —dijo—. El eunuco.

Me quedé callado y sentí en la frente un hilo de hielo. Tuve una erección antes de hablar.

—¿Ya eres eunuco? —pregunté.

—No —respondió atolondrado—, perdona. Quería decir que soy el chico que necesita convertirse en eunuco.

El hilo de hielo me atravesó las sienas. Como si un alfiler largo cruzara por mi cerebro. Volví a quedarme en silencio, y me di cuenta de que un castrador no debería ser tan pusilánime. Empecé entonces a comportarme con mayor asertividad, casi con chulería. «Los cojones no te sirven de nada, ¿verdad? Sólo te dan disgustos, porque tú eres una mujercita.» Él me corrigió: «No soy una mujercita; soy un hombre castrado, un hombre que no tiene testículos». «¿Y eso no te convierete automáticamente en una mujer? ¿No te salen tetas?» «No, en absoluto», respondió Ricardo con un suave aire de ofendido. «Algunas hormonas tienen efectos secundarios, pero yo continúo siendo un hombre.»

Hubo una pausa muy larga durante la cual sólo se oyó el ruido de la línea telefónica, un borboteo parecido al de la sangre cuando te encierran en una cámara anecoica y eres capaz de escuchar amplificadas los ruidos del cuerpo.

—¿Quieres que nos veamos para hablar de todo esto?

Él estuvo de acuerdo y quedamos al día siguiente, sin apresuramiento, en una de las cafeterías tranquilas del barrio que tenía un pequeño reservado para jugar partidas de cartas ilegales o para mantener conversaciones estrambóticas como la que íbamos a tener.

—A las seis de la tarde —propuse yo—, para mendar.

—A las seis en punto.

Pasé el resto del día y la mañana siguiente nervioso, preparándome como si fuera un colegial que acude a su primera cita amorosa. Seguí investigando las razones y los efectos de la castración, ensayé con la ropa que debería llevar y escribí en una hoja de papel todas las preguntas pertinentes que debía hacerle. Le pedí alguna droga tranquilizante a El Araña y me dio las pastillas que usaba su madre para los nervios.

También me obsesioné con imaginar el aspecto que debía tener Ricardo. ¿Cómo es alguien que quiere que le arranquen los cojones? Seguramente feo, enclenque, acomplexado por sus defectos físicos. Quizás era cojo o giboso. Quizá tenía ya alguna amputación o estaba en silla de ruedas. Sus genitales, sin duda, serían minúsculos o enfermizos.

Llegué a la cafetería pensando en eso, arrepentido de haber aceptado ese encuentro. Me senté en un rincón, en una mesa desde la que se podía ver la puerta, y pedí un whisky para combatir la desconfianza de la

espera. Quedaban aún diez minutos para la hora que habíamos acordado.

A la hora exacta se abrió la puerta y entró en el salón un chico medio alto y de cuerpo atlético —a pesar de que eran todavía los últimos días del invierno, iba vestido con una camiseta blanca de manga corta— que ojeó a un lado y a otro hasta ubicarme. Me sostuvo la mirada durante unos segundos, hasta que yo, perplejo por su apostura y por su belleza —tenía el pelo rubio de tonalidad ceniza, los ojos grises muy grandes, los labios delicados y anchos—, le hice una señal con la cabeza para que se acercara.

—Hola —dijo estrechándome la mano—. Soy Ricardo.

—Yo soy Javier —le respondí.

Me llamo Eulogio, pero no me parecía que ése fuera un nombre presentable para una cita de esas características y me inventé uno más convencional. Además, todo el mundo me llama Centella desde hace años porque cuando me dedicaba a los hurtos en las tiendas, de niño, corría con una velocidad parecida a la de la luz para que no me alcanzaran.

Ricardo se sentó frente a mí y le hizo una seña al camarero para que le trajera lo mismo que yo estaba tomando.

—Creí que no ibas a venir —dijo—. Normalmente nadie viene. Se divierten conmigo, me dan esperanzas y luego me dejan tirado. —Hizo una pausa y después añadió—: Tienen miedo.

—Es normal tener miedo —respondí yo, con un gesto bobo que no era el más oportuno—. Lo que tú buscas es muy fuerte.

—¿Tú también estás asustado? —me preguntó entonces, alarmado.

Me quedé quieto un momento. «No», dije con convencimiento, pero enseguida rectificué:

—Sí. Un poco. Asustado. No lo he hecho nunca.

—¿Te atrae la idea?

—Mucho. Pero por unas razones que a lo mejor no son iguales que las tuyas.

Ricardo hizo una mueca, esperó a que yo continuara. Le dio un trago al whisky.

—Las razones me dan igual —dijo por fin, y a continuación, como si siguiera hablando del mismo asunto—: Eres muy guapo.

Me sonrojé y apuré el vaso.

—Tú también.

Permanecimos en silencio mucho tiempo, mirando cada uno las musarañas del aire y, con vergüenza, a los ojos del otro de vez en cuando. La cafetería estaba tranquila, no había voces ni ruido del tráfico de afuera.

—¿Has hablado con algún cirujano?

—Los cirujanos no quieren hacerlo —respondió de inmediato, como si tuviera la pregunta ya catalogada en el repertorio habitual—. Perderían su profesión, no podrían volver a ejercer nunca más.

¿Qué hacía yo allí, sentado con aquel chico trastornado, hablando de actos delictivos que podían llevar-

me a un torbellino de situaciones terribles? ¿Me había vuelto loco? Si un cirujano podía perder su capacitación profesional, yo podía acabar en la cárcel.

—Yo podría acabar en la cárcel —dije sin pensarlo.

Ricardo negó con la cabeza, perezoso, como si aquella fuera otra de las argumentaciones retóricas que estaba acostumbrado a escuchar.

—No. Si se demuestra que yo accedí libremente y que te incité a ello, tú quedarás libre de culpa.

—¿Y eso cómo se demuestra?

—Hay muchas formas. Papeles, documentos, testigos. No te preocupes por eso, lo he preparado todo con abogados.

Me asombró su tranquilidad, el tono notarial con que respondía a todo, como si estuviéramos negociando un asunto mercantil. Cada vez me parecía un personaje más misterioso.

—¿Por qué quieres que te castren?

Se encogió de hombros y miró hacia el techo sin mover la cabeza. El vaso casi vacío de whisky se meneaba en su mano.

—Es un deseo muy antiguo. Desde adolescente. ¿Para qué sirve eso? Es una fuente de problemas.

—Y de placer.

—¿Has venido a convencerme de que no lo haga? —preguntó de repente enfadado—. Estoy cansado de redentores, te lo aviso. Quedé contigo porque me había parecido que no eras uno de esos psicólogos de baratería que andan por ahí.

Me sentí herido en el orgullo. Seguramente me sonrojé.

—Soy puto —dije, como si eso fuera una respuesta altiva a lo que decía—. Me follo a quien me paga por ello.

—Yo no tengo dinero. El que tengo no quiero gastármelo en eso.

—¿Y qué pasa si te mueres?

—No me moriré, pero ¿a ti qué más te da?

—Yo soy caníbal —dije de repente—. Caníbal sexual. —Me quedé callado observándole—. Creo.

Ricardo abrió mucho los ojos. Luego sonrió.

Tal vez sentí por primera vez amor verdadero cuando le vi desnudo. Habíamos ido a mi apartamento, casi sin hablar, y se había dejado quitar la ropa dócilmente. A medida que apartaé las prendas —la camiseta primero, el calzado, los pantalones— fue apareciendo un cuerpo prodigioso que nada tenía que ver con el del tullido que había imaginado: piernas musculosas, vientre abdominal tenso y duro, pecho ancho, hombros angulosos. Temblé antes de quitarle los calzoncillos, aunque ya se notaba, por la excitación, lo que iba a encontrar debajo: una polla nada menguada, de carne densa, venas como arterias y húmeda en el glande.

—Normalmente no me ocurre —dijo avergonzado—. Lo siento.

—No te preocupes —respondí, y le besé en los labios.

Ricardo me abrazó y comenzó también a desnudarme. Estaba prendida la luz roja de burdel que uso con los clientes y había un silencio casi orquestal. Nos tumbamos en la cama y vi su cuerpo reflejado en los espejos de techo y de las paredes. Pensé banalmente que era como una estatua monumental a la que le hubieran dado movimiento y sentí ganas de contárselo a El Araña, a quien le gustaba ir a los museos cuando viajaba a otras ciudades.

—¿Te importa que no sea hoy? —le pregunté poniendo los labios muy cerca de su oreja. Él negó con la cabeza, gimió como si el placer estuviera devastándole.

No soy presuntuoso: sé hacer bien mi trabajo. Tengo unos dedos delicados que tocan la carne del cuerpo como si fuera vidrio recién soplado o cuerdas de arpa. Me afané en las nalgas de Ricardo, que eran espectaculares, y saqué de ellas toda la médula que tenían. Sus piernas se removían como si le estuvieran inyectando electricidad en ellas. Gritaba de placer. Le comí los pezones, los huesos de la clavícula, la nuez, la concha gelatinosa de la oreja, las rótulas y —uno a uno— los veinte dedos, pero no me acerqué a su polla por miedo a perder el sentido. Dejé, eso sí, que él la acercara a mi cuerpo cuando estaba tumbado y que poco a poco fuera penetrándome a bocajarro. No quiero decir más: él eyaculó entre alaridos y yo tuve un des-

mayo o un enajenamiento que se parecían bastante a los de Santa Teresa en sus visiones místicas.

Nos quedamos los dos abrazados en la cama, a oscuras. Dos horas, tres horas, despiertos. Sin decir nada.

Empezamos a vernos todas las tardes. Luego, a todas horas. Íbamos al cine, cenábamos en restaurantes, viajábamos a los pueblos pintorescos de los alrededores y paseábamos por la ciudad, pero sobre todo follábamos como bestias. A partir del tercer día, yo comencé a vendarme los ojos para no tener tentaciones: si veía su polla sentía un impulso irresistible de metérmela en la boca y arrancársela. Y aun peor: tenía la sensación de que era el mayor acto de amor de que era capaz. Si no le veía, en cambio, la comezón se aliviaba: aunque me venían pesadillas y fantasías terribles, sabía concentrarme en el deleite y rebuscar con la punta de los dedos sus huecos más vivos.

Nunca hablábamos de la razón que nos había llevado a conocernos, pero a menudo, cuando el azar ponía palabras ambiguas en las conversaciones o cuando uno de los dos hacía una broma comprometida de doble sentido, se creaba una tensión afilada que acababa en el silencio.

A mí me sorprendía que Ricardo hubiera perdido el deseo de ser castrado, aunque cuando se apareaba conmigo quedaba claro que su polla, que antaño era un estorbo, ahora se había convertido en un instru-

mento de júbilo. Los suspiros maulladores que daba, retorciendo todo el cuerpo como si fuera un remolino de agua, servían de prueba categórica.

Yo había tenido que dejar de recibir a la mayoría de clientes, porque mi energía sexual, que siempre había sido portentosa, estaba consumida por Ricardo. Le pedí entonces ayuda a El Araña, que me permitió camellar con él para sacarme un sueldo.

—¿Tú estás seguro de que ese chorbo te conviene?

—¿Y a ti te conviene la Reme?

—La Reme no quiere que le arranquen el coño.

—Los coños no se arrancan, Araña.

—Cómo se nota que no has visto muchos.

—Pues si hacemos la suma, a lo mejor he visto más que tú. Y de todos los tamaños.

—¿Pero te conviene o no?

Yo entonces me quedaba callado, meditabundo, mohíno, y no sabía qué responderle. No estaba seguro de si Ricardo me convenía. Le amaba como sólo se ama en los cuentos de princesas y dragones, pero la preocupación y la zozobra que me producía su polla —que no había vuelto a ver desde el día en que nos conocimos— me hacían dudar.

Un día, mientras follábamos, la casualidad aleatoria y el revuelo de los cuerpos excitados hicieron que su sexo quedara a la altura de mi boca en el mismo momento en que yo, gimiendo, la tenía muy abierta. Fue

una fracción de segundo, un santiamén, pero los músculos del cuerpo —y los del espíritu, qué duda cabe— reaccionaron con rapidez y cerré los dientes impacientemente. El movimiento de sus ingles y el de mi cabeza eran veloces, de modo que antes de que la polla hubiera terminado de entrar en la boca ya estaba saliendo, pero a pesar de esa fugacidad me dio tiempo a morder el prepucio y a arrancar un trozo de esa piel suave. Ricardo gritó. Gritó como un cerdo de matanza, y yo sentí cómo su cuerpo se revolvía de una forma muy distinta a la de la fornicación. Me arranqué la venda enseguida, asustado, y le vi acuclillado con las manos cubriéndose los genitales ensangrentados. Quise ayudarle, pero no me dejó. Se fue corriendo al cuarto de baño y cerró la puerta por dentro.

La herida de Ricardo fue inofensiva. No hubo desgarro, y el corte en esa zona, de carnosidad inexistente, cicatrizó enseguida sin dejar huellas. Eso me dijo él, porque yo no pude verlo.

—Tenemos que separarnos.

Estábamos en un restaurante tranquilo, escondidos en una mesa del fondo a la que no llegaba ningún ruido. Yo tenía cara apesadumbrada y no me atrevía a mirarle a los ojos.

—¿Tienes miedo de mí? —le pregunté, retóricamente.

—Tú también tienes miedo de ti mismo.

Le di la razón.

—Pero antes querías que te arrancaran la polla, que te la cortaran. Querías vivir sin ella.

Puso gesto de contrariedad.

—Antes no sabía que podía ser así. No sabía que fuera una parte tan gozosa de mi cuerpo. Eso ya pasó. Ahora sé para qué sirve y no quiero perderla.

Hizo una pausa larga. Esperó a que el camarero dejara los platos sobre la mesa, y luego añadió:

—Y no me fío de ti. Te quiero, pero no me fío de ti.

Aquella noche traté de convencerle de que me diera una segunda oportunidad, de que haría todo lo posible para contenerme. Porque yo también le amaba y no quería perderle.

—Yo también te amo y no quiero perderte —le dije.

Pero no hubo forma. Con cierta dulzura, pero inflexiblemente, se negó a seguir manteniendo cualquier tipo de contacto conmigo. Pagó él la cuenta y me pidió que saliéramos por separado del restaurante.

A partir de ese día comenzó la época más triste de mi vida. Me pasaba el tiempo llorando, taciturno, y no hacía más que pensar en los meses que había estado con Ricardo. Como los ciegos que recuerdan con mayor intensidad aquello que vieron, yo recordaba su cuerpo tirante y laborioso, los músculos que mis manos habían tocado.

Volví a trabajar en lo mío, pero fue un fracaso: los clientes me producían fastidio y mis habilidades eróticas, antaño tan celebradas, estaban consumidas por la melancolía.

—Es amor, Araña.

—El amor es una mariconada.

—¿Tú no quieres a la Reme?

—Con las tías es otra cosa.

Me fui un mes a la playa para tratar de distraerme. Luego, con el propósito de olvidar, empecé a esnifar mercancía de la que El Araña me pasaba para que camelleara. Y por fin busqué un novio guapo y complaciente que me borrara de los pensamientos el pasado. Nada dio resultado. Mi desconsuelo permanecía intacto.

Un día, al salir de casa, me encontré en la puerta a Ricardo, apoyado en un coche. Estaba esperándome. Tenía el rostro demacrado, amarillento, y en los ojos le culebreaban las venillas del insomnio. Habían pasado dos años desde la última vez que nos vimos. Me emocioné, comenzaron a temblarme las pupilas, me senté en la acera para no caerme. A pesar de su aspecto estropeado, seguía teniendo una belleza conmovedora.

Estuvimos así, mirándonos, varios minutos. Él me sonreía, y al final se acercó a mí y me acarició el pelo.

—¿Dónde ibas?

—A ninguna parte —dije, pero no estoy seguro de que me entendiera.

Se sentó junto a mí en la acera. Llevaba unos zapatos muy brillantes, azules.

—¿Podemos entrar, entonces?

Le miré aterrado. Estaba anocheciendo y por el barrio no pasaba ya mucha gente, sólo alguna puta retrasada que iba camino del Candilejas. Ricardo tenía el anillo de los ojos violáceo.

—¿Para qué?

Él tardó en responder. Quizá no esperaba la pregunta. Se encogió de hombros y volvió a acariciarme. Luego se levantó y tiró de mí para que hiciera lo mismo. Sacó de mi bolsillo las llaves de casa y entró. Sin encender las luces, en el vestíbulo, me besó y fue desabrochándome los botones de la camisa. Yo estaba titirando y los dedos no atinaban a nada.

Cuando estuvimos desnudos, alcancé un pañuelo y me vendé los ojos, pero Ricardo me lo arrancó y lo tiró lejos.

—Es el amor —dijo.

Empujó mis hombros hacia el suelo para que me arrodillara y me forzó con los dedos a abrir la boca. Yo le miré desde abajo, sobrecogido. Él sonrió suavemente y movió el cuerpo hacia adelante para meter entre mis labios la polla. Tardé unos segundos en morder. Con furia, hasta partir completamente la carne y sentir dentro de mi garganta toda la dimensión de la ternura.

LA IMPORTANCIA
DE NO ENTENDERLO TODO

Sara Mesa

Durante una época importante de mi vida estuve viajando a San Fernando en tren, ida y vuelta en el mismo día, al menos una o dos veces cada semana. Que esa época fuese importante para mí no tiene relación directa con los viajes, aunque ciertos acontecimientos están en mi memoria ligados indisolublemente al paisaje que veía desde el tren y al bullicio de las estaciones, a las calles de La Isla, a la Bahía y las salinas, al islote de Sancti Petri y al Panteón de Marinos Ilustres. Por allí paseé mi incertidumbre pero también mi fascinación, el vértigo de iniciar algo que yo no había decidido, o que la naturaleza decidió por mí. Regresaba a mi casa —a la casa familiar— ya por la noche, cansada, todavía impregnada de la luz y del aire costeros, y regresaba así también a mi realidad, como de un dulce sueño. Con esa misma sensación, la de la extrañeza y la evanescencia, recuerdo ahora a Soichi, mi amigo japonés, al que conocí allí, en el Mercado Central, despizcando rojísimos atunes, y al que después perdí, como se pierde, irremediadamente, la sustancia de los sueños.

De todo esto hace demasiado. Hace ya, en concreto, quince años, un tiempo en el que la joven universitaria que yo era está ahora tan lejana que tengo que esforzarme para recordar los detalles. Aunque mien-

to. O más bien simplifico. Es cierto que el tiempo ha emborronado los recuerdos, pero soy capaz de recrear con nitidez ciertos detalles, mientras otros se desdibujan alrededor, empecinados en ocultarse o en mostrarse sólo en parte. El resultado es incompleto, tan parcial como posiblemente tramposo. Bueno. Hace unos días leí un breve ensayo de una escritora norteamericana que admiro, y que ya murió, *La importancia de no entenderlo todo*,* y desde entonces me persigue esa frase —el sentido de esa frase—, y es por esto por lo que escribo ahora sobre Soichi, dado que si lo entendiera todo, Soichi carecería de interés para mí.

El motivo de mis viajes era el trabajo de fin de carrera, un estudio antropológico en el que se valoraba más la metodología empleada que las conclusiones finales. Daba igual el tema, daba igual el lugar: lo esencial era el método. Pero hablar con la gente era mi asignatura pendiente. Arrastro desde la infancia una timidez casi patológica, aunque bien disimulada. Acercarme a charlar con desconocidos es una actividad que, sencillamente, no está en mi naturaleza. Y sin embargo, tenía que hacerlo, allí en aquella ciudad, indagar en las vidas y los oficios de sus habitantes, en sus ritos familiares y la cotidianeidad de sus existencias, a veces miserables. La frontera entre la curiosidad científica y el cotilleo —que existe, y de la que no dudo— no siempre se me aparecía con claridad, y a mí me avergonzaba parecer entrometida. Los habitantes de Cádiz en general, y de

* La narradora se refiere a Grace Paley (1922-2017).

la zona de la Bahía en particular, son parlanchines y dicharacheros, bienhumorados y alegres, desenfadados, indiscretos. Ahí tenía suerte. Sin embargo, la imposibilidad de compartir todos sus códigos, algunos gestos o guiños que no conseguía interpretar bien y mi condición de universitaria de la capital que llega con su grabadora en la mochila, no me libran de la incómoda sensación de la burla. Bajo la simpatía de la superficie latía la desconfianza, y la información que me daban nunca me resultaba suficiente. Visto así, no resulta extraño que al final con quien más hablase fuera con Soichi, otro forastero como yo, mi informante —y perdón por la terminología— preferido.

Aquel día, en el mercado, buscaba a quien acercarme mientras trataba de evitar la visión de los animales despiezados y colgados. Del olor de la sangre y las vísceras era imposible huir, como tampoco del sonido de los cuchillos, afilándose unos contra otros, la rapidez de los tajos en las tablas de cortar, aquel chasquido y su ritmo constante, rodeándome. Quedé fascinada por el trabajo de un hombre, el brillo de la hoja salpicada de rojo, la carne de los atunes abriéndose con facilidad, una violencia inconsciente de sí misma, rara y hermosa. Me fijé en las manos del hombre antes que en su rostro. En sus brazos tan delgados —en la fuerza de sus brazos tan delgados—, antes que en el pañuelo que le rodeaba el cuello. Fue al levantar la vista cuando supe que no era como los demás. Soichi me sonrió sin dejar de trabajar. En su sonrisa había tanta confianza —casi como

si me reconociera de otra vida— que, apenas sin pensarlo, le pedí permiso para entrevistarle. Cuando acabara, le dije. No quería molestarlo ni interrumpirlo. Se lo pedí en voz muy alta, pronunciando despacio cada palabra, pero me entendió perfectamente y me sentí avergonzada por haberle hablado como a un niño o a un tonto. Podía charlar mientras trabajaba, me dijo. No era tan difícil, rió, hacer esas dos cosas a la vez. Su risa me pareció más limpia o con menos dobleces que la de los demás hombres del mercado, que en cuanto me dirigía a ellos me miraban los pechos o hacían alguna broma sobre mi aspecto. Esta vez no encendí la grabadora. Con el ruido de los cuchillos hubiese sido inútil.

En realidad Soichi era marinero. Cuando no estaba pescando trabajaba en la lonja, y si la cosa se ponía muy mala —*solo en último opción*, me dijo—, servía mesas en un restaurante chino —*para vosotros, todos somos chinos*—. ¿Qué hacía en San Fernando? Trabajar, repitió sonriendo. Yo me sonrojé. Me refería, insistí, a cómo había ido a parar allí. Un japonés en San Fernando. En el mercado de San Fernando, añadí. Él levantó la cabeza, se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo. Oh, claro, eso, rió. Llegó en un barco japonés, le gustó el paisaje, se quedó. ¿Hacía mucho?, pregunté. Sí, sí, mucho, pero yo no sabía si su *mucho* era mi *mucho*, ni cuántos años contenía su *mucho*. Esta conversación la tuvimos el primer día, allí de pie mientras él seguía manejando sus cuchillos, y después ya no fui capaz de retomarla. Me dio la sensación de que no quería reve-

lar sus motivos, pensé incluso en razones oscuras, desde la pesca furtiva a una fuga de su país debida a algún delito. Nunca podría saberlo bien, pero ah, la importancia de no entenderlo todo, esa primera conversación incompleta fue la que despertó mi curiosidad, el hambre de querer saber más, quién era Soichi y cuál era su mundo no visible.

La segunda vez fue él quien me encontró en la Plaza del Rey. Yo solía descansar allí a mediodía. Le echaba a las palomas migas de pan, leía un poco. Siempre comía así, en la calle, bocadillos y fruta. Había multitud de tabernas en las que debería haber entrado para hacer más entrevistas, pero me incomodaba ir sola. Esto no se lo dije a Soichi cuando se acercó. Sólo le dije que prefería tomar el sol, que ya estaba un poco cansada de bares. Pero tienes que acompañarme a la Venta Vargas, me dijo, *una sitio mítico*, y yo acepté. Mientras caminábamos juntos, lo miré de reojo. Con su chamarreta de piel desgastada tres tallas más grande que la suya, su bufanda y su gorra negra de lana, parecía aún más delgado que con la ropa de trabajo, pero era un hombre elegante, un hombre guapo. Tenía las orejas grandes, la barba le despuntaba canosa —azúcar sobre las flacas mejillas, pensé—, y su dentadura no estaba demasiado cuidada: sin duda era pobre, y viejo —¿cincuenta, sesenta años?—, pero era guapo, me repetí, y sobre todo no era invasivo, no estaba todo el tiempo hablando de sí mismo, no se pavoneaba ante mí como hacían otros hombres, no necesitaba demostrar nada. En la Venta

almorzamos casi sin hablar —tortillitas de camarones, tomate *aliñao* y un guiso de merluza—, pero con él el silencio no se hacía incómodo. Yo observaba los retratos de las paredes, tantos cantaores y guitarristas, el salón Camarón y montones de personajes ilustres que no conseguía reconocer. No sé mucho de flamenco, confesé. Yo tampoco, dijo él sonriendo. Pero en Japón hay mucha devoción por el flamenco, ¿no es así? Soichi asintió como ausente y entonces se quitó la bufanda y vi la enorme cicatriz que le cruzaba el cuello casi por completo, una cicatriz que era imposible no mirar, sobre la que era imposible no preguntar, y sobre la que sin embargo no pregunté ni fui capaz entonces de preguntar. Bebí cerveza, sonreí también. Su mujer, me dijo, o la que había sido su mujer, sí era muy aficionada al flamenco, quiso incluso aprender a bailar y tocar los... ¿cómo se llaman?, vaciló, *los castañolas*. Castañuelas, corregí yo, y él suscribió con la cabeza. Su mujer, continuó, se había quedado allí en Japón, no es bueno alejarse de aquellos que nos quieren, pero en este caso no había mejor opción, no la había, repitió. ¿Estás casada tú?, preguntó. Yo negué con vehemencia. No, claro, dijo él, todavía eres muy joven. Algún día te casarás y tendrás hijos guapísimos, auguró, y es casi seguro que en aquel momento, justo cuando él pronunciaba esas palabras, yo ya estuviese embarazada sin saberlo.

A Soichi lo vi varias veces más esas semanas. Volvimos a la Venta Vargas, pero sobre todo paseábamos por la bahía, mirábamos las embarcaciones de pescado-

res, el horizonte neblinoso —como mi futuro—. Comencé a descuidar mi trabajo. Inventé muchos datos, muchas entrevistas. Sabía ya lo que estaba pasando en mi interior y aquello, que crecía por días, tomó más importancia que todo lo demás. Mis escrúpulos al respecto —que nunca habían sido muy fuertes— desaparecieron por completo. Comprendí lo que significaba relativizar.

Soichi me desvelaba retazos de su vida descuidadamente, como sin darle importancia. Así supe, por ejemplo, que tenía una hija, que era diseñadora, que hacía años que no tenía contacto con ella, pero que estaba bien y que, al fin y al cabo, *siempre terminamos muriendo solos*. Supe también que a veces escribía versos, *muy malos*, advirtió. Me recitó algunos cuyo significado no pude entender —los recitaba, obviamente, en japonés—, pero cuya música penetraba en mí, en mi aturdimiento de entonces. ¿Qué sería de mi vida?, me preguntaba yo, y Soichi, que no podía ayudarme en nada, pautaba el ritmo de los versos con sus dedos delgados y su media sonrisa perenne. Un día me atreví a preguntarle por la cicatriz del cuello. Él pareció buscar una respuesta —una respuesta breve que recogiera toda la verdad—, pero se confesó incapaz de explicármelo. *Es larga historia*, dijo. *Es pasada historia*, añadió. Yo barajaba dos opciones: o bien se lo hizo él mismo, o bien alguien lo agarró por la espalda y trató de rebanarle la garganta. En todo caso, mis opciones se referían sólo a la mecánica del acto, no a su causa.

Esa causa, comprendí, formaba también parte del peaje de no entenderlo todo. Pero no hacía falta entenderlo todo. Soichi no me ocultaba cosas para protegerse o para ponerse por encima de mí. Bien lo sabía yo, con mi propio secreto que, de momento, tampoco había desvelado a nadie.

El día en que Soichi me llevó a su casa fui con él confiada, incluso íntimamente agradecida. Pensé que quizá me besaría, o intentaría besarme, pero enseguida rechacé el pensamiento, que más bien parecía propio de mi madre, siempre tan temerosa de los hombres. No, lo único que pasaba era que llovía, y que aún quedaban un par de horas para mi tren de vuelta, y que él quería prepararme un té caliente, pues me veía temblando, y quizá triste. El olor a humedad, la oscuridad y el frío de su bajo alquilado me hicieron sentir lástima por él y me sacaron de inmediato de mi ensimismamiento: yo no era la única que tenía problemas. El reducido espacio estaba lleno de objetos, pero no se trataba de desorden, sino de una narrativa coherente. Uno intuía que cada cosa tenía allí su sentido, que todo significaba algo, aunque fuesen objetos más bien humildes, cachivaches, figuritas, herramientas, recortes de prensa. Y fotografías. Muchas fotografías en la pared, postales antiguas, imágenes recortadas de libros y periódicos, casi todas en blanco y negro, amarilleadas por el tiempo. Las miré con curiosidad mientras él ponía el agua a calentar. El orden en que estaban colocadas también parecía obedecer a una lógica íntima. Había muchas

escenas dramáticas. Escenas de personas al borde de la muerte, en el momento mismo de morir o enfrentadas a la posibilidad de morir: una barcaza a punto de hundirse en una tormenta, una hilera de hombres antes de ser fusilados. Algo más allá, los mismos hombres, ya en el suelo. Y también mujeres guapas, muchachas y niñas obviamente pobres trenzando cestos de mimbre, cargando bolsas, lavando ropa, sonriendo. Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir que se asomaba sobre mi hombro para mirar las mismas fotografías que yo, pero no era un escalofrío de miedo, sino de intensidad, el mismo tipo de conmoción que nos asola ante ciertos misterios de la vida. Son personas valientes aunque la historia no las trate bien, me explicó, y luego, como si me leyera el pensamiento, añadió: *son fotos intensos*. Señaló después la imagen de una japonesa con la cabeza inclinada, de perfil, y me dijo que era su mujer. Muy bella, susurré —o pensé—. *Siempre estoy ausente y nunca me pongo en contacto con ella*, dijo. Me pareció que confundía el tiempo verbal, que posiblemente se refería al pasado, aunque aquel presente aún bailaba en el tono de su voz, casi quebrada.

Nos sentamos a tomar el té el uno frente al otro, en una mesita baja que había recogido de la basura. Me explicó cómo la había arreglado: *tapaporos, barniz...*

Llevaba una camisa verde militar abierta sobre la camiseta holgada, dejando a la vista su enorme cicatriz. Un gato gordo y gris dormía en una caja de fruta. También lo había recogido de la calle. *Las mejores cosas vienen*

así, sin esperarlas. Como tú, añadió, y yo sonreí. Como tu niño. Lo miré con estupor. O tu niña, dijo después. Aún no sabes si es niño o niña, ¿verdad? Negué con la cabeza, todavía sin poder hablar. ¿Cómo lo había averiguado? El único cambio físico que podía delatarme eran mis mejillas más redondeadas, cierta hinchazón en las manos, en los párpados, mi manera de andar, más lenta y cuidadosa, un poco asustada de mí misma. Me preguntó si lo iba a tener. Le dije que sí —esta vez pronuncié la palabra, no me limité a asentir con la cabeza—. Brindemos entonces, dijo. Brindamos con té.

Lo vi una vez más. Me llevó en su motillo por la bahía, recorrimos las playas de Camposoto, de El Castillo... Hacía frío y la niebla aún no se había levantado del todo. Agarrada a su cintura, miraba su escaso pelo alborotado por el viento, sentía sus huesos frágiles bajo mis manos. Me pareció entonces un hombre casi anciano. No quise decirle que no volvería más a La Isla por un tiempo —me habría costado mucho encontrar las palabras adecuadas para despedirme—, pero probablemente él notó en mí los gestos de la separación, igual que había notado los del embarazo. Luego me acompañó hasta la estación, me estrechó la mano como siempre —nunca, jamás, me había besado—, y así dejé de verlo.

No lo olvidé en los siguientes años pero estuve tan atareada que se quedó en el fondo de mis recuerdos, intacto pero también impreciso, un poco turbio. Perdí su teléfono, como perdí tantos otros de aquella época.

De todos modos, jamás se me hubiese ocurrido llamarle. Hubiese sido muy extraño. Extraño e innecesario. La voz adelgazada por la distancia. La vergüenza. Los tópicos de la conversación, ensartados uno tras otro. Una vez pasé un fin de semana con una amiga en El Puerto de Santa María. Pensé acercarme a verlo, era un salto en el tren, apenas un rato, pero me dio reparo explicárselo a mi amiga, pensé que ella no lo entendería y una parte de mí misma tampoco lo entendía ya demasiado, esa parte supuestamente más madura, mi parte madre que me decía qué sentido tenía ir a visitar a un viejo que posiblemente ya ni se acordaría de mí y con el que no me ligaba absolutamente nada.

Tardé unos cinco años en volver. Podría decir que lo decidí de pronto —coger el tren e ir a verlo, sin excusas—, pero ahora pienso que fue una decisión largamente —e inconscientemente— meditada, una decisión que afloró en su momento pero que anidaba en mí desde hacía mucho tiempo. Algunas cosas habían cambiado, cosas pequeñas pero a la vez reveladoras. El revisor usaba ahora un lector láser. Los asientos incorporaban enchufes para poder cargar el móvil. Y yo llevaba a un niño de la mano, un niño todavía pequeño al que podía venderle aquel viaje como una gran aventura. En el trayecto miraba su perfil tan suave, las largas pestañas, los ojos soñadores y sus manitas llenas de hoyuelos, y me sentía orgullosa de que Soichi lo conociera, él, que fue el primero en adivinar su existencia. Jugamos a encontrarnos el pulso en la muñeca.

El suyo era casi imperceptible, dulce y tranquilo, la vida transcurriendo lentamente bajo la piel, como un enigma. ¿Lo sientes?, le preguntaba yo, y él asentía riendo, un poco nervioso.

En la lonja me dijeron que Soichi ya no trabajaba allí. ¿Dónde estaba entonces?, pregunté. El pescadero que ocupaba su puesto se encogió de hombros, ya ni siquiera vivía en San Fernando, me dijo, volvería a China, añadió, no sabía nada, concluyó. Ladeó la cabeza, achicó los ojos, perspicaz. Vienes por lo de la película, ¿no? ¿Película? Me quedé sin respuesta. Nunca había escuchado hablar de ninguna película en la que Soichi pudiese haber trabajado. ¿Soichi, actor? Necesitaba verlo de inmediato.

De vuelta en mi ciudad busqué la película, un tanto avergonzada. *La leyenda del tiempo*, se titulaba. Cómo no me había enterado antes, pensaba, cómo se me había podido pasar algo así. En otros tiempos, estaba siempre pendiente de los estrenos. Ahora... bueno, no era tan sencillo. El encargado de la videoteca me la trajo sonriendo. Es estupenda, me dijo. Es maravillosa. Vi a una chica japonesa en la carátula. ¿Sería la hija de Soichi?, pensé desconcertada. La metí en el bolso, firmé en la ficha de entrega. Estaba impaciente por verla, tanto que no podía esperar que el niño se durmiera. Después de todo, no tenía pinta de incluir nada que él no pudiera ver. Encendí el reproductor de CD, nos sentamos juntos. Él se echó a reír cuando vio a los niños de la primera escena en las salinas. Nieve, dijo, y

yo le corregí: parece nieve, pero es sal. Rió más fuerte, creyendo que estaba bromeando. Luego se cansó, bajó del sofá y comenzó a jugar con sus puzles. Yo seguí con la vista clavada en la pantalla, esperando la aparición de Soichi... que no tardó en salir tal cual era, con su misma ropa, su misma expresión, su misma manera de hablar, de mirar, de caminar, la cicatriz atravesándole el cuello, sólo distinto nombre: Joji. Pero la casa de Joji era la casa de Soichi, estaban las mismas fotos en la pared y un niño le preguntaba cosas parecidas a las que le había preguntado yo —o a las que habría querido preguntarle—, y las sombras eran más o menos las mismas, se mantenía la importancia de no entenderlo todo, o de entender sólo una parte, la parte que Joji-Soichi dejaba ver, uno de sus perfiles, igual que hacían los demás personajes de la película, el niño —un gitanillo de mirada profunda— o una chica japonesa —una enfermera apasionada por Camarón—, que mostraban solamente una parte de sí mismos dejando todo lo demás —los padres, por ejemplo— tras las bambalinas. Pensé que el director era muy respetuoso con sus personajes, que sabía perfectamente dónde debía situarse, cuándo debía acercarse y cuándo retirarse, y su sensibilidad me estremeció. Paré la película en los momentos en que salía Joji-Soichi, me detuve en sus gestos, en sus palabras, se me humedecieron los ojos, pero no por nostalgia, sino por emoción, al comprender que en aquella película la vida transcurría igual de constante y enigmática que el pulso en las muñecas de

mi hijo. Entonces lo llamé y él acudió a mi lado protestando por la interrupción. Mira, le dije sentándolo en mis rodillas, ese hombre que ves ahí fue mi amigo. Ese hombre, continué, te conoció cuando todavía estabas en mi barriguita. Me miró sin entender bien, muy serio. Cuando eras como un granito de arroz, le dije, así de chiquitito, y acerqué el pulgar y el índice a su nariz dejando sólo un diminuto espacio entre ellos. Vale, dijo él, y se bajó de mis rodillas, indiferente, para volver otra vez a jugar al ritmo de su vida.

EL DOBLE CUERPO
DE STEPHANIE ARDEN

Marta Sanz

EN REALIDAD no sé muy bien cómo empezar a contar esta historia en torno a mi documental sobre el rodaje de *La mujer de agua*, la mítica película, filmada en España y protagonizada por Stephanie Arden. Historias dentro de las historias. Algo rutinario de lo que siempre sacamos partido. Un material que yo conozco muy bien. Los reflejos, las bifurcaciones y allí mismo las siamesas boxeadoras enzarzadas en un duelo a muerte. La confrontación. Sin embargo, esta vez, tengo miedo de desvelar algo común que al mismo tiempo encierra una monumental extravagancia. Algo que no aparece ni en el ensayo de Luis Jiménez —al que el documental le debe tanto— ni tampoco en mis imágenes o en las voces en off del guion. Os muestro el tomate en la punta del calcetín. Un detalle que podría haber desembocado en que la película fuese otra. Unas palabras que lo descabalgan todo. A menudo me pregunto si no debería haber incluido esta entrevista que, en el último momento, decidí cortar.

FRAGMENTO I DE LA ENTREVISTA CON POL GASCÓ

(Primer plano de las manos cuarteadas de un hombre cuyas arrugas son fruto del paso del tiempo, pero también de haber desempeñado algún tipo de trabajo manual. Su piel tiene el aspecto del cuero húmedo. Resbalosa. Cubierta de una capa de cerumen. Las manos transmiten calma. Se escuchan las voces del entrevistador y del entrevistado mientras un plano fijo ilustra el movimiento casi imperceptible de esas manos tranquilas. Sonido directo.)

DIRECTOR: Pol, descríbanos cuál fue su participación en *La mujer de agua*...

POL: Bueno, yo fui a brindar mi ayuda, pero no como figurante. Todo el pueblo quería salir como figurante. Unos hacían de pescadores. Bueno, no hacían de pescadores: eran pescadores que hacían de pescadores. Entonces cogían la red de otra forma. En vez de redes parecía que tocaban manteles de hilo. Medias de mujer de las que se rasgan con mirarlas. Carreras, les dicen a los rotos, ¿no?

DIRECTOR: Sí, carreras.

(El viejo se entusiasma.)

POL: Todo era muy raro. Los vecinos hacían de vecinos pero no eran exactamente vecinos. Parecía una película de terror, tú. La Montse era la Montse,

pero no era la Montse. Yo me reía, pero estaba bien porque la gente se ganaba un dinero y aquellos fueron unos años muy miserables. De mucha necesidad. Aquí todo era salitre. Arena.

DIRECTOR: Buenos materiales para hacer estatuas...

POL: Sí, estatuas con brillito, como la de la mujer de Lot, que se quedó ahí, de espaldas. Pero no son sólidos esos materiales, ¿eh? Arena, salitre... Se los lleva el viento...

(Los dedos de Pol tocan un piano invisible y luego se entrecruzan sobre el regazo. Justo al lado de la bragueta. El viejo se cerciora de que está cerrada.)

DIRECTOR: Usted sabe mucho, don Pol.

POL: Cuatro cosas. La historia sagrada, rimas, cuentos, lo que aprendí del cine, que no fue mucho. Tengo un poco de *sensibilidad*.

(El viejo muerde la palabra sensibilidad. Se regodea en ella. La resoba.)

POL: Y miro.

(Pol se abstrae un instante. Retoma un hilo suelto.)

POL: Pero a lo que íbamos: estaba bien que la gente pudiese ganar algo. Sí. Pero es que parecía que de repente el pueblo hubiese dejado de ser el pueblo.

Miralvent ya no era Miralvent sino un lugar que podría desmontarse, evaporarse, en cuanto los vecinos dejaran de actuar. Me acuerdo del Jordi...

(El viejo Pol ríe y, por cómo suena su risa, el espectador supone que los ojos le desaparecen)

DIRECTOR: ¿Qué pasó con el Jordi?

POL: Nada, nada. Bueno, que iba por el pueblo metiendo tripa, repeinado, siempre vestido de domingo. Cuando el equipo de rodaje se marchó, se quedó tonto. Yo le decía que a ver si iba a ser como uno de esos niños que se marchan detrás del circo y desaparecen para siempre... El Pere, ése sí que lo hizo mucho mejor. Más natural.

DIRECTOR: Y, si usted no actuaba, ¿cuál era su cometido, Pol?

POL: Yo era electricista y ayudé a los encargados de las luces, a los iluminadores del cine, ¿cómo se llaman?

DIRECTOR: Iluminadores.

POL: Fíjate tú que yo pensé que tendrían un nombre más rimbombante. Yo les ayudaba. Tiraba cables. Reparaba desaguisados. Era un eléctrico. ¿Sabías que Paco Rabal fue un eléctrico? Fíjate tú qué futuro podría haber tenido yo si hubiese sido guapo...

DIRECTOR: Pero usted es guapo...

(Pol calla. Espera la reacción del director. Cuando el director por fin ríe y le palmea las manos, Pol suelta su risa.)

POL: Fíjate tú...

DIRECTOR: Entonces, usted ayudaba a los iluminadores de *La mujer de agua* y ¿qué sucedió?

POL: Pues que, aunque vosotros digáis que los figurantes estaban en una buena posición para ver todo lo que sucedía, con un pie dentro y otro fuera de la historia, lo de creerse que actuaban les hizo mal. Posaban todo el rato. Se miraban el ombligo. Tenían ambiciones que no les dejaban ver bien. Ni siquiera veían la hermosura. Y había que estar muy ciego para no ver la hermosura.

(Pol se suelta las manos y se frota los muslos. Calla un instante. Piensa. El director no lo saca de su ensoñación. El viejo baja de una nube.)

POL: Los que de verdad vimos lo que pasaba nos quedamos por detrás de los cables, las cámaras y las tramoyas...

DIRECTOR: ¿Y qué pasó?

POL: Que miré tanto, tanto, que yo también casi me quedo metido dentro. Pero como yo mismo. Ni repeinado ni metiendo tripa. Como yo mismo. Pol Gascó Garcés. Y ahí estaba el peligro.

(La cámara sube de las manos al rostro de Pol, que es exactamente el que habíamos imaginado: las arrugas son cortes, el color de la piel trigueño, los ojos oscuros y rasgados, brillantes dentro de la cueva de los huesos de la cara. El pelo rapado al uno. Aún lo conserva. Es un pelo fuerte y entreverado. Gris. Lleva una camisa estampada, juvenil, de colores vivos. El silencio del director funciona como repetición de la pregunta: «¿Y qué pasó?».)

POL: Res.

(Silencio.)

DIRECTOR: ¿Res?

(El viejo asume la teatral posición del místico. Del maestro de yoga.)

POL: La única luz que debe iluminar a una mujer hermosa es la luz de luna.

(Fundido a negro. Corte. O al revés.)

EN EL DOCUMENTAL, la voz en off de Celia Sánchez se apropia de esta sentencia poética de Pol Gascó. Dice Celia: «La única luz que debe iluminar a una mujer hermosa es la luz de luna». Y luego sigue diciendo

otras cosas que ahora mismo no recuerdo. Yo robé la sentencia de la entrevista y, después, por motivos de los que aún nos estoy muy seguro, no utilicé ni un fragmento de mi conversación con el electricista, el romántico, el poeta. El off de Celia Sánchez pronuncia otra frase que para mí es muy reveladora. En esta ocasión, la frase sí es mía. Celia lee el guion con su voz castigada por las declamaciones, los susurros, los orgasmos y el grito. Por la intensidad cortante de algunos silencios. La dramaturgia. Celia siempre fue considerada la Stephanie Arden española, cuya imagen —los ojos felinos y turbios, el cabello de leona, la boca grande— se nos superpone en la mente con la de la Stephanie original para devolvernos a una Celia más auténtica. Por eso elegí a Celia Sánchez para la locución. También contraté a otra actriz más joven, muy hermosa, para marcar lo que el paso del tiempo le hace no solo a la piel y a la musculatura, sino también a la voz. La quiebra. La raspa. La baja varios tonos. Dice Celia casi al comienzo del documental sobre *La mujer de agua*: «Todas las películas cuentan dos relatos: el argumento y la historia de los cuerpos filmados». Insisto: la frase es mía, pero estoy seguro de que Celia también la habría pensado alguna vez; por ejemplo, cuando se quitaba la ropa delante de una cámara o cuando los transeúntes le daban un repaso mientras paseaba por la calle y ella experimentaba al mismo tiempo una sensación de poder y vulnerabilidad. Celia, como Stephanie, nos pertenece a todos,

pero a la vez reivindica su derecho a pertenecerse solo a sí misma. Al sentirse observadas en la calle, Celia, Stephanie, las bellas actrices jóvenes que iluminan las marquesinas publicitarias, comprueban que la persona que las mira les está arrancando un pecho, los dedos, el ojo verdoso cuya oquedad, tras la amputación, deberá cubrirse con un parche a lo princesa de Éboli.

Nosotros trabajamos sobre la hipótesis de que la biografía de Stephanie Arden se asentaba sobre ese cuerpo que esculpieron los pigmaliones del cine y que a ella no le gustaba ver reproducido, aunque se maquillase unas pecas que no estaban de moda —eran quizá el estigma del trabajo al sol, de una salud rural de recolectora de espigas de trigo— o se negara a que la fotografiasen cuando tenía el periodo porque se veía fea. Yo, como director, todo eso lo tenía claro cuando estaba inmerso en el proyecto. Sabía que la noción del juguete roto y la destructiva alegría de vivir de una mujer que nunca estuvo más hermosa que cuando se le abultaron las ojeras a causa del alcohol y las noches sin sueño eran temas muy importantes. La mujer que bebe. Su rebeldía. El étílico olor. Un aliento que no huele a química mentolada. Stephanie quiso escapar del molde de los escultores que, para afilarlo, le clavaban los cinceles en el cuello y de los pintores que la pintaban con colores de gelatina de frutas.

Sin embargo, la historia de Pol me mostró que existían otras rebeldías, otra debilidad. Quizá por eso al final la suprimí. Para no dispersarme. Ese argumen-

to me disculpa desde la lógica interna de las narraciones. No se puede contar todo. Hay que seleccionar. Ser económicos. Pero la lógica interna de las narraciones no me tranquiliza. Quizá porque hay historias con más caché que otras. Mitos que no deberían ser desbaratados. Por eso suprimí el testimonio de Pol. Sí, seguro que fue por eso. La ideología. La dispersión. El miedo a lo complejo. Las exigencias del cine. No lo quiero pensar más. Por eso fue. Seguro.

FRAGMENTO 2 DE LA ENTREVISTA CON POL GASCÓ
(TESTIMONIO)

«Yo me quedaba obnubilado cada vez que la veía meterse desnuda en el agua. El *cameraman* lo rodaba todo y luego el director solo escogía fragmentos del cuerpo de aquella chica que, alumbrada por la luz azul de la luna, se sumergía y nadaba hacia las profundidades para después regresar sonriente separando la plancha del mar con brazadas enormes. Aunque era una mujer grande y poderosa, tiritaba, y yo intuía que sus labios se oscurecían y se hacían más azules que el azul betún de la noche. La habría abrazado como si ella fuese un minino raquítico. Seguro que aquella chica colosal a veces se sentía así. Como una flor o una huérfana. Yo veía esa parte temblorosa por dentro de aquellos músculos atléticos, de obrera metalúrgica que separaba la plancha del mar con su carne.

»La noche era una grasa que nos caía por encima. El rostro de la joven, volviendo de la profundidad, me parecía muy pequeño. Pero mi recuerdo más doloroso se centra en un punto. Suele suceder siempre con esos recuerdos dolorosos en los que nos regodeamos: la chica entraba en el mar sin titubeos y yo la veía de espaldas, con las pantorrillas en tensión y los muslos firmes, bien ancha de caderas. “Para los hijos y las manos de los hombres”, habría dicho un pescador o una madre. Ahora ya nadie piensa así. Mejor. No tengo nostalgias. Yo veía a la chica de espaldas y tenía miedo porque, cuando ves a alguien de espaldas, más tarde, al darse la vuelta, el rostro te puede mostrar cualquier cosa, una deformidad, una quemadura. Serán tonterías mías, pero ese instante de inquietud me sigue acelerando el corazón.

»Al salir del agua, el pubis mojado flotaba como esponja de mar y yo cerraba los ojos porque el pubis y sus pelos con forma de animal marino me ruborizaban. Imaginaba que el vello, extendido hacia las ingles, era un parásito que le chupaba la sangre a la concha nacarada del pubis de mujer. No. Luego aprendí que los coños no son cálices y que el monte de Venus no es cáscara de vieira, sino algo mucho menos resbaladizo y más caliente y más tierno. Mis ojos se quedaban allí enredados, entre los pelos, y me moría de amor todas las noches. Ella pasaba junto a mí, envuelta en su toalla, y yo notaba calambres en la punta de los dedos y en el cielo del paladar. Casi me electrocu-

to por el agua, los cables y el amor. La electricidad me dejaba sin habla. Extasiado ante la perfección de aquella anatomía compuesta de pequeñas gotas que formaban dibujos de constelaciones y rasgas de pez. Una anatomía compuesta de pequeñas gotas que podrían dispersarse con la brisa. Diluirse en la atmósfera rara de Miralvent en aquellos años. Miralvent era un paisaje con el cielo pintado de grasa y estrellas que daban demasiada luz. Era tan difícil camuflar el cuerpo de la chica a las miradas de los perros. Un, dos, tres, cuatro segundos. Yo quería protegerla de los pajilleros. De las beatas y de los guardias civiles. La miraba. La estaba mirando. Hasta que una noche alguien me sacó de mi ensoñación dándome un toque en el hombro. No era un toque amable. Llamaban con furia a un portón de chapa herrumbrosa. Me di la vuelta. Detrás de mí estaba Stephanie Arden con los labios entreabiertos.»

HOY RECUPERO las palabras de aquel electricista viejo, su puntito de cursilería iluminada. A lo mejor las palabras de Pol eran como las bombillitas que él mismo conectaba en los belenes y en los árboles de Navidad. Luego dejó los cables porque no le daban de comer y optó por vivir casi del aire. Del turismo. Del engrimiento de algunos bohemios excursionistas que se creían más listos que él. No sé por qué reduje su verbo pirotécnico a material desechado. Por mera justicia poética o social o retórica debería haberlo in-

cluido. O lo comprendo perfectamente y veo que el corte es un ejemplo más de la superioridad de Stephanie Arden. En el documental yo quise retener aquella sexualidad salvaje y acaso desinhibida —una sexualidad interclasista— de Stephanie. Porque la manera de andar o de intimidar con el reojo hacen de ella un objeto de deseo, pero después esa misma carne, fuera de la caja de la cámara, fuera del límite de la pantalla, era solo carne que se abre en una grieta. Chancro. Por esa razón, también en el documental —ya no recuerdo si lo dice Celia o Ada, nuestra otra locutora de lujo— se constata el hecho sociológico de que: «Hubo un tiempo en que no había un hombre español que no se hubiese acostado con Stephanie. Luego fue al revés». Cuando las flores se marchitan hieden. Este precepto nos lo enseña la botánica, la moral romántica y el catolicismo. Los padres de la Iglesia y de la Literatura. Todos hemos creído en él y también lo creyó Stephanie Arden al tratar de convencerse de que ella no era su cuerpo. Ella era mucho más que su cuerpo y pensó que su voz la definía porque la voz era como el alma que le salía del interior y lo invisible. No es como los muslos, que se pueden palpar. Para Stephanie, sus actrices de doblaje serían unas raposas blasfemas. Se enfadó cuando le robaron su vocecilla de esforzada soprano. Stephanie nunca poseyó las cuerdas vocales de Celia Sánchez. El arañazo de pantera en la corteza arbórea. La rasgadura. Fumó y fumó, pero solo consiguió flemas y bronquitis.

En Miralvent, Stephanie, desnuda en un mar nocturno, se encarnó —no, no se encarnó, se superpuso como las ropas al contorno de la muñeca recortable— en el cuerpo de Rosa Serra. Alguien protegía a Stephanie y le ponía albornoces, tal vez porque cubrir el cuerpo de Stephanie con paños de pureza, hurtarlo a la vista, dejar el maniquí cubierto siempre con un retalito para tener la dulcísima posibilidad —posibilidad exclusiva— de desvestirlo era la manera más eficaz de ponerlo en valor. Un oficinista cualquiera no iba a contemplar el salvaje espectáculo del cuerpo de la Arden por tan solo un dólar en una sala de cine de sesión continua. El espectador se quedaría con la posibilidad de poder contemplarlo la próxima vez, cuando quizá cayera el séptimo velo, y esa posibilidad, que lo equipararía a los magnates, los toreros y los grandes directores de fotografía, a los clarinetistas superdotados o a los monopolistas del cereal, justificaría el pago de otro dólar en la próxima película. Y así sucesivamente. Siempre alimentando la misma esperanza absurda. Stephanie, producto de lujo, a veces se revolvía contra el código de barras que le habían incrustado debajo de la piel y se follaba a un chamarilero que, al fin y al cabo, podría haber sido el mejor amigo de su padre o su tío Bob allá en la lejana Minnesota. Con la fantasía de omnipotencia de conceder la felicidad a todos los hombres. En Miralvent, a Stephanie Arden no le importó que Rosa Serra se metiese desnuda en el agua en su lugar. Que pudiese pillarse un resfriado.

A fin de cuentas, a Stephanie solo las resacas le devolvían la consistencia de su hígado y el amarillo de su bilis. «Ya pasó, ya pasó», se decía a sí misma. A Stephanie le importaron otras cosas que a Pol Gascó estuvieron a punto de costarle la paz. Y la cordura. Cosas que me habrían llevado a rodar una película muy diferente. Al final, no lo hice.

FRAGMENTO 3 DE LA ENTREVISTA CON POL GASCÓ

DIRECTOR: ¿Pero tú no me habías dicho que no eras muy guapo?

POL: ¡Hombre! No era tan guapo como el Paco Rabal, pero era un chico atractivo...

DIRECTOR: Entonces, ¿qué pasó con cuando Stephanie te tocó el hombro?

(El viejo Pol se recoloca la dentadura con un chasquido desagradable.)

POL: Qué me importaba a mí la Stephanie...

DIRECTOR: ¿No te gustaba, Pol?

(Pol coge aire por la boca como si empezase a asfixiarse.)

POL: Yo solo tenía ojos para su cuerpo...

DIRECTOR: Normal. Es que era muy guapa.

POL: Pero es que su cuerpo no era ella.

DIRECTOR: Tú estabas fascinado con Rosita.

POL: Aquella mujer, para mí, era la mujer más guapa del mundo. La más preciosa.

DIRECTOR: ¿Y Stephanie?

POL: Stephanie estaba borracha.

CUANDO POL, viejo y eléctrico poeta, me contó su historia yo pensé en *Doble cuerpo* de Brian De Palma. En Melanie Griffith. En Angie Dickinson y Michael Caine. Otra vez, en *Vértigo*. En el espejo de la madrastra de Blancanieves y en las piernas de Julia Roberts que no son las piernas de Julia Roberts. En *Pretty Woman* y en las modelos de manos. En todas las películas que yo mismo he rodado a propósito del tema del doble, la repetición, la piel o la impostura como clave de la realidad. También pensé que todo lo que Pol me contaba cuadraba perfectamente con las tesis, más o menos incipientes, de mi documental, y a la vez lo descuadraba todo. Porque en mi película Stephanie era la estatua y la mujer de carne y hueso, pero en sus dos versiones siempre aparecía bajo la máscara de la víctima. Nunca era el verdugo. Stephanie Arden encarnaba la rabia de la víctima que se ensaña y se encarniza contra su propia belleza y su propia salud bebiendo hasta el desmayo o clavándose astas de toro en el agujero del ombligo. A Pol, Stephanie le infligió dolor quizá en legítima defensa. Como si le estuviese

haciendo un regalo después de haber sentido que la carcasa de su cuerpo, el cuerpo ajeno que sin embargo era su cuerpo —lo habían comprado y lavado para ella—, le había robado una mirada fundamental. Luego, le robaría muchas más cuando la película fuese estrenada en los cines del mundo. Pero ya no importaría porque entonces Rosa, Rosita Serra, ya se habría desvanecido por la repetición y las luces del cinematógrafo. Por sus polvos mágicos. Las gotas de agua de su cuerpo se habrían dispersado en la atmósfera hasta metamorfosearla en una nube de evolución. Stephanie Arden era una mujer contradictoria. Sentía en sus miembros cada puñalada.

Julia Roberts sonrío mientras le corta las piernas, a la altura de los muslos, a su doble de cuerpo. No encuentro modo humano de dejar de imaginarme a Julia Roberts empuñando un serrucho. Con su sonrisa tan llena de dientes. Estuve a punto de incluir ese fotograma en el documental. Luego pensé que ciertos espectadores malinterpretarían mis intenciones. No fui lo suficientemente valiente y volví a verme a mí mismo caminando vacilante. A punto de tropezar, como un borracho. Con mucho miedo de caer y romperme un hueso.

FRAGMENTO 4 DE LA ENTREVISTA CON POL GASCÓ

(Pol mira hacia abajo. Es un niño sorprendido en falta. Cuando el director le formula la pregunta, él levanta la cabeza.)

DIRECTOR: Entonces, Pol, ¿qué pasó con Stephanie?

POL: No fue una noche bonita.

DIRECTOR: Pero, ¿te acostaste con Stephanie Arden?

POL: No me gustó nada.

Director: ¿Por qué?

POL: Me mordió. Me arañó.

DIRECTOR: Pero eso puede ser agradable...

POL: No, no, no... Yo creo que ella quería que yo hiciese con ella lo mismo que hacían los otros. No lo hice.

DIRECTOR: ¿Y qué le hacían los otros?

POL: Lamerla con los ojos. Agarrarle el coño bien fuerte. Olerse los dedos. Contarlo en el bar.

DIRECTOR: ¿Y tú?

POL: Yo primero la aparté dulcemente. Era un romántico y pensaba en Rosita...

DIRECTOR: Rosita es una persona muy especial.

POL: Yo pensaba en Rosita, pero Stephanie no lo permitió y me agarró por los brazos para que le rodease la cintura y me tiró al suelo. Me obligó a meterle la mano entre los muslos. Estaba seca.

(Silencio.)

POL: Yo era como un fardo. Ella me galopó, pero a mí no se me empinó. Stephanie me cogía el pene flácido para metérselo, pero mi polla era un trapo húmedo del que ella tiraba para poder quedarse con un hilo dentro. El hilo se salía y ella volvía a tironear. Me hacía muchísimo daño.

(Silencio.)

POL. Empecé a llorar...

DIRECTOR: ¿Te dejó, entonces?

POL: No.

DIRECTOR: Ella estaba ¿despechada, celosa?

POL: Puede que al principio le resultara extraño que un hombre no la desease, no quisiera quedársela para siempre, conservarla en una vitrina de su casa, domarla, yo qué sé... Pero eso fue un minuto. Después ella entendió todo.

DIRECTOR: ¿Qué entendió?

POL: Que yo era el más frágil de los dos. Que cuando acabase el rodaje, me volvería a mi casa y comería sopas de pan y le sacaría el jugo tres veces a la cabeza del pescado. Que ni siquiera Rosita se iba a fijar en mí.

(Silencio.)

POL: Ella tenía una rabia que pagó conmigo.

(Silencio.)

POL: Stephanie Arden me arrojó unas monedas.

(Silencio.)

POL: Yo era un romántico. Quería a Rosita.

DIRECTOR: Pienso en voz alta, Pol, pero creo que Stephanie Arden manoteaba hacia todos lados. Contra sí misma y contra los demás.

POL: No sé. A mí me humilló. Con sus plumas de pavo real.

(Silencio.)

POL: Yo enterré las monedas en la arena de la playa. Me limpié los mocos. No admito limosna.

(Silencio.)

POL: Yo era el más débil de los dos.

(El director se pellizca la barbilla como los pensadores. Pol se lleva la mano a la bragueta. El director desvía la vista del paquete del anciano: busca en el techo una respuesta a sus preguntas. O se escapa.)

POL: Yo era un chico guapo y sano. Pero no se me puso dura. Nada.

FILMAMOS A ROSA Serra en varios momentos del documental sobre el rodaje de *La mujer de agua*. Contrapunteamos las escenas de su cuerpo del pasado con su cuerpo actual. Antes Rosa mostraba fragmentos de su anatomía. En realidad, no era ella la que los mostraba, porque Rosa se exhibía entera saliendo y entrando del mar. Aquel desnudo limpio despertó la admiración de Pol y el airado desvalimiento de Stephanie Arden. En realidad, eran el director, los montadores, quienes decidían mostrar las piezas más significativas —figurita rota o desarticulado maniquí— de la doble de Stephanie Arden. Sus eróticos momentos culminantes. Ella quedaba reducida a la pierna que salía de entre las minúsculas olas. El tobillo desnudo. Una amputación viviente. Una silueta a contraluz. Un puzle. Un nebuloso misterio. Alguien que corre de espaldas hacia el mar. Ahora, Rosa Serra es Rosa Serra que sale del agua desnuda exudando plenitud. Una mujer de setenta años con los cabellos rizados y canos, que conserva la contundencia de sus formas. Una exuberante inflamación del vientre, de los pechos y las nalgas confieren a la mujer madura la tersa calidad de una Venus de piedra. De piedra caliente. Pese a la luz fría de todas las lunas y pese al paso del tiempo. Rosa muestra su cuerpo octogenario con orgullo y felicidad. Con esperanza. Es magnífica. Pol recupera la voz para darme ese testimonio al oído: «Es magní-

fica». Luego se vuelve a callar y yo me torturo por todo lo que queda en los márgenes al escribir una historia. Me rebelo contra quien dictó las reglas sobre cómo escribir una historia. Elegir a un protagonista. Una causa. Después, me achico. Me repliego. Vuelvo a mis posiciones. Necesito atemperarme para sobrevivir. No aprendo nada.

Pol volvió a contemplar obnubilado el desnudo de Rosita bajo la luz de la luna. Rosa Serra y Pol Garcés no coincidieron en ninguna otra secuencia del rodaje. Tampoco se encontraron por los vericuetos de Miralvent. Hace mucho que Rosa ya no vive en el pueblo y Pol es el viejo raro que vende poemas en la playa y algunos días no parece muy limpio. Huele a pis. Yo sigo pensando que Stephanie Arden, una mujer condenada y premiada por su hermosura; una mujer que volvía a sus orígenes y se entremezclaba con la plebe a causa de la intoxicación ética, o de una idea a la vez igualitaria y degradante de la sexualidad; una mujer que disfrutaba de los reservados y los pisos enormes en avenidas céntricas de un país sometido por un dictador; esa mujer, Stephanie, fue una mujer valiente que no tenía por qué renunciar a sus privilegios ni contener su furia. Era una mujer valiente cuando gritaba o se corrompía activando ese concepto de corrupción que alimenta los mundos asfixiantes. Cuando se desbocaba. Luego hay demandas ajenas a todo glamour. Pobres, feos y feos, putos y putas. Gente con callos. Por eso, le saco brillo a la estatua de Stephanie Arden

y corto el testimonio de Pol. Que Pol y los parias de la tierra me perdonen. Por eso lo hice.

**BREVE BIOGRAFÍA
DE LOS AUTORES**

Jordi Costa es periodista cultural, crítico de cine y guionista de cómic. Publica sus artículos en diversos medios como *El País*, *Fotogramas* y *Neupic*. Ha publicado, entre otros, los libros *Mundo Bulldog*, *¡Vida mostrenca!* y *Mis problemas con Amenábar*.

Pilar Adón es escritora, traductora y editora. Es autora de las novelas *Las efímeras* y *Las hijas de Sara*, de los libros de relatos *El mes más cruel* y *Viajes inocentes*, y de los poemarios *Mente animal* y *La hija del cazador*.

Ángel Castro es profesor de Historia y dirige el Centro Asociado de la UNED en Melilla, donde ejerce una incesante labor de dinamización cultural de la ciudad. En 2012 publicó la novela *El porvenir del olvido*.

Esther García Llovet es escritora y traductora. Ha publicado los libros *Coda*, *Submáquina*, *Las crudas*, *Mamut* y *Cómo dejar de escribir*.

José Antonio Garriga Vela es escritor y columnista. Su obra abarca el relato, la novela y el teatro. Su libro *Muntaner 38* recibió el Premio Jaén de Novela. Su novela *Pacífico* fue premiada con el Premio Dulce Cha-

cón 2009 a la mejor novela publicada en lengua española en 2008, y la obra *El cuarto de las estrellas* le valió el Premio de Novela Café Gijón 2013.

Inés Martín Rodrigo es periodista y escritora. Es colaboradora fija de *ABC Cultural*. En 2016 publicó *Azules son las horas*, su primera novela.

Luisgé Martín es escritor. Ha publicado numerosas obras, entre otras, *La misma ciudad*, *La mujer de sombra*, *La vida mejor*, *La vida equivocada* y *El amor del revés*. Ha sido galardonado con el Premio Ramón Gómez de la Serna de narrativa, el Antonio Machado y el Vargas Llosa de relatos, y el Premio Llanes de Viajes.

Sara Mesa es escritora. Su producción comprende relatos y novela. Su novela *Cuatro por cuatro* fue finalista del Premio Herralde de Novela 2013. Es autora, además, de los libros de relatos *La sobriedad del galápagos*, *No es fácil ser verde* y *Mala letra*, y de las novelas *Cicatriz*, *El trepanador de cerebros* y *Un incendio invisible*.

Marta Sanz es doctora en Filología y escritora. Ha publicado las novelas *El frío*, *Lenguas muertas*, *Los mejores tiempos* (Premio Ojo Crítico 2001), *Animales domésticos*, *Susana y los viejos* (finalista del Nadal en 2006), *La lección de anatomía*, *Black, black, black*, *Un buen detective no se casa jamás*, *La lección de anatomía*, *Farándula* (Premio Herralde de novela 2015) y *Clavícula*. En

2007, publicó *Metalingüísticos y sentimentales*, *antología de poesía española contemporánea*, y recibió el Premio Mario Vargas Llosa NH de Relatos. Es autora de tres poemarios: *Perra mentirosa*, *Hardcore* y *Vintage*.

Miguel Ángel Oeste es escritor, guionista y crítico de cine, además de articulista en el *Diario Sur*. Ha co-dirigido el documental *Vibraciones*, forma parte del Comité de Cine del Festival de Málaga-Cine Español y de la Semana de Cine de Melilla, y ha publicado las novelas *Bobby Logan* y *Far Leys*, además de diversos ensayos sobre cine.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas han contribuido a que este libro sea una realidad. Y los primeros sin duda han sido los directores: Isaki Lacuesta, Isa Campo y Manuel Martín Cuenca. Desde que les conté la idea se mostraron generosos y entusiastas. Los tres son cineastas inclasificables y diferentes en unos tiempos demasiado uniformes. Su cine nada domesticable es la expresión de una España descarnada que posibilita una suerte de películas estimulantes, fuera de fórmulas y convenciones.

A partir de sus películas ocho escritores reinventan nuevas ficciones. Las imágenes de *La leyenda del tiempo*, *La protera pell*, *Caníbal* o *La mitad de Óscar* recorren el camino de las imágenes a las palabras. Ocho escritores con estilos distintos que, al igual que los autores cinematográficos, se mueven por los bordes más que por el centro, por lo que su territorio creativo es fértil, menos transitado, más imaginativo. Si a los cineastas les agradezco su generosidad, a los escritores la entrega y seriedad con la que se han tomado el encargo. Pilar Adón, Marta Sanz, Esther García Llovet, Sara

Mesa, Inés Martín Rodrigo, José Antonio Garriga Vela, Ángel Castro Maestro y Luisgé Martín. Gracias a todos por las facilidades. También, por supuesto, a la profesionalidad y agudeza del crítico y escritor Jordi Costa, que se ha sumado con su prólogo. No me olvido de la «casa» que nos da cobijo, la editorial Pálido Fuego, comandada por el irreductible José Luis Amores. Su confianza en el proyecto y su afecto merecen la máxima consideración.

Pero este libro tampoco hubiese existido sin el apoyo del director de la Semana de Cine de Melilla, Moisés Salama, una persona que defiende la Cultura por encima de cualquier consideración. Tampoco puedo olvidarme de las personas que hacen posible esta iniciativa, la Consejera de Cultura de la Ciudad Autónoma de Melilla, Fadela Mohatar y el Director de Cultura, Juan Bellver. Mi reconocimiento para ellos, por seguir apostando por la lectura. Uno de los pocos territorios que en la actualidad nos hace libres, al menos durante unas horas. Pero eso ya lo debe decidir el lector que haya tenido el libro entre sus manos.

Homenaje a la obra de los directores cinematográficos Isaki Lacuesta y Manuel Martín Cuenca, las páginas de este libro podrían verse como un patio de juegos, en el que un grupo de escritores enreda con un par de cineastas, alterando con total libertad las piezas de mecano de sus respectivos universos imaginarios. Si algo queda tras este estimulante tiempo de recreo adquirirá la forma provisional de un surtido de dobles, o de plagios, o de imágenes tan adulteradas como las falsedades que una chica japonesa entrevistada por un cineasta esquivo detectaba en las palabras de los hombres. Pero, en una paradoja que gustaría a este escurridizo director, estos falsos *martincuencas* y estos falsos *lacuestas* tal vez encierren verdades y matices que los originales habían mantenido celosamente en secreto.



ISBN: 978-84-946131-4-2



9 788494 613142

BIC: FDQ